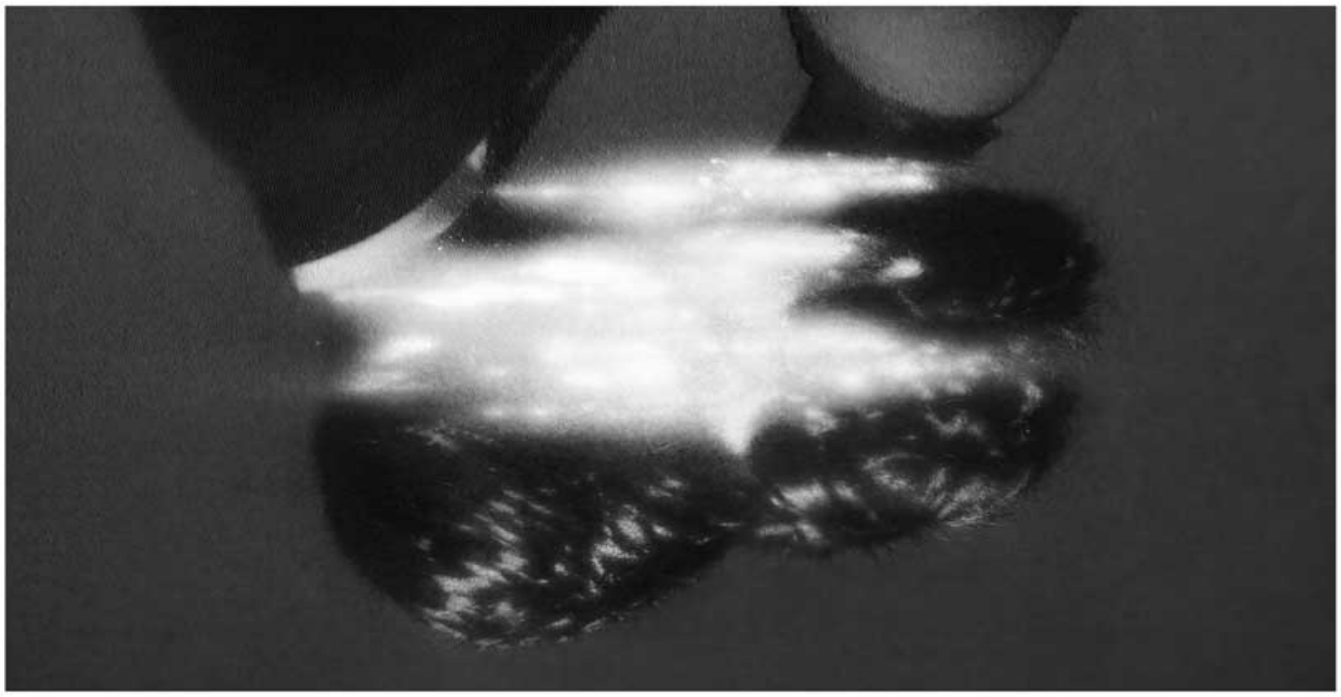


Paula Klein

El amor inventado



Premio Lumen de novela

El amor inventado

Paula Klein

Premio
Lumen
de novela

Lo que un hombre piensa de sí mismo es lo que determina o indica su destino.

HENRY DAVID THOREAU,
Walden, o la vida en los bosques

¿Hubiera debido mezclar la realidad y la ficción, para rellenar con esta los huecos dejados por aquella? ¿O hubiera debido inventar una ficción a partir de la realidad, aunque todo el mundo creyese que era veraz, o para que todo el mundo lo creyese?

JAVIER CERCAS,
El monarca de las sombras

P: ¿De qué tiene miedo?

R: De sapos verdaderos en jardines imaginarios.

P: No, en la vida real…

R: Hablo de la vida real.

TRUMAN CAPOTE,
«Vueltas nocturnas. O experiencias sexuales de dos gemelos siameses»,
en *Música para camaleones*

1

Los comienzos son fáciles de reconocer; los finales, mucho menos. La gente suele recordar con claridad el día en que conoció a su gran amor, el primer beso, el nacimiento de un hijo, pero casi nadie sabe decir en qué momento exacto todo se echó a perder. Descifrar el pasado es una tarea de largo aliento. Cada detalle cuenta. Hay que observar, escuchar, aprender a quedarse quieto como una piedra. Solo cuando te volvés invisible, lo que te rodea se despierta. Tampoco es que importe demasiado: porque esto no es un relato real, sino la historia de las mentiras que decimos para que la vida sea menos insoportable. Es también la crónica de un matrimonio abandonado. Un cuento de amor y fantasmas. Si no creen en ellos, es porque todavía no les tocó vivir con uno. Algunos son de carne y hueso, aunque, a veces, parecen estelas de humo, figuras que se deshacen cuando uno se acerca.

Charles Mornay es un gran reportero, uno de los periodistas estrella de *Le Journal du soir*, diario con un prestigio similar al del *New York Times* o al del *Die Zeit* alemán. Cuando consiguió un puesto fijo ahí, sus amigos y colegas empezaron a verlo con otros ojos. Lo veneraban, lo envidiaban, lo alababan o lo criticaban, pero nadie volvió a tratarlo igual. En apenas cinco años, ganó tres veces el Premio al Mejor Reportaje de Investigación, dos el Albert-Londres,

una el CNN Journalism Award y otra el Jean-Luc Lagardère. El 5 de febrero de 20XX lo acusaron de fraude. En pocos días su impostura se desmoronó: el 99 por ciento de los sesenta reportajes que había publicado contenían pasajes inventados. Cuando explotó la revelación, él admitió su culpabilidad y desapareció. Han pasado varios meses desde aquel lunes frío, y nadie sabe dónde está. ¿Cómo hizo para evaporarse en el aire el mismo que posaba seguro y sonriente en la alfombra roja? ¿Cómo puede un adicto al aplauso borrarse de la foto después de haber tenido el gusto del éxito en la boca?

Charles estaba casado con Miranda K., una reconocida directora de documentales. Ella había estrenado un largometraje y varios cortos que habían recibido críticas elogiosas y circulaban en festivales independientes. Cuando la verdad salió a la luz, estaba filmando a Hélène y André, dos ancianos que compartían una historia de amor de más de sesenta años.

La última foto que les sacaron juntos fue en un premio de la televisión francesa. Miranda tiene facciones delicadas, el pelo castaño a la altura de los hombros y un vestido azul marino ceñido al cuerpo. Los tacos plateados realzan sus tobillos finos y lleva un *clutch* a juego. Él va con un traje del mismo color, camisa blanca y zapatos marrones. Con un metro noventa, el pelo rubio trigo y unos ojos celestes bien profundos, se le advierte la presencia de alguien acostumbrado a moverse en círculos donde su palabra cuenta. Una mano en el bolsillo del pantalón, la otra en la cintura de su mujer. La simetría del azul oscuro les da ese falso aire de parentesco que terminan teniendo las parejas de larga data. Vistos de afuera despertaban envidia. Se querían, tenían buenos trabajos y una hija

preciosa de seis años. Eran padres cariñosos, profesionales serios y respetados, con un futuro luminoso por delante. En la foto, ambos dirigen la mirada hacia la cámara y ensayan una sonrisa pudorosa.

El problema es que ese hombre es mi marido.

2

Charles se esfumó, y no dejo de preguntarme si su huida es un castigo o una forma sádica de atarme a él. Me gustaría creer que está extraviado, que el arrepentimiento es una puerta entornada. Rumiar el pasado es mi manera de conjurar el dolor de su ausencia. Hay días en que pienso que sería más fácil tener un cuerpo que velar. Preferiría desgarrarme la garganta gritando o arrancarme el pelo a mechones. Cualquier pantomima de la pérdida sería más digna que esta búsqueda a ciegas. La angustia de encontrarlo choca de frente con la necesidad de tranquilizar a nuestra hija. En *La guerra de las galaxias*, justo después de la revelación sobre su padre, el fantasma de Obi-Wan Kenobi le dice a Luke Skywalker que la verdad es una cuestión de perspectiva. Nunca una frase me resultó más cínica y esclarecedora.

¿Cuántas veces le habré contado a Emma historias que terminan con «Y vivieron felices para siempre»? De cuando en cuando hacía trampa y esquivaba la frase. Repetirla era prepararla para una decepción. Como tanta gente, Charles y yo también sucumbimos a esa euforia de la razón que te lleva a creer que el amor resiste, que puede preservarse. Y, por supuesto, nos casamos. Soy una anacrónica Mrs. Dalloway. Renuncié a las turbulencias de los vagabundeos sentimentales para estirar un producto con fecha de

vencimiento. Juntos en la salud y en la enfermedad, en la belleza y el espanto. Contra viento y marea. Pero nadie te enseña a hacer durar un matrimonio, y yo entré a la cancha poco entrenada y con zapatillas nuevas que me lastimaban los pies. A los pocos minutos ya estaba con la lengua fuera, luchando por una bocanada de oxígeno, las manos sobre las rodillas y la cintura arqueada, rezando para que llegara el descanso.

Desde que Charles se fue, el clima parece detenido. La lluvia es un animal fugado de su jaula. Al principio, la gente se alegró (el anterior había sido un año de sequías), pero bastaron unas semanas de baldazos sobre las veredas, de cataratas desbordando las alcantarillas y amenazando con hacer crecer el Sena, para disipar el entusiasmo. El agua caía desde las canaletas y las cornisas, rebalsaba las fuentes, chorreaba de los toldos. Las tormentas arreciaban a cualquier hora, imprevisibles. Al cabo de un mes, comenzamos a resignarnos. Asumimos, como una fatalidad, que debíamos aprender a vivir bajo el agua. París empezó a mostrar su naturaleza acuática. Las ráfagas heladas nos cacheteaban al salir a la calle o al entornar las ventanas. Los días en que el sol lograba abrirse paso, aunque solo fuera por un rato, se volvieron excepcionales. Nos habituamos a no oír el silencio. El viento arrastraba hojas y papeles, las gotas repiqueteaban sobre el pavimento, los techos de los autos y los caminos de los parques.

Cuando nuestra vida se desmoronó, una amiga me dijo que, de algún modo, me veía preparada. El próximo mes de julio celebraríamos trece años de casados. Habíamos sido, hasta entonces, una buena pareja. Sin embargo, me había acostumbrado a vivir bajo el filo de una amenaza invisible. No podía disfrutar del

presente sin imaginar tragedias futuras. Me torturaba pensando en los infortunios que caerían sobre nosotros cuando el destino decidiera equilibrar la balanza. La felicidad no dura; no puede durar: sería una afrenta para el resto de los mortales. El desánimo entraba en puntas de pie, sosteniendo los zapatos con los dedos. Vivía con ese pájaro carpintero que me carcomía la cabeza con sus malos augurios. Hacía del miedo mi pasión. Por extraño que parezca, una parte de mí sintió alivio. Ahora que el mal ya estaba hecho, por fin podía descansar. Pero, antes que nada, tenía que encontrarlo. Después vendría la otra pregunta: entender qué clase de mujer era. ¿Qué clase de mujer sos cuando viviste más de un tercio de tu vida con un mentiroso?

3

La revelación del fraude llegó tres semanas después de la entrega del Premio al Mejor Reportaje. Era un día típico de invierno y París se hundía bajo un cielo plomizo. El frío helaba cualquier porción de piel expuesta al aire. Estábamos en «el túnel», la época más gris del año, y la capital se despedía, sin nostalgia, de la Navidad. Los pinos con los que habían decorado las calles ya perdían las agujas, pero resistían estoicos en veredas y rotondas, indiferentes al tránsito. Algunas guirnaldas deslucidas colgaban todavía de las ramas secas. En los márgenes del Sena se celebraba la ceremonia periodística más importante del año: un equivalente del Pulitzer o del Ortega y Gasset. Esa misma noche, más de cuatrocientos periodistas esperaban que el jurado anunciara a los ganadores. Los nombres de los finalistas resonaban en los altoparlantes y la expectativa iba en aumento: mejor reportaje deportivo, mejor entrevista, mejor crítica cultural… El galardón más esperado era el último: mejor reportaje de investigación. El sobre se abrió y todos los ojos se posaron en Charles. Era la tercera vez que se llevaba el premio. «Un héroe ordinario» contaba la historia de un chico de las afueras de Alejandría convencido de que el régimen de Mubarak había caído a causa de uno de sus grafitis.

El jurado elogió un texto «de una ligereza, una densidad y una relevancia sin precedentes». Charles subió al escenario. «Lo que escribes no es solo periodismo: es literatura», le dijeron dos hombres enfundados en elegantes trajes oscuros. Él sonrió y apretó contra el pecho el modesto rectángulo de vidrio que le entregaban como trofeo. Les agradeció orgulloso, con la tranquilidad de que no había ningún malentendido. Sus investigaciones eran rigurosas y su prosa, adictiva. Lograba llegar a lugares imposibles, entrevistar a personas a las que los demás ni siquiera habrían soñado contactar. Encontraba el ángulo ideal para contar las historias y su estilo intimista seducía a los lectores. En su discurso, le agradeció tres veces a una joven colega: Noor Hassan. «No hubiera podido entrevistarme con el chico sin su ayuda», dijo. Hasta entonces, nunca la había mencionado. Trabajó seis meses en el artículo, y viajó a Egipto solo. Ya en El Cairo, consiguió un informante que lo condujo hasta Alejandría y ofició de traductor. ¿Por qué no fue con ella? Mi marido tenía fama de trabajar sin colaboradores. Sacaba sus propias fotos y no le asustaba estar en el sitio indicado, por grande que fuese el riesgo. Si la aventura se presentaba, él estaba listo. Su desdén por el peligro ya nos había provocado muchas discusiones. Yo temía que un día Emma y yo nos quedáramos sin padre ni esposo, pero Charles respondía como un héroe abnegado, incapaz de anteponer su seguridad a una buena historia.

El día que estalló el escándalo, Matthias Baron, uno de sus editores, publicó un artículo titulado: «*Le Journal du soir* destapa un colosal fraude interno». Su texto empezaba así: «Poco antes del final de su carrera, la miseria y el glamour se cruzaron en la vida de Charles Mornay». Matthias se horrorizaba de la seguridad con la que

mi marido había aceptado el premio apenas tres semanas antes, y exponía el entramado de mentiras del que se lo acusaba. A veces eran solo detalles; pero en la mayoría de las ocasiones, todo había sido adulterado: personas, fechas, lugares. El reportero modelo se había convertido en impostor. Los colegas lloraban en los pasillos. Una pasante se había sentado en el suelo. Leía la noticia desde su teléfono, la espalda contra la pared y una mano incrédula tapándole la boca. La redacción estaba en shock. El diario examinaba cada oración de las historias que publicaba. Si esto había ocurrido en el medio con el mayor departamento de verificación de datos de Europa, ¿se podía seguir confiando en la prensa? Los verificadores son escépticos profesionales, y el equipo que trabajaba ahí era excepcionalmente bueno.

Sobre el caso se publicó un libro, se filmó una película y, más tarde, un documental. Mientras mi marido escribía sobre personas a las que nunca había entrevistado y sobre casas en las que nunca había puesto un pie; mientras acumulaba recibos de vuelos que no había tomado y de coches que no había alquilado; mientras hacía cruces en el plano de una carretera por la que jamás había pasado, yo plantaba mi cámara en el bosque y me hacía invisible.

4
Rambouillet

Mi historia podría, también, empezar así. Son las cuatro de la tarde de un lunes frío. Estoy instalando mi cámara en el exterior de una casa oculta entre las acacias y los pinos. Me pongo los auriculares, cierro los ojos y me dejo llevar por los rumores que se desprenden de esa marea vegetal. Una bandada de pájaros cruza el cielo, el viento mece los árboles, un tero se acerca. Las hojas secas crujen debajo de mis pies. Me sumerjo en ese ambiente solitario y rebosante de movimiento. Hay quien cree que, en invierno, la vida se pone en pausa. Sin embargo, los árboles nunca están tan vivos. Las ramas adelgazan y se tensan, estirándose dolorosamente hacia la luz. Ese dolor tiene un sonido, y yo me esfuerzo por escucharlo.

Pierre, un morocho alto y delgado, de ojos oscuros, me saca una foto mientras hago los últimos ajustes. Es mi mejor amigo y también mi microfonista, montajista y director de fotografía. Yo llevo una chaqueta verde holgada y el pelo suelto; fijo la vista en la cámara que manipulo con seguridad. Pierre está adentro, en la oficina de Hélène. Un rayo de sol ilumina el interior y deja entrever algunos detalles: un escritorio y una silla, un cuaderno, una pila de hojas blancas, una taza con lápices y biromes. Contra el borde de la ventana, un puñado de fotografías. En el extremo opuesto hay una cartuchera llena de medicamentos. Encima del alféizar crece una

planta de tallos finos con delicadas campanitas violetas. En la foto —que veré varios meses después— parece que las hojas del jacinto me acarician las manos. La vegetación me encuadra y me oculta.

Una vez por semana madrugo para sumergirme en el bosque de Rambouillet, a una hora y media desde París. Mi hija y mi marido todavía duermen cuando salgo del departamento. Vivimos en una calle poco transitada que desemboca en el canal Saint-Martin. Viajo con una Super 35, una cámara ligera. Suelo estacionar a unos cien o doscientos metros del chalet. No quiero que el ruido del motor los alerte de mi llegada. Me gusta perderme entre los árboles hasta dar con el camino de grava que conduce a la casa de ladrillos y tejas azabache. No me canso de admirar la belleza de sus líneas simples. Hélène tiene su estudio en la planta baja. Vista desde fuera, cuesta adivinar la cantidad de pisos, la organización interna del espacio.

André es un ingeniero civil apasionado por la naturaleza. Hélène es profesora de Historia. Ambos están jubilados. Tuvieron dos hijos y viven, desde hace décadas, en ese refugio que él diseñó y construyó con sus propias manos. Adentro, cada objeto parece haber sido elegido por razones prácticas y estéticas. Algunos son el fruto de hallazgos inesperados: la vida misma, con sus idas y vueltas. Para dar con mis protagonistas, puse anuncios y hablé con desconocidos a la salida de exposiciones y de obras de teatro. Un día, una mujer me vio abordar a una pareja. Se me acercó y me confió que sus padres habían pasado más de sesenta años juntos. Intercambiamos números de teléfono y los llamé a la mañana siguiente. A Hélène acababan de diagnosticarle una enfermedad degenerativa y su marido se ocupaba de ella. Con el paso del tiempo, los roles se habían invertido: la esposa, que en su juventud había estado más

presente, se dejaba cuidar por él. Tenían amigos y una rica vida social, pero, en el fondo, se bastaban el uno al otro.

Mis proyectos responden a intuiciones arbitrarias. Nunca sé qué es lo que busco cuando empiezo a filmar. Confío en la espera. Me impregno de las palabras y las imágenes hasta que las apariencias me revelan su segunda piel. Es un proceso delicado. Puede llevar años; puede no producirse nunca. Cuando comencé a filmar a Hélène y André, no sabía si iban a destapar la caja de Pandora de los recuerdos. Con el paso de los meses, se convencieron de que confiarle sus secretos a una desconocida no era del todo descabellado. El amor había hecho su nido en el bosque y yo era su guardaparques. Ahí donde yo veía discusiones banales, un encuadre o un movimiento de cámara podían captar un descubrimiento. La película sería mi médium. Tenía que hacerme un cuerpo que fuera pura intuición. Pero, por ahora, me comportaba más bien como una madre primeriza: desconfiaba de mi instinto. A veces me sorprendía mirándolos como si el amor que los unía fuera frágil y escurridizo, y no una piedra esculpida por los años.

Hace poco filmamos una caminata por el bosque. Hélène y André discutían: ¿quién había sido el primero en decir que Rambouillet fue la última morada de Napoleón? André tenía la mala costumbre de apropiarse de las frases de Hélène. Lo hacía sin darse cuenta y se disculpaba, pero ella se enfurecía. Para descansar, se sentaron en un café y André fue a pasar el pedido a la barra. Ella quería una torta de chocolate, pero le trajeron un bizcochuelo de vainilla. En la grabación no se entiende si fue André o el camarero el que se equivocó, pero ninguno intentó enmendar el error. La película podría arrancar así: sostener el amor como se come una torta de un gusto

que no hemos pedido. El azúcar ayuda a digerir la frustración. Otras veces filmaba las comidas que André preparaba. Me gustaba verlo cortar zanahorias, calabazas o cebollas, y cargar el viejo horno Siemens. Ella lo observaba desde la mesada. Las cenas más festivas las hacían en el salón o en el patio. Sobre todo, filmaba días cargados de protocolos que la agotaban antes de empezar.

En mi entorno, mis amigos y colegas se mostraban escépticos. ¿A quién le interesa el amor conyugal? La verdad me llegó, como a los demás, justo cuando salía de Rambouillet. Era una tarde fría y estaba apurada. Temía que el tránsito fuera infernal. Apenas recuperé la señal, me sobresaltó la cantidad de llamadas perdidas: mi padre, algunas amigas y uno de los editores de mi marido. No entendía qué pasaba hasta que leí el titular que había quedado escondido entre las otras notificaciones: «Charles Mornay, gran reportero de *Le Journal du soir*, acusado de fraude». Abrí el artículo y sentí que el aire se espesaba. Charles acababa de reconocer falsificaciones en la casi totalidad de los reportajes que había escrito desde que empezó a trabajar ahí, cinco años atrás. Las cosas se transforman en un segundo. Salís del bosque y tu vida ya no es la que conocías.

5

Charles se fue el mismo día en que explotó el escándalo. Se llevó sus computadoras, su cámara de fotos y sus libretas. Llenó de ropa la valija más grande que teníamos y dos mochilas que usábamos para hacer excursiones. No dejó ninguna nota ni intentó comunicarse conmigo. Su teléfono estaba fuera de servicio. Había cerrado sus redes sociales, y sus correos electrónicos me reenviaban mensajes de error. Durante los primeros días, llamé a todas las personas que lo conocían, desde sus amigos hasta nuestro abogado; denuncié su desaparición en la Policía; le pedí a su banquero que bloqueara su cuenta —pero él ya la había vaciado—; exigí entrevistas con sus jefes y exhorté a sus colegas a darme indicios. Di vuelta la casa en busca de alguna pista y revisé como una trastornada sus viejos papeles. No sabía qué pretendía encontrar. Cualquier cosa podía resultar útil. Cuando empezó a vislumbrarse lo inimaginable —mi marido había mantenido un secreto total acerca de sus planes y nadie tenía idea de dónde podía estar—, me dediqué a recorrer los lugares a los que él solía ir. Nadie lo había visto. Leí todas las noticias que los medios publicaban sobre el caso y me indigné de lo mal que hacían su trabajo. Los periódicos hablaban de «huida voluntaria», pero nadie trataba de localizarlo. Mi incredulidad se fue transformando en ira y, muy pronto, en desesperación.

Me volví desconfiada: ¿podía alguno de nuestros amigos o colegas estar mintiéndome?

Mientras tanto, seguían llegando paquetes y cartas a su nombre. Recibía llamadas para recordarme que había olvidado pasar a buscar su impermeable por la tintorería, o que aún no le había pagado al plomero. Me sorprende lo poco que la gente lee los diarios o escucha la radio. ¿No habían oído hablar del caso? ¿O no lograban asociar al periodista destronado con el hombre sonriente que llevaba sus camisas a lavar? Yo respondía que no sabía dónde estaba. Ya tenía bastante con sobrevivir a las réplicas del terremoto.

Lo difícil de todo esto es que mi marido no murió ni se suicidó; no lo asesinaron ni lo secuestraron. Se evaporó y algunos temen lo peor. Pero él no es del tipo sacrificial. En algunos países de Europa, bajo ciertas circunstancias, los ciudadanos mayores de edad tienen el derecho de cambiar de identidad. La ley incluso lo ampara. La justicia está ahí para proteger y regular la necesidad de algunas personas de empezar de cero, de escapar de amenazas que podrían empujarlas a tomar decisiones desesperadas. Pero ¿no es inhumano un sistema que permite que un cónyuge se esfume y deje al otro sin explicación? ¿No debería algún gendarme de talla imponente, fiel defensor de la institución familiar, arrancarlo a patadas de la guarida donde está oculto? Algunos aspirantes a la desaparición tal vez logren procurarse falsos pasaportes o limpiar su imagen en la web oscura. Si ese es su plan, espero que le vaya pésimo.

6

Entendía lo que estaba pasando, pero no lograba medir las repercusiones. ¿Había habido algún indicio? ¿Alguna señal de alerta? ¿En qué momento se había fisurado nuestra relación? Las gotas se estrellaban contra las tejas del edificio vecino y la pregunta fatídica volvía una y otra vez: ¿por qué nos había dejado? Su escritorio estaba vacío y sus cuadernos de notas habían desaparecido. ¿Dónde podía estar? Ahora que lo pienso, no escuché a ningún especialista preguntarse qué tan ético es abandonar a tu familia. ¿No se les debe algo de respeto a las personas con las que compartiste tu vida? Emma y yo somos una costra que se arrancó. Restos humanos de su sacrificio mediático.

«Al final, es mejor envejecer de a dos». Recordé la frase del inicio de *Jacquot de Nantes*, el documental sobre Jacques Demy que su esposa, Agnès Varda, filmó al final de la vida del cineasta. Varda acabó la película diez días antes de que él muriera. Su marido le regaló ese último aliento para que terminara su carta de despedida. Agnès hizo lo único que un director puede hacer para arrimarse al objeto de su pasión: pegársele, filmar su cuerpo de cerca como un paisaje, las rugosidades de la piel, las manchas en las manos, los ojos brillosos, la caspa que no repele. Yo también, desde que conocí a Charles, creí que era mejor envejecer juntos. Durante mucho

tiempo viví sintiendo que estábamos donde debíamos estar. Más allá de mis sentimientos, voy a intentar atenerme a los hechos. Nunca intuí que fuese un falsificador.

Mi marido se hallaba en los mejores años de su carrera. Era brillante, pero nunca se jactaba de sus logros. No le gustaba explayarse sobre sus proyectos y siempre encontraba la manera de hacerme hablar de mis películas. Por alguna razón, parecía tener una confianza absoluta en mis capacidades. A su lado el futuro me resultaba menos inquietante. Sabía bien cómo hacernos sentir especiales. Incluso cuando volvía de un viaje relámpago a Siria, se las ingeniaba para traernos algún recuerdo. Abría la puerta de casa, desarmaba la valija y nos presentaba sus regalos como si fuera un contrabandista de piezas arqueológicas. Su entusiasmo era infantil y contagioso. Recuerdo que, al regresar de un reportaje en Homs, le trajo a Emma una pequeña botella de vidrio con un dibujo hecho en arena: un camello recortado contra una montaña y un sol poniente. Charles decía que, de chico, su padre le había dado una parecida. Estaba convencido de haberse cruzado con uno de los últimos artesanos que todavía conservaban aquella precisión milimétrica. Yo me burlé de él y le dije que seguro recibían esas botellas en descomunales contenedores expedidos desde China. Él soltó una carcajada ofendida y me acusó de incrédula. «¡Tu mamá no tiene sensibilidad!», le dijo a Emma guiñándole un ojo. Ella le preguntó dónde la había conseguido y él le respondió con tono novelesco: atravesaban con su guía un campamento en la frontera con Jordania cuando se toparon con un beduino que las fabricaba.

A mí me entregó una caja de cartón negra y rectangular, muy fina. La abrí intrigada y, entre varias capas de papel de arroz, descubrí un

precioso pañuelo de seda en tonos verdes y celestes. Me lo probé. Era largo y suave. Charles me explicó que era una pieza única: lo había pintado a mano una artista a quien había conocido durante su paso fugaz por Damasco. También me dio a entender que le había costado una suma considerable y que debía cuidarlo. Lo llevé al ropero de nuestra habitación y lo guardé en un cajón, junto con algunos escasos objetos de valor.

Después de varios días de ausencia, las dos lo abrazábamos agradecidas de tenerlo de vuelta, sano y salvo. Tras acostar a Emma hacíamos planes para el fin de semana. Queríamos estar solos los tres. Ninguna obligación vendría a pinchar nuestra burbuja. No soy creyente, pero cada vez que pasaba frente a una iglesia o cualquier otro lugar de culto, le agradecía a la misteriosa fuerza que dirigía los destinos humanos por permitirnos estar juntos. Cuando estás rodeado de tanto amor, resulta fácil creer que nada malo va a sucederte.

Yo dirijo documentales y, a diferencia de mi marido, tengo un compromiso con la búsqueda de la verdad. Me dedico a auscultar los instantes perdidos que palpitan al fondo del proyector. Disfruto creando recortes inusuales. Transformo mi cámara en una memoria capaz de iluminar los contornos de lo que un día fuimos. Pero, cuanto más me adentro en los detalles, más claro veo que el pasado es un campo de minas. Hay algo caprichoso en mi empeño: el vértigo de decidir qué parcelas de la realidad van a ser iluminadas. En el fondo, sé que es una empresa perdida. Las relaciones no se explican con palabras. Hay que verlas.

Charles era un mirlo solitario que yo cuidaba con la esperanza de ahuyentar sus demonios. Supongo que no hay redención para él. Sin

embargo, no todo en nuestra vida fue un engaño. Incluso hoy estoy convencida de que el amor que nos tuvimos fue genuino. No pretendo justificarlo y tampoco creo que esté buscando redimirse. Solo quisiera que entiendan quiénes fuimos. Para eso necesito hacer algunas aclaraciones. Empecé a interesarme por Hélène y André sin saber que la mentira iba a colonizar mi vida. Cada matrimonio tiene una infinidad de recovecos, y yo quería recorrer cada uno. Me preguntaba cómo se cuece una historia de amor así: más de sesenta años, un tiempo elástico que declinaba con la cadencia perezosa de todo lo que vive. ¿Cuánto tarda el amor en nacer, en crecer, en morir? ¿Cuánto tarda el pasado en extinguirse?

7

Nuestro departamento está ubicado en el distrito X, en una zona *bourgeois-bohème* o *bobo*. Es un estudio estilo *loft*, con paredes blancas y bibliotecas empotradas. Su escritorio continúa en nuestra habitación, justo contra la ventana con vista a los techos de tejas grises. Desde que mi marido se fue, intento estar lo menos posible ahí. Abrir su armario sigue resultándome angustioso. Charles se vestía de manera sobria, ni demasiado formal ni relajado. Solía llevar camisas de tonos neutros y jeans oscuros. No se ponía corbata a no ser que fuera necesario. Casi todo su vestuario venía de Uniqlo. Compraba en línea durante las rebajas y se lo hacía mandar a casa. No tenía grandes coqueterías. Sus mejores prendas eran un viejo abrigo de pana azul de Maison Kitsuné y un impermeable Paul Smith. Usaba zapatos estilo *derby*, pero la mayor parte del tiempo llevaba unos botines con cordones que indicaban que, incluso si estaba vestido de traje para una entrega de premios, no tardaría en lanzarse a la aventura tan pronto como bajara del escenario.

La ropa que aún cuelga de las perchas es la que decidió no llevarse. Las remeras siguen dobladas en el estante de la izquierda. Los pantalones, en la estantería más alta, junto a los pulóveres. Me parecen reliquias de otra era. ¡Qué fácil es sentir empatía por un par de medias! Cosas queridas y abandonadas sin explicación. Me pasa

algo semejante a lo que debe sentir el cónyuge que sobrevive a su pareja. Me aferro a una bufanda y la huelo, esperando reconocer su olor, o me la cuelgo al cuello como si fuera un talismán capaz de remontar el curso del tiempo. Vivo en un museo poblado de ruinas: las anotaciones en los márgenes de sus libros, la vajilla que usaba para cocinar, las fotografías, incluso los jarrones me conmueven y me exigen seguir hurgando. Vacío los bolsillos, abro los cierres metálicos de las camperas e inspecciono sus abrigos. Meto la mano en el interior de los zapatos y desenrollo los pares de medias como una usurera en busca de una pieza de oro escondida. Cualquier cachivache que estuvo en contacto con su cuerpo me provoca ganas de llorar. A falta de huesos, me aferro a esos restos para armar mi altar privado.

De cara al mundo exterior, me comporto como una mujer desesperada por dar con el paradero de su esposo. Al hablar con colegas, me calzo el disfraz de la periodista que, además de buscarlo, se esfuerza por entender sus motivaciones. Pero, puertas adentro, me transformo en una verdadera idólatra: duermo con sus remeras y me resisto a lavar la ropa deportiva que usó para salir a correr unos días antes de largarse.

Él no está, pero su ausencia sigue ocupando su costado de la cama. Su aura se manifiesta cuando me sirvo un té en su taza favorita o cuando acaricio la impronta de su cabeza en el respaldo del sillón. Su hálito se conserva en las partituras que descansan sobre el atril del piano. Esa mole negra me da bronca. No sería del todo exagerado decir que le tengo envidia. Todavía escucho el tema de Rameau que practicaba cada noche, bajando el volumen o tecleando en silencio, si era tarde y no quería molestar a los vecinos.

Desde que cumplió cinco, Emma comenzó a pedirle que no silenciara el piano. Le gustaba dormirse con los acordes que los tres sabíamos de memoria. Nuestra hija acababa de empezar las clases particulares y su profesora estaba sorprendida: ¡tenía buen oído y sus rudimentos no estaban nada mal para una nena de seis años! Charles le guiñaba el ojo: los tres minutos diarios de práctica habían dado frutos. Ella lo adoraba. Habría aprendido a tocar el trombón si hubiera percibido que eso podía valerle un momento a solas con su padre. Ahora que la llevo yo a clase, remolonea y se queja. La profesora le parece exigente —menos graciosa y paciente que su papi— y no volvió a abrir las partituras infantiles. Grabé muchos videos caseros de esos instantes. Todavía lo veo con Emma chiquita sentada en sus rodillas. Debía tener tres años y aún no hablaba del todo bien, pero quería repetir los movimientos que su papá le enseñaba. Cada nota se asociaba con un animal: «Do, como el elefante», «Mi, como el pajarito», le repetía, y los dedos de Emma se deslizaban por el teclado con una gracia inaudita para su edad. Ese era su ritual de las tardes. Algo tan cotidiano como lavarse los dientes, apenas unos segundos en los que los dos tocaban algo juntos.

En la película *En el camino*, Jonas Mekas dice que nunca pudo entender dónde empieza y dónde termina la vida. Se pasó más de treinta años registrando días comunes; recuerdos frágiles catapultados al vértigo de la historia. Capturaba la belleza impalpable de un gesto ordinario: un hombre corta una flor de un cantero, la huele y sonríe; su mujer saca los libros de encima de la mesa para poner los cubiertos; su hija bebé juega con un gato sobre la alfombra persa del salón; un nene gira el cuello e intenta liberarse

del brazo de su padre para observar la cámara justo antes de cruzar de vereda. Los detalles más insignificantes se vuelven enigmáticos y maravillosos. Como la melodía de una canción olvidada, las imágenes transmiten una dulzura al alcance de cualquier mortal. Mekas grabó y grabó y, un día, decidió empalmar la película sin más lógica que el azar con que iban surgiendo los rollos. ¿Cuántas veces yo también filmé momentos especiales: cumpleaños, bautismos, comidas familiares? Todavía veo el primer día de Emma en el jardín de infantes. Ella posaba sonriente con su vestido favorito —el amarillo con pintas blancas que usó sin descanso hasta que dejó de entrarle—, mientras Charles la sostenía por los hombros. Registré paseos en barco y en bicicleta, el ascenso de una montaña, tardes en museos; e incluso un aperitivo en la terraza de un viejo hotel de Niza, con paredes de un rosa descascarado y vista a un mar sin oleaje. Pero, sobre todo, filmé atardeceres de días comunes, restos de una intimidad algodonosa que se acercaba bastante a la felicidad. Como le pasaba a Mekas, en esos instantes no me costaba creer que el paraíso sí existía.

8

Es curioso hasta qué punto subestimamos la felicidad en tiempos de calma. Si hiciera una encuesta, estoy segura de que la mayoría de mis entrevistados diría que ha tenido una semana complicada o incluso un mal año. Pero justo después, algo terrible ocurre y nos damos cuenta de lo ciegos que estábamos. ¿Cómo no valoramos lo que teníamos? La vida no se puede rebobinar.

Por las noches, después de acostar a Emma, me pongo el pijama y me recojo el pelo en un rodete. Embebo un trozo de algodón en una loción astringente y recorro el contorno de los ojos. Insisto en las ojeras, cada vez más marcadas. Atravieso la frente con movimientos circulares y ataco el cuello. Abro el frasco de crema. Aplico una pizca en los bordes de los ojos, en la frente y las mejillas. La esparzo con movimientos ascendentes, para combatir la aparición de arrugas. Me cuesta reconocerme en el espejo. ¿Se habrá hartado mi marido de ver mi cara cada mañana, cuando la frescura de la crema ya se esfumó?

Desde su desaparición, apilo automatismos. Saco una taza del armario y enciendo la cafetera, hasta que recuerdo que no me gusta el café. Su ausencia es la manifestación implacable del sinsentido. Su huida me desagua como la curva abierta de un signo de interrogación. Mi día está compartimentado en segmentos de

algunas horas. El primero, mientras desayunamos con Emma antes de ir al colegio y ella me pregunta por qué no escuchamos las noticias. «Prefiero hablar», le digo y le pido que me cuente algo de la escuela. Ella baja la cabeza, ensimismada en su bol de cereales. Todavía es chica y acepta mis explicaciones: «Papá está de viaje. Es por su trabajo. Pronto tendremos noticias».

Cuando vuelvo a casa, prendo la radio y me dedico a leer todo lo que se ha publicado. Inauguré un cuaderno en el que llevo un recuento de los avances del caso. Soy un gato dando vueltas en una caja. Mi teléfono empieza a sonar a partir de las diez. Antes me llamaban números desconocidos con propuestas para mejorar mi consumo energético o mi oferta de internet. Ahora esas llamadas se alternan con las de flamantes reporteros que buscan entrevistarme y desafiar los límites de mi desconocimiento. ¿Sé dónde está? ¿Estoy furiosa o angustiada? ¿Desapruebo sus actos (como buena periodista) sin dejar de quererlo (como fiel esposa)? Intentan suplir la falta de oficio con una actitud desvergonzada. Tal vez ni siquiera hayan terminado la carrera. Dada la calidad de sus preguntas, tampoco me sorprendería que no hubiesen puesto un pie en el liceo. Sin embargo, se permiten llamarme, enviarme correos o irrumpir en la puerta de mi edificio, grabador en mano. Esos cachorros de mercenarios me causan más rechazo que Charles. Mi ubicación en el ojo del ciclón me convirtió también en un *target* ideal para las emisiones inspiradas en casos reales. Era un universo que conocía de lejos y que siempre me había despertado una sonrisa condescendiente. Las productoras me invitaban una y otra vez a participar en charlas cuyos títulos iban desde «Mi marido, el impostor» hasta «Viviendo con el enemigo». Al principio me tomaba

unos segundos para preguntarles si no les daba vergüenza producir contenido tan burdo. Ahora les corto y bloqueo el número.

El compartimiento más neurótico de mi día está hecho de encuentros con gente que no sabe quién soy. Es un bloque delirante que puede sonar divertido, pero, en verdad, roza la locura. Me identifico, a mi pesar, con la protagonista de *Bajo la arena*, de François Ozon. En la película, su marido desaparece durante un día de playa en las Landas y ella se resiste a aceptar su muerte o su fuga. Sigue hablando de él, lo ve y mantienen charlas mientras le prepara las tostadas.

Me pongo el impermeable y las botas de lluvia y salgo a hacer las compras. Mientras la verdulera me pasa las bolsas de pepinos, tomates y papas, dice: «Hace rato que no vemos a su esposo. Mándele saludos». Yo le sonrío y le digo que ha estado con mucho trabajo. Algo similar me pasa con el panadero y con el cajero del Biocoop. Cada tanto me preguntan por él. Deben pensar que nos separamos, pero ninguno se alegraría si bloqueo la fila para explicarles los pormenores de su ausencia. A veces me parece detectar una brizna de lástima en el «Cuídese mucho» con que me despacha la pescadera, mientras me pasa la bolsita escuálida encima del mostrador. Abro mi paraguas y salgo haciéndome la desentendida.

Prefiero esos deslices de compasión a los mensajes que me llegan por las redes. Mis ojos se desplazan raudos sobre los de tono acusador-utilitarista: «Deje de mentir. Diga dónde está». O se abren azorados frente a los indignados-insultantes: «No es mejor que él. *Le Journal du soir* y usted son CÓMPLICES». Aunque los agresivos socavan mi entereza, los que más me afectan son los que ponen en

tela de juicio mi integridad: «Sus documentales también mienten. Lamento haber llorado con su última película». De vez en cuando, llegan mensajes más empáticos: «Amo su obra». Y, más raros aún, algunos de apoyo: «Usted no es como él. Resista».

Hace unas semanas recibí un correo de Alain Vincent, el verificador de datos que trabajó codo a codo con mi marido: «Charles también ha destruido mi vida. Aunque nadie más en el diario viniera a felicitarme, su éxito me parecía la prueba de que yo hacía un buen trabajo. Fui el primero al que echaron y todos creen que soy tan culpable como él. Ni siquiera me ha escrito para pedirme perdón». Le respondí que lamentaba el infierno por el que estaba pasando.

En la escuela de Emma hemos tenido también algunas *situaciones*. La directora y su maestra están al tanto del caso, pero no todo el personal lee las noticias. Hace algunas semanas, una preceptora le preguntó: «¿Ya no te trae tu papi?». Emma no contestó y vi cómo las cejas de la directora se arqueaban en una curva horrorizada. «No se preocupe. No va a repetirse», me aseguró. Algunos padres con los que solíamos cruzarnos en las fiestas de fin de curso también me preguntan por él. Si es gente que solo conozco de vista, opto por no explayarme. «Está de viaje por trabajo. ¿Qué tal ustedes?».

Cada tanto recibo un llamado de la administración que busca dar con él: su banco, los impuestos, su seguro médico. Siguen llegando publicidades de Sotheby's y Drouot —las casas de subastas a las que estaba abonado— y pedidos de suscripción de la Cruz Roja y Médicos Sin Fronteras. Me pregunto si los funcionarios viven en una caverna. Cada mes, un nuevo banquero me llama para avisarme que

su cuenta está al descubierto. Les explico, sin exasperarme, que no puedo hacer nada: «Sin cuerpo ni sospechas de suicidio, no puedo declararlo muerto, ¿no?». El empleado de turno me responde que, en ese caso, tendrán que transferir los impagos a mi nombre. Por suerte, los trámites son tan lentos que ese traspaso de deudas no termina de concretarse. El encargado del edificio esquiva mi mirada cuando me entrega la pila de facturas pendientes, con el reconocible albarán amarillo. Si las cartas están dirigidas a Charles, prefiero no abrirlas. Las voy apilando sobre la consola de la entrada. Como soy negadora pero no kamikaze, transferí *motu proprio* las facturas de luz y de internet a mi cuenta. Por lo demás, me limito a dejar que el Estado haga su parsimonioso trabajo.

9

—¿Eso es todo? —me preguntó Gustavo Guerri, director de cine venezolano y productor de mis dos primeros cortometrajes, mientras cortaba un trozo de su *carpaccio*.

Nos cruzamos en un congreso de cine documental en la Cité Internationale meses antes de que Charles se desvaneciese en el aire. Llevábamos tiempo sin vernos y lo invité a almorzar. Nos escapamos de nuestros anfitriones, nos alejamos del edificio de la Casa de México y cruzamos el boulevard Jourdan, avanzando por un camino bordeado de castaños que ya empezaban a perder las hojas. Nos sentamos en la terraza del único restaurante que no parecía demasiado infame, entre un kebab y un bar con punto de apuestas. Unos hinchas de fútbol tomaban cerveza parados y con las camisetas transpiradas. Sus banderas alicaídas descansaban sobre la barra.

—Ya te dije lo que pensaba cuando empezaste a filmar y no cambié de opinión. No voy a acompañarte esta vez. Y, sinceramente, no conozco a muchos productores que aceptarían financiar un largo así. No quiero pincharte el globo, pero no cuentes conmigo. Mucho menos si estás pensando en un largo. ¿Por qué elegir a una pareja de más de ochenta años para hablar de amor? ¿Qué tienen de

especial? Además de haberse soportado todo ese tiempo, que no es poco, eso te lo concedo.

Tomé un sorbo del vino blanco que perlaba mi copa. Él me miraba y sus anteojos de marco negro resbalaban por su nariz. Salió el sol y no había sombrilla ni toldo. Unas minúsculas gotitas de sudor se le formaban en el cuello. Intuí su avidez por cambiar de tema. Con un pedazo de pan arrastró un montoncito de migas de parmesano que flotaba en un charco de aceite de oliva. Mi idea no le interesaba.

—Es que hay algo más —le dije—. Un drama familiar. Y están las cartas de Hélène. Dejó un registro de todo: las infidelidades, las mentiras, las crisis.

Mi amigo se puso serio.

—¿*Esa* es tu gran historia de amor?

Me miraba preocupado. Se sacó los anteojos y los puso sobre la mesa con aplomo.

—Discúlpame la sinceridad, Miranda, pero no lo veo. Nada de eso me tienta.

La charla se había vuelto irremontable y no tenía ánimos para insistir. Después del almuerzo, se excusó por no quedarse a escucharme y se eclipsó. Yo volví al congreso y me escondí entre las últimas filas. Extendí mi impermeable en el respaldo de una de las sillas vacías e instalé mi mochila justo al lado. Esa sería mi trinchera: una barrera mínima pero disuasiva. Me sentía un fantasma. Los estudiantes parecían concentrados. Tomaban notas tecleando con saña en sus computadoras y asentían como buenos conocedores del tema. Me desentendí de la situación. Mientras miraba por el ventanal que daba sobre un pequeño patio interno, pensé en la ironía de haber sido invitada a un panel de «jóvenes directores». En realidad,

rozaba los cuarenta y mi carrera estaba en un *impasse*. En el mundo universitario, «joven» debía ser sinónimo de precario o de «no se le conocen ingresos fijos». Al acabar el congreso, acepté tomar otro trago con los participantes de mi mesa. Le había prometido a Charles que volvería a cenar, pero me daba igual. Él se la pasaba viajando y escribiendo reportajes que ganaban premios, podía permitirme llegar tarde a casa un sábado.

Nuestras profesiones habían trazado curvas opuestas. Nunca había sido carrerista, pero sí ambiciosa. Y nunca envidié tanto a Charles como después del nacimiento de Emma. La llegada de nuestra hija había redoblado las complicaciones. Nuestros amigos nos felicitaban y se alegraban de que pudiera cuidarla durante el primer año. Yo improvisaba una sonrisa bovina y pretextaba que debía ir a cambiarle el pañal o a entibiar una mamadera. No quería confesarles que hubiera preferido tener un trabajo demandante que me obligara a dejarla a cargo de profesionales competentes. Desplegaba cubos de madera sobre la alfombra de su cuarto, pero lo único que quería era ocuparme de mí. Dormir, bajar ocho kilos, redescubrirme como un ser pensante. Mi escaso reconocimiento público probaba que era una buena madre. Es fácil recomendarles a los otros que sean pacientes. Sobre todo si se trata de mujeres que acaban de tener hijos. Cinco años atrás, la historia de Hélène y André me había sacado del rol de madre para lanzarme a fantasear de nuevo con mi carrera.

Le mandé un mensaje a Charles para avisarle que llegaría tarde. Ya en el bar pedí lo mismo que había tomado durante el almuerzo. Una segunda copa de Sancerre seco y frío. Escuchaba las conversaciones, pero todo me resultaba lejano. Alguien hablaba de

un festival en un país extranjero. Todos parecían al tanto. ¿Era la única que no se enteraba de nada? Es cierto que mi último documental se había estrenado hacía más de seis años. *De aquí en adelante* contaba la historia de dos niños kurdos refugiados. Era una película sobre la amistad y los desafíos de la integración. Fue mi proyecto más audaz. Me había dado el lujo de armar un equipo de cinco colegas que se volvieron amigos. Por primera vez, pude trabajar con un asistente de cámara y de producción, un sonidista, un iluminador y una montajista. La obra recibió el segundo premio del Festival Cine de lo Real y una mención especial en el Festival Internacional de Cine Documental de Ámsterdam. Cualquier otra persona habría estado saltando en una pata y desviviéndose por ir a cuantas proyecciones la invitaran. Pero el corte final se atrasó y coincidió con el nacimiento de Emma. Charles la sostuvo en brazos durante la entrega de premios, mientras yo rezaba para que no se despertase reclamando que la amamantara en medio de los discursos. Delegué en mi equipo el resto de los compromisos. No diría que me arrepiento. Quería disfrutar de mi bebé y mi carrera recién estaba empezando. Ya vendrían tiempos más tranquilos. Hoy en día mis colegas sacan un corto por año. Algunos alternan largometrajes y cortos con trabajos mejor remunerados.

La pantalla de mi teléfono se iluminó con un mensaje de Pierre. Podría liberarse para acompañarme a Rambouillet esa semana. Sentí cómo la sangre me subía a las mejillas. Desde hacía algunos meses, nuestra relación había entrado en un terreno brumoso. La idea de verlo me daba vértigo.

Coincidimos en la universidad. Durante un tiempo pensé que le gustaba, y fantaseé con la idea de estar juntos. Pero finalmente

Charles se impuso: era más decidido, más talentoso y capaz. Pierre llevaba algunos años en pareja con Loló, una chica joven que conoció en un rodaje; una morocha deportista como él, satisfecha con la vida e incapaz de despertar pasiones; una mujer de belleza discreta, que casi no hablaba en las salidas grupales. Los dos compartíamos una historia sinuosa, aunque desprovista de los baches y charcos que salpicaban, ahora, mi matrimonio. Arrastrábamos un pasivo de dilaciones, que solo había aumentado el deseo. Nos conocíamos y nos gustábamos como en toda amistad verdadera. Filmar de nuevo juntos era un sueño y un engorro. Me embriagaba la idea de quedar a solas bajo el mismo techo en el que Hélène y André dormían el sueño de los justos. Al mismo tiempo, no dejaba de hacerme reproches. ¿Iba a comprometer mi documental por un *flirt*? Él me miraba como solo miran los enamorados y yo minimizaba los riesgos. Sobrevolaba el inicio del incendio avivando el fuego con el aleteo de mis idas y vueltas. Esa corriente adúltera que fluía entre los dos era una promesa de aventura y no iba a descartarla pretextando buen juicio. Habían bastado unas copas en el salón de Rambouillet, unas miradas que se apoyaron en los ojos del otro unos segundos más de lo conveniente, un roce de dedos al hojear los álbumes de fotos.

Terminé mi Sancerre y miré la hora. Todavía podía llegar a tiempo para acostar a Emma. Mi desinterés en la charla me garantizó una salida discreta. Empezaba a anochecer cuando recorrí los doscientos metros que separaban el bar de la estación del RER B, que me llevaría hasta Châtelet. Desde ahí, conectaría con la línea cuatro hasta Gare de l'Est. Viajar en ese tren suburbano siempre me deprimía. Me quedé mirando el tapizado gris y percudido de los

asientos, las misteriosas líneas que se ramificaban por el paño como cicatrices mal curadas. Era la línea más ruidosa y sucia de las que solía usar. Me dejé mecer por los giros y el traqueteo del vagón. No había nada que ver por la ventana. La pregunta de mi amigo me seguía aguijoneando: ¿esa era mi gran historia de amor?

No podía negar que Hélène y André me atraían. Yo misma era el resultado de un linaje de parejas que habían honrado el «Para siempre». Padres, abuelos, bisabuelos, vaya a saber hasta dónde remontaba la cosa. Charles y yo llevábamos más de una década juntos. Teníamos momentos de dudas, claro. Las peleas más intensas habían sido, casi todas, fruto de mis descontentos. Me tentaba llevar la pareja al filo del desastre, precipitar las crisis, exponer las heridas al sol. Mi insatisfacción era la única constante. No lo entendía. Había querido tanto estar con él, lograr que me eligiera a mí entre todas..., ¿y ahora consideraba bajarme del barco? Me resistía a aceptar que sería la primera en romper la estirpe de los amores estables, el legado que circulaba en mi sangre como un escudo de armas. El RER B se sacudía y yo esperaba el maremoto, la ola imparable que removiera la piedra de la locura. Pensaba en el amor. O, mejor dicho, me obligaba a no pensar en eso.

10

—Mami, ¿podemos ver a papá en la tele?

Avanzábamos con Emma por el quai de Jemmapes, a la salida del colegio. La llovizna no alcanzaba a decidirnos a abrir los paraguas, pero igual nos humedecía la ropa.

—¿Cómo?

—Luc me dijo que hablaban de él en un programa.

—Papá va seguido a la tele. Es su trabajo.

—Yo le conté, pero dijo que comentaban algo malo que hizo.

—No entendió —le respondí cortante.

—¡Por eso quiero verlo! Si lo vemos, puedo explicarle.

—¿No decís que Luc no sabe leer? Si no puede enseñarle nada la maestra, no vamos a perder el tiempo nosotras.

—Pero quiero escuchar lo que dicen.

—Cuando papá vuelva de viaje le preguntás a él si podés ver ese noticiero.

—¿Cuándo vuelve?

—Pronto, amor.

Le propuse comprar pastas frescas y una porción de tiramisú en su italiano preferido, aunque las dos sabíamos que los postres no iban a llevarnos demasiado lejos. Mi teléfono vibró con otra llamada perdida de mi padre. Llevaba semanas insistiendo en que pasáramos

unos días con él. Apenas llegamos a casa, le puse dibujos animados y hablé con la directora de su colegio. Hasta no tener noticias, Emma no debía quedar expuesta. Karine me aseguró que podía contar con ella. Sin embargo, me advirtió, era imposible controlar las discusiones de los nenes. Mandé un correo a los padres de su clase para pedirles que evitaran comentar el caso con sus hijos. ¿Quién me hubiera visto buscando granjearme su empatía, calentándoles el corazoncito y la buena conciencia? Tal vez sus carreras no eran demasiado prometedoras, quizá no tenían vidas apasionantes ni se llevaban todos los aplausos, pero sí que estaban ahí para sus hijos. Podían dormir en paz.

Al día siguiente nos instalamos en lo de mi padre, en Suresnes, un barrio residencial de clases medias y medias altas, adonde se habían mudado con mi madre cuando quedó claro que Charles y yo no nos alejaríamos de París. Mi padre nunca estuvo convencido de comprar esa casa. Suresnes fue otra de las concesiones que hizo por mamá, que no podía vivir sin su jardín. Nunca entendí por qué, después de su muerte, no la puso en venta. El lugar era demasiado grande para él, y nosotros lo visitábamos solo de vez en cuando. ¿Intuía que algo del esfuerzo que mamá había puesto en las plantas podía sobrevivirla? Tal vez fantaseaba con que su espíritu había reencarnado en la madreselva que cubría el frente o en los malvones que tantos pesares le habían dado. Esos malvones que, el año siguiente a su partida, florecieron con brío y sin escrúpulos, como si se hubieran liberado de un yugo. Ahora todo estaba inundado.

—¡Abooooo! —gritó Emma mientras se colgaba de sus piernas haciendo peligrar su precario equilibrio psíquico.

Él intentaba mostrarse enérgico, pero estaba deshecho. Misterioso, levantó el dedo índice y le señaló el jardín. El tobogán que llevaba años prometiéndole refulgía en el patio. A pesar de las nubes negras y amenazantes, Emma se calzó su impermeable con estampado de pececitos y se pasó la tarde subiendo y bajando del armatoste rojo. Papá veía que yo hacía esfuerzos descomunales para mantenerme entera y no me lanzaba preguntas molestas.

—Paciencia, hija. Podés dejarme a Emma y hacer lo que necesites.

Lo abracé agradecida, aunque, por dentro, sentía que todo se desarmaba. Era una torre de Kapla: bastaba un movimiento en falso para que la estructura se viniera abajo. Me sobresaltó el contacto con su cuerpo huesudo. Lo recordaba recio y compacto. Había bajado de peso desde la muerte de mamá y el pelo se le había emblanquecido.

—¿Estás comiendo?

—Como siempre. Rossen dice que estoy mejor que nunca.

Papá tenía una relación casi amorosa con su médica. Era su mejor paciente: asiduo y riguroso, el alumno ejemplar que mamá nunca había sido.

—¡Qué vanidoso! No vaya a ser que te achaques y deje de hacerte halagos.

—Cuando tenés la suerte de haber encontrado a la mejor, no perdés el tiempo buscando segundas opiniones, querida —me dijo con una sonrisa pueril.

Esa noche preparamos juntos la cena y le conté a Emma que iba a quedarse unos días con su abuelo.

—¿No voy al cole mañana?

—Esta semana no. Ya hablé con Karine. El abo va a cuidarte.

Mi hija estaba exultante. Zarandeó a su abuelo con un abrazo efusivo y le tironeó de la manga para que subieran a su habitación. Quería llevar las muñecas con las que había estado jugando. Papá le leyó cuentos e hizo alardes de paciencia para dormirla mientras yo ordenaba la cocina. Bajó algo inquieto: Emma le había pedido que le pusiera la tele cuando me fuese. Le había dicho que yo estaba celosa de su papá porque era famoso. Él se rio y le preguntó de dónde sacaba esas cosas, pero Emma volvió al ruedo: en la tele no pasaban mis películas. A su papá, en cambio, todos lo conocían. Él le dijo que mis películas eran muy buenas y que, de todas formas, eso de ser famoso no tenía importancia. Antes de que se fuera del cuarto —dejando la lámpara del pasillo encendida y la puerta entornada—, su nieta le dijo: «Mañana lo hablamos». No había querido dar el brazo a torcer. Él no recordaba que fuera tan insistente. Le pedí que no se preocupara.

No sabía cómo iba a responder a la ausencia de Charles y cada nuevo amanecer me esperaba con el guante blanco e impecable, listo para la cachetada. Por más que me doliera saber qué bando había elegido mi hija, no podía proteger todos los frentes. Las prioridades eran encontrar a Charles y entender dónde estaba parada. Antes creía que en las grandes caídas había algo trágico y noble. Tal vez sea así para el que se defenestra, pero los testigos no se enaltecen observando y, mucho menos, limpiando el cemento para que vuelvan a circular los paseantes.

11

En el diario llevaban casi una semana al tanto de los hechos, pero Charles les había pedido tiempo. Un tiempo que usó para preparar su huida. Los meses anteriores habían sido frenéticos. Abría nuevas líneas de investigación y se pasaba días estudiando los pormenores de casos que no terminaban de entusiasmarlo. El amplio escritorio de madera que teníamos en nuestra habitación se llenaba de papeles, libros y fotos. Las notas se iban superponiendo en su pizarra de corcho. Había algo estético en la manera en la que componía esos *collages* de imágenes, flechas y nombres propios. Pero, esta vez, los sofisticados esquemas que diseñaba con un puñado de chinches y gruesos hilos negros no duraban. Los libros que dejó apilados sobre el escritorio conservan aún sus marcapáginas: cada color identificaba un tema, actores, lugares o fechas. Un sistema interpretativo que aplicaba a rajatabla y que podía tomarse por el trabajo de un detective paranoico. Me pregunto qué hacía con toda esa documentación cuando, por fin, decidía descartarla e inventar.

Trabajaba a contrarreloj. Yo no entendía los motivos de la urgencia. Charles se debatía entre el frenesí investigativo y ambiciosos planes familiares. Hablaba de encontrar un equilibrio entre el trabajo y la vida personal. Quería pasar más tiempo con

Emma, ocuparse de ella los miércoles por la tarde y llevarla a su clase de danza. Sugirió, incluso, que nos tomáramos un año sabático para recorrer el mundo. Emma podría estudiar a distancia. Seríamos sus padres y sus maestros, aventureros y responsables. Pero no me daba tiempo a considerar la propuesta cuando ya me estaba advirtiendo sobre un futuro viaje que lo llevaría lejos y sin fecha cerrada de vuelta. Tenía que estar preparada para asumir las riendas de la casa. Yo le pedía precisiones, aunque eso solo lo enfurecía. Sabía que el diario le imponía una agenda de ministro que él mismo era incapaz de controlar.

Después de haber pasado meses trabajando en el artículo que le había valido el último premio, se diluía en el mar de los posibles. Había puesto en pausa sus viajes y pasaba más tiempo con nosotras. Intentaba liberarse temprano para buscar a Emma a la salida del colegio. La llevaba al jardin Villemin, donde ella corría entre niños abandonados a la vigilancia de niñeras intransigentes. Otras veces iban a hacer las compras en las tiendas de la rue de Lancry. Se entretenían eligiendo verduras y frutas de temporada, compraban quesos y pan fresco. Cuando volvía a casa los encontraba lanzados a la preparación de platos originales. Emma estaba sentada sobre la mesada de la cocina; él le había puesto el delantal rosa que usaba para pintar y ella batía huevos concentrada. Los fines de semana ya no estaba apurado por acostarla para enfrascarse en unas horas extra de trabajo. Abríamos una botella de vino, preparábamos la cena y me pedía detalles del documental. Pero la calma de las noches se esfumaba por la mañana. Él se despertaba muy temprano y se iba a la redacción con un aire

taciturno. Me reprochaba ser insensible a sus problemas, pensar solo en mi película.

¿Cómo podía cambiar de discurso tan rápido? Me hacía escenas e insistía en discutir detalles que solo complicaban las cosas. Nos uníamos en el desacuerdo. Salíamos a navegar simulando ceguera ante el cielo borrascoso que encapotaba el horizonte. Él buscaba ganar tiempo, construir un caparazón resistente a los ataques. Yo asistía a sus cambios de humor como la pasajera de un auto que rueda sin volante ni frenos: mitad horrorizada y mitad entregada. Nuestras discusiones eran un cuerpo a cuerpo en el que ninguno cedía ni un centímetro de terreno. Supongo que, hasta el último momento, él esperó que ocurriera un milagro. Necesitaba mi ayuda y yo se la regateaba.

Hasta entonces, nunca me había sentido demasiado incómoda en el rol de artista incomprendida. Hacer documentales implicaba ir a contracorriente, crear un público que aún no existía. Sin embargo, desde que empecé a filmar a Hélène y André, esa postura complaciente empezó a darme escalofríos. Odiaba reconocerme en el papel pasivo que yo misma había fomentado, alentando a Charles a privilegiar su trabajo por encima de todo. Algo había cambiado: creía en lo que estaba haciendo y soñaba con que la película se abriera camino, pero los brotes de esa ambición chocaban contra las exigencias de mi marido. Me decía que era mejor esquivar las peleas, armar una carpita resistente al granizo. Pierre, André y Hélène serían mis estacas. En los últimos meses, mi amigo se había transformado en confidente, y cuanto más me acercaba a él, más me alejaba de Charles. No quería pensar en los daños que esa relación podía causar. Salía del hogar silenciosa como una ladrona, y

el deseo de avanzar con la película se confundía con la imposibilidad de pasar demasiado tiempo separados.

12
Rambouillet

Esa mañana la niñera de Emma me avisó que estaba enferma y no podría quedarse con ella. Como era miércoles y las clases terminaban a media mañana, llamé a la directora para decirle que pasaría yo a buscarla. Entretanto, Pierre llegó a casa. Cuando volvimos, él ya había terminado de cargar los bolsos. Subimos al auto y partimos rumbo al bosque.

—¿Trajiste mis pinturas? —Emma revolvía su mochila, preocupada.

—Traje todo: lápices de colores, pinceles, óleos. Hélène te va a prestar papeles calco y sus libros de arte para copiar dibujos. Pero ¡pará de desordenar las cosas! El resto está en el baúl. Podés dormir un rato o escuchar tu caja de historias.

—Síií, ¡la caja de historias! —Tenía una sonrisa de oreja a oreja y daba saltitos en el asiento.

—A ver, muéstrame. ¿Tiene auriculares esto? —Pierre se dio vuelta y le sacó la caja celeste de las manos—. Nunca vi un objeto tan genial. ¿Cómo funciona?

—Cuenta historias. Podés elegir un personaje, un lugar, una cosa, y así va avanzando. Depende de lo que elijas.

—Esto es muy sofisticado.

—Es como una radio.

—Tu hija no aprecia lo bueno, Miranda.

—¡Sí! Mami, decile que me la devuelva.

Él se la entregó con pompa y Emma se enfrascó en sus historias. Al cabo de un rato, noté que mi amigo me miraba por el espejo retrovisor.

—¿Cómo quieres hacer? —preguntó—. Con Julia podemos ocuparnos de las tomas en exteriores. Ella va a llegar un poco más tarde, pero puedo ir instalando el sonido.

Le dije que me parecía bien. Quería que filmaran con André en la zona de la hamaca.

—A ver si puede mostrarles las verduras que está dando el huerto. Si tenemos suerte, tal vez salga el sol unos minutos.

—Verifiqué el pronóstico. La lluvia debería amainar a la tarde.

Asentí y miré a Emma por el espejo. Tenía una oreja pegada a la caja, la frente posada contra la ventanilla y la mirada perdida en el paisaje.

—¿Vas a grabar con Hélène?

—Sí. Me dijo que encontró fotos de la época en la que acababan de mudarse.

—¿Tiene los negativos?

—Voy a preguntarle.

Aprovechamos el viaje para hablar de las próximas secuencias. Pierre oficiaba de editor entre mis encuentros —mucho más espaciados— con mi editora formal, la que me ayudaba a construir el relato, a decidir sobre los ritmos e identificar los temas centrales.

Él llevaba su Moleskine negra abierta sobre las rodillas e iba tomando notas.

—No sé cómo hacés para escribir con tanto movimiento. ¿No te hace mal a la vista?

—Soy muy aguerrido. Pero, hablando de cosas serias, lo que sí me afecta la vista es esa falda naranja tan corta y ochentosa.

—Me alegra si te gusta.

—Si fuera solo eso… —agregó deslizando el índice por mi pierna.

Comprobé por el retrovisor que Emma no había escuchado y le pedí que parara.

—Puedo ponerme unos jeans cuando lleguemos.

—No será necesario. Supongo que pasarás toda la tarde en el estudio de Hélène. Si fuera para andar de acá para allá con André, ahí sí, ¡jeans obligatorios! —lanzó divertido.

Pierre solía hacer eso: usaba la presencia de Emma para decirme algo desestabilizante. Luego, en cuanto se quedaba a solas conmigo, se volvía tímido y correcto. Antes pensaba que era por respeto a Charles, al que, por otra parte, nunca había soportado. Sin embargo, ahora me daba cuenta de que no era eso. Nuestra amistad siempre me había parecido una evidencia, pero no era lo mismo para él. Estaba convencido de que, si dábamos un paso de más, todo se iba a desmadrar. Yo actuaba impulsivamente. Camuflaba mi inmadurez alegando ser un alma volátil, inmune a un enamoramiento pasajero. Entonces me resultaba fácil simular que no había peligro. Charles era mi edificio en piedra, la garantía de que mi vida no saldría de su apacible planicie sentimental. Me hacía la guardiana de un mausoleo dorado y reluciente, y no se me ocurría un sitio más hermoso donde velar los restos del gran amor. Pierre me conocía y desconfiaba. No se tragaba mi discurso de la felicidad conyugal y tampoco aceptaba el rol de amante ocasional, al que yo lo invitaba alegre y despreocupada.

Llegamos y André nos invitó a pasar a la cocina. Habían preparado tartas de verdura y una ensalada. Emma estaba impresionada por la belleza de la casa y quería ir a explorar el bosque. Él le propuso acompañarla después del almuerzo. Hasta tenían un ático con viejos juguetes de cuando sus hijos eran chicos.

—¿Hay muñecas? ¿Puedo jugar con ellas, mamá?

Asentí agradecida.

—Claro —le dijo André—, pero para eso hay que encontrarlas.

—Hélène tiene también una hamaca —agregó Pierre—. Es su juguete preferido. No sé si querrá prestártelo.

—¡Una hamaca! —repitió Emma con los ojos redondos e incrédulos.

—¿Ves? —le dijo inclinándose sobre la mesa—. Tu mamá no te llevó a su trabajo: ¡te trajo a Disney!

—Botas de lluvia y hamaca obligatoria para Emma —decretó Hélène—. Me alegra que tu mamá te haya traído. Vamos a jugar un buen rato juntas.

—Sobre todo André y yo —aclaró Pierre—. Miranda necesita trabajar con usted.

—Es cierto, es cierto. Vamos a trabajar. Además, parece que va a salir el sol. ¡Miren lo rápido que se mueven las nubes!

Hélène señaló un trozo de cielo visible a través de la ventana; pronto quedaría límpido. Terminamos de almorzar y André le propuso a Emma buscar moras en el jardín. Cuando estábamos saliendo de la cocina, noté que la televisión del salón estaba prendida. Era un programa de noticias y vi aparecer una foto de Charles. Pierre apagó el televisor antes de que Emma se diera cuenta.

Esa tarde, miramos álbumes de fotos y hablamos de sus hijos. Hélène parecía encantada de recordar las diferentes edades, las personalidades y los gustos de cada uno. Me mostró una fotografía de fines de los sesenta, en la que se veía a Victoria en la playa, con un traje de baño amarillo. Debía tener unos tres o cuatro años y sostenía la mano de André, lista para entrar en el agua. Ella todavía recordaba la angustia que la inundaba al verlos alejarse en el mar de Normandía durante las vacaciones de verano. ¿Cuántas veces se había enfurecido porque él asumía riesgos innecesarios? Ella y su hijo hacían castillos de arena mientras sus dos cabecitas, cada vez más lejanas, parecían engullidas por el vaivén de las olas. Hélène aguantaba todo lo que podía, pero la intranquilidad terminaba por vencerla. Corría hasta la orilla, cargando a Bruno en brazos, para gritarles que volvieran. Al cabo de un rato, los dos emergían, felices y tiritando de frío. Él le repetía que no había motivo para preocuparse: Victoria estaba segura entre sus brazos. También había muchas fotos en blanco y negro. Retratos de los años cincuenta de ella —con el pelo corto y los labios colorados— y de André —sonriente, de traje y corbata—. En otra foto, de comienzos de los setenta, se la veía muy joven, con una melena rubia hasta los hombros y una minifalda de rombos. Un nene rubio como ella le sonreía vestido con un enterito verde.

—Mi Bruno —me dijo—. Es increíble lo distintos que eran —agregó mostrándome la foto de una nena de cabello lacio y oscuro, cachetes rojos como manzanas y mirada triste.

En ese entonces todo le parecía difícil, pero, con el tiempo, debía reconocer que nunca había sido tan feliz. Incluso después del accidente, tuvieron momentos felices.

El accidente.

Así se refiere Hélène al episodio que trastocó sus vidas. Otras veces dice: «lo que le pasó a Bruno». Hasta ahora nunca ha querido entrar en detalles, pero sé que se culpa por aquello. André se mantuvo firme a su lado. Sus raíces se hundían hondo para amarrar todo lo que se tambaleaba en ella. Si las cosas hubieran ocurrido al revés, no estaba segura de que ella hubiese podido perdonarlo.

Hélène aceptó leerme una de las cartas que escribió algunos meses más tarde. Desplegó el papel fino y amarillento: «Lucho contra los recuerdos. Antes pensaba que el amor y los hijos sanos eran bendiciones banales. ¡Qué poco apreciaba esa felicidad! Al menos ya no tengo miedo. Todo se volvió nostálgico. Extraño lo que nuestro hijo nunca podrá vivir».

Regresamos al salón. André había encontrado viejos juguetes de sus hijos. Emma se encariñó con una muñeca de pelo platinado y los dos acordaron traerla de vuelta a casa. Cuando nos estábamos yendo, Hélène me dijo que estaba muy linda, que la falda naranja me iba muy bien. No quería hablarles de Charles. No podía soportar que me miraran con lástima, pero sí empezaban a entender quiénes eran las personas que contaban en mi vida. Y eso me bastaba.

13

Cuando el escándalo se llevó por los aires la credibilidad del diario, los especialistas avanzaron distintas hipótesis. Tampoco es que tuvieran pretensiones científicas: cualquier etiqueta entre mediópata y mitómano funcionaba. Lo describían como un desequilibrado incapaz de distinguir la verdad de la mentira o como un adicto al éxito. Algún medio lo trató, incluso, de vulgar escritor de ficción. Me tranquilizaba leer esos diagnósticos. Más que entender, querían ahorrarse el escollo de pensar que, tal vez, solo era un tipo lúcido que vio la oportunidad y se tentó. El ajuste de cuentas duró meses. Para saciar el ansia de sangre de los lectores, los editores se disculparon públicamente y las instituciones revocaron sus premios. Al principio, nuestros amigos se negaron a creerlo. Me ofrecieron ayuda y vinieron a vernos. Pero, con el paso de las semanas, fueron espaciando sus llamadas. Ya no me invitaban a sus eventos ni nos incluían en las salidas con sus hijos. Mis colegas también dejaron de proponerme proyectos. Pensé que sería algo transitorio, que lo hacían para evitar habladurías o preguntas indiscretas. Lo cierto es que preferían protegerse a sí mismos. ¿Dónde se ha visto una mujer tan ingenua? A no ser que supiera más de lo que decía.

Para entender dónde estaba parada fui a ver a Louis, un amigo y reconocido abogado penalista. Él trabaja para una prestigiosa firma

que tiene sus oficinas en el tercer piso de un elegante edificio de piedra clara, en el número 50 del boulevard Haussmann. La secretaria del bufete, una chica joven y muy maquillada, me condujo hasta una pequeña sala de reunión. Louis llegó diez minutos después.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó con una sonrisa afable mientras se corría un bucle de los ojos.

Era apenas unos años mayor que Charles y, como él, tenía la actitud de los hombres que saben que su tiempo vale caro. Le di las gracias y le dije que estaba bien. Louis se sacó los anteojos de armazón casi transparente.

—Entonces, ¿no volviste a comunicarte con él?

Le confirmé que seguía sin noticias.

—Tampoco me escribió, pero, conociéndolo, debe estar asesorado —dijo haciendo un minúsculo garabato sobre su libreta. Se inclinó sobre el escritorio, como si fuera a revelarme un secreto—. Es posible que su desaparición sea una estrategia.

—¿Puede ir preso?

—Lo dudo, aunque tendrá que combatir varios frentes de denuncias. ¿Me dijiste que había sospechas de estafas bancarias?

Una colega del diario acababa de filtrarme esa información. La mujer no había querido darme detalles, pero Charles podría estar implicado en fraudes contra lectores. Louis se puso muy serio. La pluma negra con filigranas cromadas con la que jugueteaba hacía unos instantes quedó sobre la mesa.

—¿La casa está a nombre de los dos?

—Sí. El ochenta por ciento es de él. Hasta ahora veníamos pagando el préstamo juntos, pero él vació su cuenta. Pronto van a

llegarme avisos por los impagos. Charles se hacía cargo de casi todo.

Nuestro abogado nos conocía desde hacía años; la situación debía parecerle vergonzosa.

—Deberías hablar con tu escribano. Intentar poner el departamento en venta. Si Charles no aparece y sus cuentas están vacías, el banco puede ejecutar la hipoteca.

—No puedo creer que me esté haciendo pasar por esto.

—Es la forma más segura de no comprometer lo tuyo.

—¿Puedo vender sin su firma?

—No, pero puedes pedir la división judicial. El juez ordena la venta y su parte queda consignada en una cuenta hasta que él la reclame. Charles activó un modo supervivencia. Vas a tener que tomar decisiones sola.

Respiré hondo y miré por la ventana.

—¿Has pensado en instalarte con tu padre? —me preguntó—. ¿Al menos hasta que las cosas se aclaren?

No dejaba de asombrarme la precisión con la que los abogados examinan las situaciones más espinosas. Me sugería desarmar mi vida con la seguridad de un vendedor de pólizas. Pero, al fin y al cabo, había ido a verlo para eso. Necesitaba rodearme de gente que me dijera la verdad sin endulzarla. Por lo demás, me recomendó seguir con la actitud que había tenido hasta la fecha: no dar entrevistas ni hacer declaraciones. Le agradecí y agarré mi abrigo.

—¿Sabés qué es lo peor? —le dije justo antes de salir—. Solo deseo que vuelva y me diga que todo tiene arreglo. Lo sigo queriendo como el primer día.

Louis me abrazó y me dijo que fuera fuerte. Salí del boulevard Haussmann con la cabeza hecha un hervidero. Eran las cinco de la

tarde de un viernes y la gente se arremolinaba para entrar en las Galerías Lafayette. Avancé unos metros y tuve que detenerme para no ser embestida por la marea humana que salía y entraba del H&M. La gente abría y cerraba los paraguas con brutalidad, amenazando a los paseantes con sus puntas afiladas. Bajé las escaleras para tomar la línea tres hasta République, pensando en lo que me había dicho. Los medios estaban cubriendo el caso con bombos y platillos. Todos tenían una opinión. Se llenaban la boca criticando el mal que las mentiras de Charles habían causado. Hablaban de un movimiento sísmico, de corrientes conspiracionistas y «hechos alternativos». Ahora pienso que esa era la verdadera adicción de Charles.

Hay una embriaguez propia de la mentira. No consiste solo en engañar ni en demostrar que sos más inteligente que el resto, sino en descubrir que el mundo es mucho más maleable de lo que nos enseñaron. Cada transgresión ensancha un poco más el horizonte, hasta que lo imposible deja de parecerlo. Mientras su personaje público entraba en modo hibernación, Charles se transformaría en un hombre puercoespín.

14

Durante las primeras semanas tras la desaparición de Charles, llamé con frecuencia a su madre y fui a verla a Bourges en varias ocasiones. Ella tampoco había tenido noticias. Le pedí el teléfono de su familia cercana y lejana —una formalidad, porque Charles no mantenía relación con nadie más que ella—, y también que escaneara todos los documentos que conservaba del *collège* y del liceo. Debía rastrillar el pasado parcela por parcela, pero, cuanto más me adentraba en los detalles, más consciente me volvía de lo poco que lo conocía. Hablé con montones de amigos, colegas y excompañeros de la universidad, pero ninguno tenía idea de dónde podía estar.

Su madre ya ha cumplido setenta y cinco años, aunque nadie le da más de sesenta. Es una morocha ágil, de melena oscura y ojos verdes muy intensos. Sigue teniendo el cuerpo privilegiado de las que hicieron ballet desde pequeñas: busto chato, piernas largas y un equilibrio envidiable. De joven fue una belleza. Tiene una inteligencia enciclopédica y es una apasionada del arte. Es la única persona que conozco que podría entrar en cualquier sala del Louvre y darte una lección completa, sin importar si se trata de arte fenicio, de las diatribas del periodo iconoclasta o de los pintores de la Escuela de Brujas. Tal vez su mayor defecto es que siempre parece estresada o

a punto de llegar tarde a algún lado. Hace todo a las apuradas y eso la lleva a cometer errores simples, que incluso el más sonso podría evitar.

Para justificar el escaso interés que le despierta su nieta, suele decir que esperamos demasiado para tenerla. Emma la encontró cansada. A veces, y solo si se lo pedimos con meses de antelación, acepta cuidarla unos días. Los franceses de esa generación no suelen ser buenos abuelos. Por lo general, tienen hijos muy jóvenes y no se reponen del duelo de la libertad perdida. Para compensar el yugo de esos retoños que nunca crecen lo suficientemente rápido, la mayor parte de sus amigas tuvo varios matrimonios. No fue su caso. A ella le tocó sobrevivir a la muerte de su hija y al abandono de François, su marido. Pero esos traumas no la hicieron más empática: el dolor la llevó a evitar cualquier forma de intimidad. No volvió a tener otra pareja y rearmó una vida solitaria que, con el paso de los años, se tornó hedonista y egocéntrica, rodeándose de amigas divorciadas o con maridos que apenas las reclaman. Un elenco que se renueva según su ánimo y sus aficiones del momento.

Tampoco se podía decir que la edad la hubiera suavizado. Cuando nos veíamos, nos hablaba de sus secuaces del bridge, de las cenas y los viajes que planeaba hacer, de las exposiciones a las que había ido y los últimos libros que había leído. Ese despliegue de mundanidad me agotaba. ¿Qué había leído yo? ¿A qué exposiciones iba? La vitalidad de mi suegra me devolvía mi propio reflejo deslucido. Frente a ella, me sentía una paisana rústica. Mi disfraz de directora de cine se desgarraba en jirones cada vez que abría la boca. Además, debía ser precavida y aceptar las lagunas de mi memoria porque nada le hacía perder más rápido el respeto por

alguien que oír el más mínimo dato erróneo. Salía de esos almuerzos exhausta y convencida de estar volviéndome idiota.

Por lo general, esperaba a que Emma se durmiera en el asiento de atrás del auto, a la vuelta, para quejarme de lo poco afectuosa que era. Charles no se inmutaba. La adoraba y no tenía pretensiones de que cambiara sus hábitos. Lanzaba una risotada y me decía que su madre llevaba la vida que nos gustaría llevar a nosotros. En su defensa, y eso sí que no podía retrucárselo, nunca nos pidió nietos.

Fui a verla dos días después de hablar con Louis. La acompañé a la cocina y preparamos una tetera de Lapsang souchong, la única bebida caliente que toma. Ya en el salón, nos sentamos en el sofá color guinda, con el calor de los radiadores subidos al máximo y la lluvia empañando los vidrios. Ella sirvió el té en un precioso juego de cerámica. El vapor ahumado subía de las tazas y creaba una atmósfera íntima. Muriel vivía en el primer piso de un clásico departamento francés de *bonne famille*: techos altos, parquet punta de Hungría, molduras y chimenea. Todos los detalles que Charles había evitado cuando elegimos nuestra casa. Su madre no parecía preocupada.

—No entiendo —me dijo—. ¿Qué le reprochan? ¿Que contara historias que vendían miles de ejemplares? ¡El propio diario se la pasaba alardeando sobre la sección de Sociedad! ¿O no decían que los que trabajaban ahí, más que periodistas, eran escritores?

—Supongo que no se referían a escritores de ficción. Como sea, lo importante es averiguar dónde está.

Su madre no estaba de acuerdo.

—Si Charles se fue, debe tener buenos motivos. —Cruzó las piernas—. Mi hijo no es de los que se esconden.

Tomé un sorbo de té y me ahorré el comentario de que ninguna de las dos sabía muy bien qué clase de hombre era su hijo.

—Tenemos que averiguar con quién está. Sin sospechas de secuestro o de suicidio, la Policía no va a hacer nada para encontrarlo.

—Ya te pasé los nombres de sus amigos. No sé qué más puedo hacer. Desde que se mudó a París, cortó el lazo con la gente de acá.

—¿No se le ocurre nadie con quien siguiera teniendo contacto?

Depositó su taza sobre la mesa.

—Está Rodolphe, su mejor amigo. Ya te pasé su teléfono.

—El número está fuera de servicio. ¿Intentó hablarle?

—No, no… —Muriel sacó una pelusa del brazo del sofá—. Estoy segura de que Charles va a volver. Eres su esposa y entiendo que quieras encontrarlo, pero yo soy su madre y respeto sus decisiones. No me dejo llevar por las idioteces que repiten por ahí. Mi hijo es un gran escritor y un excelente periodista. ¡Estaban a punto de ascenderlo! Todos sabían lo que hacían en el diario. ¿Ahora es el único responsable? Pfff, por favor… —dijo recostándose con la vista perdida en la alfombra beige.

—¿No es inmoral escribir mal? ¿Que nadie quiera pagar para leer tus notas? Este circo solo alimenta al hormiguero de pésimos periodistas que sacan la carta de los escrúpulos éticos para justificar su falta de oficio.

Me miró con sus ojos de gata y detecté una mezcla de sorna y de bronca en la forma en que inclinaba su perfil de elegante nariz romana. Los actos que le reprochaban le parecían ridículos. Eran apenas una gota en el océano de las barbaridades que se producían cada día en el *show business.*

«No vine a pelear», me repetí y me mordí la lengua para no decirle lo que pensaba de ella y de lo que había hecho su hijo.

—¿Podrá conseguir el nuevo número de su amigo?

—Sí, sí, voy a intentarlo.

Acomodó las tazas en la bandeja y llevamos todo de vuelta a la cocina. Llegando al largo pasillo de entrada que separaba el comedor del salón, vi sus pupilas chispeantes.

—Tienes que calmarte y confiar. ¿No construiste tu carrera gracias a Charles? Diez años de vida de artista: eso no salió del éter, ¿no?

Me preguntó si estaba trabajando y le dije la verdad: solo sacaba adelante las notas que ya estaban estipuladas. Mi padre nos ayudaba en lo económico y en lo afectivo. Prácticamente estaba instalado en casa. Se encargaba de Emma varias tardes entre diario y algunos fines de semana. Ella asintió. Tenía suerte. «Todo lo contrario del padre de Charles», lanzó esquivando su propio desinterés por Emma o por mí.

—Él nunca lo ayudó. Mi hijo sufrió muchas decepciones.

—Lo sé. ¿Sabe si François cambió de número? El que me dio no funciona.

—No me extrañaría que lo hubiera cambiado para que los periodistas no lo molestasen.

—¿Conoce a alguien más que pueda conseguirlo?

—Él no tiene familia. Es hijo único y sus padres fallecieron hace años. Tampoco nos quedaron amigos en común. Los míos dejaron de hablarle después del divorcio. No es que a él le preocupara —agregó—. Nunca fue de cuidar sus amistades. Pero ¿tú no eres periodista? Pensé que tenían algunas herramientas para dar con la gente. No te ofendas, sé que el periodismo no es tu vocación.

Mi suegra nunca aprobó que me dedicara a hacer documentales. Cada vez que podía deslizaba algún dardo sobre el esnobismo de los directores de cine. Varias veces me preguntó para qué filmaba. ¿Cuál era el interés de contar historias que veía tan poca gente? Para ella, hacer documentales equivalía a estar tirada panza arriba viendo llover. Era una garrapata que le chupaba la sangre al único trabajador de la casa; el miembro de una oscura *jet set* que vivía de subvenciones públicas. Me imaginaba sumida en debates inútiles y superficiales, malgastando la plata de sus impuestos en residencias artísticas que solo entretenían mi ego.

Le expliqué que nuestro abogado me había aconsejado poner la casa en venta y me miró espantada. ¿Iba a hacer algo así sin el acuerdo de Charles? ¿No podía pedir un préstamo? Le expliqué que ya teníamos una hipoteca, pero su hijo había dejado de pagarla. Su expresión se volvió sombría. Tal vez ya había empezado a preguntarse si me había pasado al bando enemigo. Se puso de pie como si quisiera dar por terminada la charla. Para hacer algo, fijé la vista sobre una fotografía que estaba en la biblioteca. Muriel tendría más o menos mi edad y posaba con Charles, rubio y sonriente, detrás de una hermosa cocina celeste cielo. Parecían sacados de un catálogo.

—¿Es la antigua casa? —pregunté.

—Sí. Le teníamos mucho cariño a ese departamento —dijo, pero estaba claro que comenzaba a impacientarse. Era noche de canasta y debía prepararse para salir.

Me acompañó hasta la entrada y me alcanzó el abrigo y el paraguas que había guardado en el armario. No me preguntó cómo estaba ni cómo lo llevaba todo Emma. Tampoco me propuso

ayudarme ni venir a vernos. Mientras atravesaba la puerta, me agarró de la mano.

—Con la frente bien alta, querida. Tienes un gran marido, aunque ahora no lo veas así. No te lo tomes a mal, pero tal vez llegó el momento de salir de la torre de marfil.

Sentí un deseo brutal de empujarla, de darle un portazo en la cara, pero me contuve. Hubiera sido raro que dejara pasar la ocasión de recordarme que Charles era superior a mí desde cualquier punto de vista.

15

Conforme pasaban las semanas, me daba cuenta de lo poco que sabía de mi marido. Conocía, a grandes rasgos, los momentos faro —su relación con sus padres, los lugares a los que iban de vacaciones de chicos, su amor por su hermana Laure y lo que había sufrido con su muerte—. Pero el resto era una bruma. Incluso las anécdotas que me contaba cuando le insistía eran vagas. Sus esfuerzos por darme la menor cantidad de información posible habían sido fructuosos.

Conocí a Charles en la universidad y fuimos amigos bastante tiempo antes de empezar a estar juntos. Recuerdo el profundo sentimiento de desprotección que me generó. Él había crecido en una familia acomodada de Bourges. De joven, su madre había sido profesora en un colegio secundario, pero había dejado de trabajar cuando nació su hermana pequeña. Su padre era un arquitecto aficionado a la caza y a los deportes náuticos. Vivieron una vida bastante feliz hasta que, a los seis años, Laure fue diagnosticada con un tumor cerebral que se la llevó en menos de un año. Su infancia se detuvo ahí. La familia no resistió el golpe. Después del drama, su padre empezó a engañar a su madre. Aurore, la nueva mujer, era celosa y acusaba a Charles de detestarla. No quiso que conociera al hijo que nació algunos años más tarde. Su padre actuó como un

cobarde y terminó cediendo hasta alejarse del hijo y de la mujer con los que había compartido más de quince años.

En esa época, Muriel cayó en una depresión de la que jamás salió del todo. Charles tuvo que transitar el duelo de su hermana solo. Aprendió a ponerse el despertador y a dejar doblada sobre una silla la ropa para ir al colegio. Su madre nunca pudo digerir la muerte de su hija ni la traición de su marido. Con el paso de los años, los defectos del exmarido se transformaron en críticas al hijo. Aunque no lo dijera, le reprochaba su supervivencia, que la obligaba a seguir viva. Apenas terminó el liceo, Charles decidió mudarse a París para hacer una licenciatura en Información y Comunicación en el Instituto Francés de Prensa de la Universidad Panthéon-Assas. Llamaba con frecuencia a su madre e iba a verla siempre que podía. Ella había dejado de trabajar y se las arreglaba gracias a las rentas de un departamento que alquilaba a estudiantes y de una casa de vacaciones que había heredado en Porquerolles.

Dos años después de llegar a la capital, Charles decidió que había llegado la hora de romper definitivamente con su padre. No quería seguir aceptando el dinero que le mandaba a escondidas de su nueva mujer. Así es que, con veinte recién cumplidos, solicitó un préstamo que le permitió continuar sus estudios y empezó a trabajar. Al principio, consiguió un puesto de vendedor en Gibert Joseph, una enorme librería sobre el boulevard Saint-Michel en el elegante distrito V. Charles hizo su carrera algo más lento que los otros, pero tenía la conciencia tranquila.

Confrontada con el desamor que él había sufrido, la mía se diría la familia Ingalls. Gracias a él sentí, por primera vez, que mis padres —que siempre me habían parecido inadaptados en comparación con

los de mis amigos franceses— eran modélicos. Era la hija única de dos exiliados argentinos eternamente nostálgicos del país del que se habían ido. Nací en Buenos Aires, y desde el primer instante mis padres decretaron que yo era la octava maravilla. La chiquita era formidable a los dos años, cuando aprendió a hablar antes que los otros nenes y no dejó de serlo nunca. Por suerte, los dos se complementaban. Mi madre intentó inmunizarme contra la indolencia a la que podría haberme llevado la mirada embelesada de papá. Pero nunca me sentí a la altura de sus expectativas. La falta de confianza y el deseo de agradar fueron mi talón de Aquiles. Crecí sabiendo que nada de lo que hiciera podía justificar el desborde ilusionado de mi padre y temiendo defraudar los sueños más realistas de mamá.

Cuando cumplí diez años, cansados de las recurrentes crisis políticas y económicas que atravesaba el país, decidimos emigrar a Francia. Nos instalamos en Caen, donde hice el *collège* y después el liceo. El trasplante resultó logrado en lo escolar y desastroso en lo afectivo. El francés irreprochable que me habían enseñado desde el preescolar en el Jean Mermoz de Buenos Aires me valía elogios de parte de los profesores más severos, pero no lograba adaptarme a las costumbres del nuevo país. Era una planta enclenque que nunca terminaba de enraizar.

Desde que nos exiliamos, mis padres redoblaron los esfuerzos. Siempre habían sido cariñosos, pero ahora estaban a la escucha de la más mínima necesidad de esa hija que amaban por encima de todo. Se sentían culpables por haberme impuesto el desarraigo y una adolescencia solitaria y algo triste. Tal vez mi inseguridad crónica era el resultado de esas raíces migrantes. ¿Estaba

condenada a pasarme la vida boyando? En una orilla, el paraíso perdido; en la otra, una promesa de tierra firme que se alejaba cuanto más me empeñaba en acercarme.

16

Cuando era chica, una fantasía recurrente era abrir una ventana, atravesarla y encontrarme en otro lado. Tampoco logré desprenderme del acento afrancesado, ni de la mala costumbre de acentuar las últimas sílabas. Me crie entre el francés de la calle y de la escuela, y el español porteño que hablábamos en nuestro pequeño círculo familiar. El tiempo de vacaciones era el de la vuelta al nido. Recordaba la libertad de las tardes en el campo, la euforia de extraviarme en medio de una horda de primos listos para hacer todas las locuras. Durante el mes de verano que solíamos pasar en Buenos Aires, el arrastre sospechoso de las vocales me delataba, y los chicos que conocía correteando en los parques de Palermo Botánico me decían que hablaba raro. Pasé la infancia y la adolescencia en ese entre dos. Pero, demasiado pronto, las obligaciones de mis padres —dos investigadores— nos llevaban de vuelta a nuestro país de adopción.

Para aumentar el desconcierto familiar, terminé el liceo y me inscribí en una clase preparatoria literaria. Después de dos años de *Hypokhâgne* y *Khâgne* en los que perdí cualquier rastro de confianza en mí misma y me convencí de tener serias carencias intelectuales, rendí desastrosamente los concursos para la École normale supérieure. Ese primer fracaso me condujo al tercer año de una

licenciatura literaria y luego a un máster de Lenguas y Literaturas Extranjeras y Regionales, donde me dediqué a leer a los grandes nombres de la literatura española y latinoamericana. De ese periodo me quedó un débil recuerdo de lecturas apasionantes y refractarias a cualquier utilidad práctica.

La cuestión laboral no se planteó hasta el final de mis estudios. No quería enseñar español en el colegio y la perspectiva de una carrera académica me horrorizaba. Tras asegurarles a mis padres que —¡al fin!— había encontrado un oficio con el que podría ganarme la vida, los convencí de seguir invirtiendo en mi educación. Aceptaron pagar la inscripción en la flamante escuela W de París, una de las pocas clases preparatorias orientadas a superar los concursos de las grandes escuelas de Periodismo.

Charles adoraba mi cultura literaria. Yo le resumía los libros como si fueran cuentos, le narraba biografías de autores que él conocía solo de nombre y lo ayudaba a ahondar en sus investigaciones. ¿Cuántas veces me pedía consejo? Posiblemente exageraba cuando me decía cuánto le importaba mi opinión, pero no dejaba de ser halagador. Si él veía en mí esa chispa que convertía mi inteligencia en un dardo, entonces, tal vez sí fuera real.

Cuando compartíamos algún evento, él no dejaba pasar la ocasión de recordarles a nuestros interlocutores que era un obrero, un simple peón de la industria cultural. Charles me deslizaba una mano por el hombro y me besaba, o apretaba mi mano con un gesto afectuoso. Yo era la intelectual de la pareja. Sus amigos sonreían algo avergonzados, intentando borrar de un plumazo la condescendencia que les inspiraba.

Muchas veces, mientras cenábamos los tres, le decía a Emma que yo era la mente brillante de la familia. Era normal que mis documentales no tuvieran éxito entre el público, que no encontraran productores y les costara abrirse paso en las salas más allá de un puñado de festivales. «Quieren que todo les llegue masticado», aseguraba, y sus palabras llovían sobre mí como un baldazo de agua helada.

17

A pesar de que rechacé todas las entrevistas, en los meses que siguieron a la desaparición de Charles, mi nombre empezó a circular en esferas más y más alejadas del cine. Es curiosa la infinita gama de reacciones que un caso así puede generar. En la era de los vlogs y de la intimidad convertida en espectáculo, todos podemos volvernos objeto de repudio.

Tras perder a mi marido, me resigné a cortar el contacto con personas que creí que nos querían. Mi círculo íntimo se redujo. Para los medios que ahora vilipendiaban a mi marido oscilando entre el morbo y la conmiseración, Emma y yo éramos las víctimas soñadas. Dos mujeres abandonadas, condenadas a buscarlo y a expiar su huida. Los periodistas tampoco se privaban de comentar sus sospechas, y así avivaban la llama del interés. Mi marido conocía las reglas del juego y sabía que la mano estaba perdida.

Una mañana recibí un correo de Henri Meyer, fundador de AVEA, acrónimo de Asociación de Víctimas de Estafas Amorosas. No tenía idea de que algo así existiera. El hombre decía que apreciaba mucho mis documentales. Creía que yo podía ser la portavoz idónea para alertar sobre una plaga que afectaba, sobre todo, a mujeres solas de entre cuarenta y setenta años. «Nadie está a salvo de los falsos romances: profesionales exitosas, jubiladas con nietos, jóvenes

vulnerables. No hay un perfil tipo. El único punto en común es la soledad amorosa», advertía. Al final, me dejaba su teléfono. Toda ayuda era bienvenida. Por el momento, la asociación se financiaba gracias a donaciones y al trabajo de los voluntarios. Necesitaban ganar visibilidad.

En el centro de su correo brillaba un hipervínculo. Cliqué y entré en el sitio web. La asociación se había creado después del suicidio de una de las engañadas. En ese momento, reunía a más de doscientas estafadas en Francia. Según cifras del Observatorio Europeo de Ciberfraudes, tales delitos habían generado pérdidas superiores a los trescientos millones. Y eso era apenas la punta del iceberg, ya que la mayoría no denunciaba. En la sección de Asesoramiento Jurídico leí que, por lo general, a las damnificadas no se las reconocía como tales. Los fraudes se consideraban «astucias». Las aplicaciones de citas y las plataformas de mensajería cifrada eran terreno abonado para las falsas historias de amor. Detrás había redes criminales que operaban desde África Occidental, los Balcanes o Asia Central. En la jerga policial, se conocía a los estafadores como «pastores»; aunque, entre ellos, se hacían llamar «los Hombres». Algunos habían aceptado entrevistas.

Vi un video que mostraba a un nigeriano joven, con camiseta del Barça y gorrita, en un cibercafé abarrotado. A su alrededor, decenas de pastores tenían las manos pegadas a los teclados de sus computadoras. La oficina improvisada batía récords. Los «Hombres» no veían nada criminal en sus actos. El chico de la gorrita decía brindar «servicios de acompañamiento afectivo» y se refería a sus víctimas como «clientes». Era un trabajo de tiempo completo, sin fines de semana ni feriados. El chico solía pasarse noches en vela

respondiendo mensajes. A veces, las discusiones se volvían adictivas tanto para las clientas como para él. El objetivo era estar detrás del primer mensaje que leerían por la mañana y del último que verían antes de irse a dormir. Solía mandar falsos audios y fotos robadas. Incluso hacía videollamadas trucadas. El primer paso era seleccionar a sus presas: en su mayor parte mujeres solas —los clientes masculinos eran más raros, pero también existían—, con una situación económica confortable, a menudo solteras, viudas, divorciadas y frágiles. Los pastores estudiaban sus perfiles y sus gustos. Muchos creaban cuentas falsas secundarias: hermanos, hijos, colegas, amigos.

Leí en la web que Angèle D. vivía en Lyon. Había tenido que vender su auto e hipotecar su departamento para reembolsar una cantidad impensable de créditos en línea. Los había pedido para ayudar a Hugo, un supuesto cirujano francés en misión humanitaria en el Congo. En una entrevista para TF1, decía: «Yo no estaba enamorada de él, sino de nuestra historia». El descubrimiento del engaño había sido un duelo. Y los pastores lo saben: trabajan con emociones reales.

«Nada nos protege del deseo de creer», aseguraba Meyer en su correo. Hasta hacía muy poco, yo también sonreía sarcástica cuando algún conocido me comentaba la última estafa sentimental del momento. Por lo general, nos reíamos de casos que ponían a prueba el límite entre la ingenuidad y la imbecilidad de las víctimas: mujeres bienintencionadas o enceguecidas por la posibilidad de que un hombre bello o famoso pudiera interesarse en ellas. Más allá de las diferencias de edad, procedencia o estatus social, todas sufrían el síndrome de salvadoras.

Seguí leyendo: «Me enamoré de la idea de que alguien pudiera quererme así» (Laure, 51 años). «Durante meses, fui la primera y la última persona de su día. Era una droga» (Estelle, 69 años). «Cuando me dijo que no podía venir porque su madre estaba en coma, y necesitaba mil euros para comprar un pasaje, yo sabía que era mentira. Pero no podía soportar que se terminara» (Vincent, 60 años). Y también: «Ordené cinco transferencias en dos semanas. El banco me llamó para preguntarme si había algún error. Dije que era para mi sobrino. Necesitaba más el vínculo que el dinero» (Rose, 54 años).

La lectura me produjo una sensación extraña. Nunca me consideré una mujer dependiente ni propensa a caer en estafas. Sin embargo, reconocía a la perfección esos síntomas. ¿Llevaba el síndrome de la salvadora impreso en los genes? Me imaginé convertida en Penélope, tejiendo y destejiendo en su telar mientras esperaba la vuelta de Odiseo. O quizá me encajaba más el rol de Satí, la esposa del dios Shiva, que, según la leyenda, se inmoló viva para preservar el honor de su consorte frente al rechazo de su padre. El culto del *satí* había llevado a centenares de viudas en India y Nepal —obligadas por sus familias— a arrojarse al fuego tras la muerte de sus esposos. Pero yo no sabía tejer y no pensaba acercarme a las llamas.

Al final de su correo, Meyer me indicaba que el tema del próximo encuentro era la lucha contra la autocompasión. Solían reunirse en una *péniche* del quai de l'Oise. Debía ser balsámico compartir el dolor con otros, integrar la familia grande y disfuncional de los engañados. «Ya hemos llorado lo suficiente —agregaba—. Es hora de liberarnos».

Un trueno me sacó de mi ensimismamiento. Había abierto las ventanas para airear los cuartos, pero ahora tenía que apurarme. Las ráfagas heladas cerraron la puerta de la habitación de Emma con un golpe estrepitoso. La tormenta estaba llegando. Cuando volví a nuestra habitación, releí el correo y le respondí con sinceridad. No tenía ánimos para asistir a esa cita, pero buscaría otra manera de colaborar con la asociación.

18
Rambouillet

Hoy fue un buen día. Pierre y Julia filmaron en exteriores con Hélène y yo me quedé en casa con André. Acababa de preparar la cena y llevaba puesto un inmaculado delantal de cocina con rayas azules. Hélène decía que nunca lo había visto llevar un pantalón arrugado. Hasta sus atuendos de entre casa parecían recién salidos de la tintorería. Hélène jamás entraba en el cuarto de lavado y planchado. Prefería descartar una prenda antes que pasarse una mañana frotando. Él, al contrario, se había vuelto experto en productos para sacar las manchas. Le pregunté si podía prepararlo para la entrevista. Colgué un discreto micrófono inalámbrico en la solapa de su camisa y ajusté el transmisor en la cintura de su pantalón. Mientras cocinaba, me había hablado de una serie de trabajos de plomería que tenía pendientes.

—Cuando vives en una casa como esta, tienes que saber hacer un poco de todo.

—¿Aprendiste de chico?

—En esa época era natural. Hoy puedes pasarte una semana sin agua si no encuentras un plomero. Me hubiera gustado enseñarles a mis hijos, pero ya era distinto.

Charles también era así. Sabía hacer arreglos y entendía el funcionamiento de mecanismos que me parecían incomprensibles.

Muchas veces, aguijoneada por el orgullo, me había lanzado a pequeñas tareas de bricolaje. Él me alentaba y me decía que se me daba bastante bien, pero enseguida me hartaba y le rogaba que lo terminara. Siempre rezongaba un poco: tenía que ser más perseverante. Mi problema era la impaciencia. «No se adquiere un arte complejo en un día», decía. Aunque, en el fondo, le alegraba constatar mi poca maña. Esos momentos en los que me socorría volvían a ajustar la distancia que nos separaba. Él podía con todo, o casi, mientras que yo acababa pidiéndole ayuda. «Tenés otras virtudes», decía con un tono paternalista y me abrazaba.

André se apoyó contra la mesada. Lo noté preocupado.

—Vimos al neurólogo de Hélène la semana pasada. La enfermedad avanza más rápido de lo previsto. Tiene que aprender a usar la silla eléctrica. Hasta ahora ha ido encontrando excusas, pero el lunes se cayó en la escalera. Tuvimos suerte de que no se fracturara nada.

André estaba muy serio y miraba por la ventana.

—¿Le duele?

—Ella dice que no. Al menos no por ahora. Pero el desgaste es irreversible y Hélène es testaruda. Ayer me dijo que no quiere luchar.

—Ella sabe que esto podría haberte pasado a vos, y en ese caso ella estaría pidiéndote lo mismo.

—Dice que no tiene sentido especular. Le tocó a ella y me pidió que me abstuviera de hacer comparaciones. También me hizo prometerle que no la internaría.

André tenía los ojos empañados y le temblaba la boca.

—Quiero sacar la bañera y reemplazarla por una ducha con espacio para la silla.

—Pero Hélène ama los baños de inmersión.

—Es triste la vejez. Lo único que me consuela es que todavía puedo ayudarla.

—Sos el mejor compañero que puedo imaginar.

—Cualquier marido haría lo mismo. —Al instante, bajó la vista y frunció las cejas.

Ellos nunca me preguntaron por Charles, pero no tenía dudas de que estaban al tanto. Unas semanas atrás había visto un diario plegado sobre el sofá. Cuando lo abrí, descubrí una larga nota con los avances de la investigación interna.

—De chico tuve una enfermedad rara. Sinovitis transitoria, creo que se llamaba. Estaba en la secundaria. Me levanté un día y no podía mover las piernas. Mi madre pensó que estaba bromeando hasta que se dio cuenta de que era cierto. Las piernas no me respondían. Siempre fui grandote, así que no sé cómo se las ingeniaría para llevarme al hospital.

André estuvo dos semanas en cama y tuvo que dejar de hacer deporte durante un año. El sentimiento de que el cuerpo no le respondiera le quedó grabado. No podía imaginar cómo hacía Hélène para acostarse cada noche sabiendo que podía ser la última en la que sus piernas funcionaran.

—Es raro —añade él.

—¿Qué?

—Pasas toda tu vida con alguien, vives momentos buenos y malos, crisis y alegrías. Durante años te parece que hay mucho tiempo por delante, incluso temes que el amor pueda terminarse. Pero llega un día en que te das cuenta de que no puedes vivir sin el otro.

—No pienses en eso.

—Justamente: llegó la hora de pensar en eso. Ella siempre dijo que, aunque fuera egoísta por su parte, prefería morir primero. Supongo que es mejor que sea yo el que la cuide hasta el último instante.

André se acarició la barbilla y miró el fondo de su taza.

—Tengo miedo de no poder.

—Eso no va a pasar.

—Los viejos somos impredecibles —dijo con una sonrisa burlona.

Nos reímos y me dijo que tendría que aprender a vivir allí solo.

—¿Te preocupa?

—No diría que es una preocupación. —Buscaba las palabras—. Esta casa es como un hijo para mí. Hélène siempre la sintió más bien como una carga. Vivir en ella es resignarte a dedicarle tu vida a un espacio.

Le prometí que hablaría con ella esa tarde. Necesitábamos que se cuidara. Los otros regresaron al cabo de un rato. Un gorrión que buscaba protegerse del chaparrón se coló en el taller de André mientras grababan. Intentaron hacerlo salir por la ventana, aunque no funcionó y no les quedó más remedio que atraparlo. Julia quiso filmar la escena, pero Hélène se negó. Justo después enmudeció y pidió volver a la casa.

19

Charles y yo coincidimos durante el primer año en el Centro de Formación de Periodistas de Assas. Me acostumbré a verlo pasar por los pasillos del número 210 del faubourg Saint-Antoine, con su tapado apolillado y unos zapatos viejos, aunque cuidadosamente encerados. Todavía lo recuerdo con su mochila al hombro, altísimo y un poco desgarbado. Había algo fuera de lo común en él. Tal vez fuese su sonrisa generosa o su tono de voz. Hablarle era como recostarme en un diván. Tenía un don para escuchar y decir la palabra justa. Era atento sin ser celoso. Podía pasar semanas sin verme y nunca indagaba en las zonas que yo dejaba en suspenso. Su sinceridad podía ser feroz, pero no revelaba lo que se traía entre manos.

Antes de desaparecer rozaba los cuarenta y tres, aunque si te concentrabas en su fisonomía no le dabas más de treinta. Su cara tenía algo luminoso y gastado. Nunca supe cómo describirlo. Ahora pienso que era el rostro de alguien que había vivido muchas vidas, un actor acostumbrado a usar decenas de máscaras que se encuentra, de repente, con una única porción de piel para moverse. ¿A qué se parece la piel de alguien así?

Antes de estar con él había tenido algunas relaciones cortas. Aurélien, mi primer novio del último año del liceo, cursaba primero

en la HEC, la más prestigiosa escuela de comercio francesa, y era fanático de la escalada. Se trataba de un morocho alto y escandalosamente buen mozo, que se ganaba un dinero dando clases de matemáticas. Mis padres lo apreciaban y mis amigas me envidiaban. Yo misma tampoco estaba mal. Medía un metro setenta y tres y llevaba el pelo largo. Era flaca, de piernas kilométricas y curvas suficientes para atraer más de una mirada. Aunque siempre fui tímida, disfrutaba viendo cómo caían bajo el encanto de mi sonrisa y mi humor algo desplazado. Mi novio era adorable, pero terminó irritándome al cabo de un año. Quería que hiciéramos todo juntos y no dejaba de hablar de mudarnos a la misma casa en cuanto yo terminase la escuela preparatoria. Pensaba que casarnos pronto era la mejor manera de proyectarse en una carrera prometedora.

Algún tiempo después, cuando estudiaba Letras en Lyon, salí con un profesor de Literatura Inglesa unos diez años mayor. Adrien no era físicamente agraciado, pero contaba con el aura de prestigio que envuelve a ciertos académicos jóvenes, sobre todo, en el trato con las estudiantes de los primeros cursos. Nunca me sentí cómoda con su amor, que rozaba la adoración y justificaba sus recurrentes escenas de celos. Una tarde, mientras él jugaba al tenis, abrí su computadora y descubrí su sesión de Messenger —el chat que se usaba en aquel entonces— todavía abierta. No sé qué me llevó a curiosear, pero acabé dando con una serie de charlas sexuales. Las conversaciones se remontaban a varios meses y las interlocutoras eran todas antiguas alumnas. El día anterior había arreglado una cita con una tal Ms. Rousseau. Él no negó nada, pero intentó responsabilizarme: mi frialdad —decía— lo había llevado a buscar

otras mujeres. Compensaba sus carencias materiales con una dosis desmedida de narcisismo y alimentaba su ego con un vivero de jóvenes que brotaban cada semestre en el campus y colmaban las aulas.

Nunca me sentí cómoda con parejas que exigían que les diera todo. No podía imaginar una relación en la que no hubiera zonas opacas. Quería la estabilidad y el misterio: la antítesis misma del matrimonio. Cuando conocí a Charles, pensé que había encontrado a esa persona. Como recordaba Truman Capote, citando una frase atribuida a santa Teresa de Jesús, se lloran más lágrimas por las plegarias atendidas que por las que quedan sin respuesta. Como la fe, el matrimonio resiste gracias al poder de negación de las dos partes; exige abandonar la cordura, pero ayuda a vivir. Si alguien me pregunta cómo hice para pasar quince años enamorada del mismo hombre, diría que es porque siempre supe que había algo en él a lo que no podría acceder. Esa parte era una puerta cerrada con llave. Detrás estaba el secreto.

20

Habíamos elegido la biblioteca Sainte-Geneviève, a unos pasos de la plaza del Panteón, para pasar nuestras tardes y noches de estudio. La inmensa sala de lectura llevaba el nombre de la santa patrona de París. Bajo la luz sobria de las lámparas verdes alineadas como soldados sobre los escritorios, nuestras reservas cedían. Los dos teníamos pequeños estudios alejados del centro, pero, al amparo de las monumentales estanterías de la sala Labrouste, nos acercábamos un poco a esa capital chapeada en oro que se nos escurría el resto del tiempo. Éramos dos advenedizos empeñados en abrirnos paso en la capital. Nos unía la certeza de sabernos compatriotas de segunda. En clase, los parisinos ocupaban los primeros puestos en cuanto a las notas, el carisma o el desparpajo. En nuestra escala personal de valores, se llevaban todos los laureles. Aunque no lo admitiéramos, era una competencia que nos desvelaba. A ellos, los seguían los estudiantes extranjeros, con el encanto de lo exótico y cierto barniz de coraje. A diferencia de nosotros, los extranjeros no buscaban calcar las normas de París. En el escalón más bajo de ese ranking etnológico estábamos los de Caen, Poitiers, Estrasburgo, Lyon o Bourges. Mientras que los hijos de las élites conocían los códigos sociales y se movían por las calles del centro como por el patio de sus casas, nosotros teníamos que aprenderlo todo. Ninguna escuela

te enseña a integrarte sin poder comprar un café ni a vestirte bien con las donaciones de Emaús. Ningún manual te explica cómo exprimirle el jugo a la gran ciudad y volver a dormir a tu minúsculo estudio. Luchábamos por adaptarnos a ese hábitat hostil y, como se sabe, nada une tanto como la segregación. Todavía más si le dedicás mucho, pero mucho tiempo, a ocultarla.

Mi condición de hija de exiliados me ubicaba en un limbo social: cercano al cielo cuando mis profesores elogiaban mi francés libresco; en pleno descenso al infierno cuando acompañaba a mis padres a la prefectura de Policía de Saint-Ouen-sur-Seine por sus permisos de residencia. La odisea por la inclusión social no puede ser más sórdida que en la capital más esnob de Europa. Mis padres y yo asistíamos a esa procesión silenciosa por los pasillos de la inaccesible ley francesa con una mayoría de migrantes africanos. Por algún motivo, siempre llovía o nevaba cuando tocaba renovar los permisos que les permitirían trabajar legalmente. Las colas serpenteantes de hombres encapuchados y mujeres con hiyabs se formaban desde la madrugada y prometían un día entero de espera. Formábamos parte de una minoría de blancos con paraguas e impermeable. Mucho más tarde, ya en la universidad, cuando escuché el término despectivo «rastacueros», me pregunté qué podía quedar hoy de aquella célebre prosperidad argentina y latinoamericana. Más que carísimos cueros de vaca, arrastrábamos la certeza de ser migrantes no deseados y un pedido que se nos ahogaba en la garganta: ¡déjennos ser como ustedes! Apenas cumplida la mayoría de edad, fue mi turno de lidiar con el Estado francés para que me concediera la nacionalidad. Cuando se vive en la infancia y la adolescencia, ese tipo de humillación deja surcos

invisibles pero profundos. En mi caso: un deseo voraz de ganarle al sistema.

Lo de Charles fue distinto. Recién conoció el descenso social cuando se mudó a París. Alquiló un estudio en un HLM de Créteil y consiguió un trabajo a medio tiempo. Más de una vez almorzamos juntos en los bancos de la plaza de la Sorbonne. Su vianda era siempre la misma: un túper con arroz o cuscús y un escalope de pollo. Si no teníamos prisa, lo acompañaba a alguno de los restaurantes universitarios donde, por unos pocos euros, te servían entrada, plato y postre. Llenábamos las bandejas metálicas, reliquias de la posguerra, con vituallas modestas. Todavía recuerdo la mezcla de ternura y vergüenza que me producían sus ojos dubitativos: ¿elegiríamos los rabanitos con manteca o el paté? ¿La ensalada de frutas o el yogur? Recuerdo también su alegría infantil cuando había salchichas con puré o bistec con papas fritas; la discreta resignación con la que aceptaba el pescado con verduras. Nunca se quedaba cuando los otros proponían ir a tomar algo en alguno de los elegantes bares del Odéon. Siempre tenía algo urgente: un artículo que entregar o una llamada que hacer. Solo un puñado de íntimos conocíamos el equilibrio precario de sus finanzas. Charles no habría permitido que los otros se dieran aires de grandeza por algo tan banal. Pronto terminarían pidiéndole ayuda para conseguir puestos en los diarios más reputados. Fui una de las pocas testigos de su transformación balzaquiana. Como el pueblerino Lucien Chardon al convertirse en Lucien de Rubempré, Charles hizo de cada desaire el combustible de sus ilusiones más salvajes.

La envidia que nos carcomía en esos primeros meses resultó un antídoto contra la apatía. Convertimos en nuestro desvelo que nadie

nos percibiera como los provincianos que éramos, y nada podía hacernos brillar tanto como opacar a los otros. Después de un primer año demoledor, comprobamos que el esfuerzo daba frutos. Si trabajábamos el doble, teníamos chances de equipararnos con los mejores. La avidez y la tenacidad fueron los salvavidas que nos mantuvieron a flote. Charles no era el alumno más asiduo, pero sus artículos empezaron a volverlo conocido y su nombre comenzó a circular en las aulas y en los pasillos. Tampoco es que fuera un alumno carismático. Al contrario, tenía una personalidad retraída que le daba la ventaja de nunca pasar por pedante. Hizo del perfil bajo un estilo. Nada dejaba adivinar que sería uno de los reporteros más influyentes de nuestra generación. No sabría explicar qué pasó en el medio. Lo cierto es que, de un día para el otro, él empezó a llegar a clase con las mejores historias.

Charles hizo sus prácticas en Bogotá y, al volver, logró venderle su artículo sobre el «padrino basura Téllez» a *Libération*. Luis Téllez Paz era el líder de los pepenadores: los recicladores de uno de los vertederos más grandes de la capital. Había construido un imperio a lomos de la chatarra. Parecía imposible que un reportero extranjero pudiera acercarse al basural, pero Charles consiguió entrevistarlo. También hizo un reportaje con un capo de la droga. Una locura que incluyó guardaespaldas y un paseo en coche con los ojos vendados. Sonaba increíble, aunque nadie pudo demostrar que era falso. Habría bastado con que sus profesores levantaran el teléfono para dejarlo expuesto, pero ninguno se tomó la molestia.

Igual yo no acusaría a la universidad. Los profesores nos explicaban cómo trabajaban los verificadores de datos, por qué sospechaban cuando había pocos o demasiados detalles. Durante

uno de los cursos nos pidieron que contactáramos a periodistas que habían escrito artículos con errores para señalarles lo que habíamos visto. Algunos se molestaron, otros se ofendieron o se divirtieron; pero nadie se tomó en serio la cosa y ninguno rectificó las notas. Esa fue la impresión que nos quedó: el error es humano y la exactitud no es el valor más arraigado en el medio.

Otro profesor nos habló de casos como los de Janet Cooke, del *Washington Post*; Jayson Blair, del *New York Times*; Stephen Glass, de *The New Republic*, y Tom Kummer, del *Süddeutsche Zeitung*. Eran las manzanas podridas, los falsificadores que habían logrado hacerse una reputación inventando. A Charles le fascinaba tanto cinismo. Supongo que los veía como héroes nietzscheanos. Ni morales ni amorales, sino extramorales. Personalidades fronterizas o gente cuerda que ha aceptado que la verdad es mala para la vida. Por aquella época, él consumía todo lo que podía sobre esos reyes de la manipulación. Lo recuerdo contándome maravillado cómo el suizo Tom Kummer le había atribuido citas de Kierkegaard a Mike Tyson o frases surrealistas sobre un minotauro devorando la luna a Courtney Love. Supongo que estudiaba los errores que no debía cometer. Sus personajes tenían que resultar tan creíbles como inaccesibles. Debían estar lejos, perdidos en laberintos que frustraran cualquier tentación de rescatarlos.

Hacia el final del segundo año del máster, los profesores pasaban por alto sus ausencias como si fueran un detalle molesto pero comprensible; la módica cuota de impertinencia de una personalidad excepcional. Nuestras tardes de estudio se fueron prolongando en bares. Cada vez más seguido, nos internábamos en la Montagne Sainte-Geneviève, el bar de la rue Pot-de-Fer que frecuentaban,

sobre todo, los alumnos de la École normale. Todos parecíamos aspirantes a escritores. Animados por las pintas de cerveza, hasta los más tímidos estaban listos para sentar cátedra. Fue ahí cuando empecé a verlo con otros ojos. Entre el humo de los cigarrillos que fumábamos en la vereda y la bruma tibia que se desprendía apenas atravesábamos la puerta, apoltronados en las banquetas al fondo del bar, descubrí que nadie podía conmoverme tanto. Su ferocidad viajaba oculta entre algodones. Enamorarme de él fue como desperezarme tras una hibernación. Después de las interminables charlas a la salida de Le Champo, donde nos anestesiábamos viendo películas de culto, quedaba en estado de alerta. Debía ser algo similar a lo que sienten los adictos privados de la droga que los intoxica y los amansa.

21

Aunque los dos éramos jóvenes, él parecía mayor. Nunca dejó de impresionarme su ímpetu. Charles me escrutaba con la impaciencia de quien espera algo importante de uno. Nuestras primeras citas eran interrogatorios. Era como si hubiese decidido corroborarlo todo de nuevo. Después de desmenuzarme con sus preguntas, el espacio que nos separaba en la mesa del café se cubría de un vaho receloso. Él desviaba la vista hacia la ventana y miraba a la gente pasar. Tal vez temía que me derritiese como un muñeco de nieve bajo los rayos del sol si seguía mirándome. Su desconfianza daba paso a la certeza de que yo podía entenderlo mejor que nadie. Me creía capaz de descifrar sus silencios: las idas y vueltas de sus manos al pocillo de café; su rodilla rozando la mía debajo de la mesa.

Cuando lo visitaba en su estudio me maravillaban las montañas de fichas con sus proyectos de entrevistas. Ningún detalle quedaba librado al azar. Incluso cuando empezamos a vivir bajo el mismo techo, amaba meter la nariz entre las pilas de documentos sobre su escritorio. A veces, él mismo me leía transcripciones de sus reportajes o me mostraba fotos de sus viajes. Nunca sospeché que fueran falsas. Era meticuloso y tenía la pericia de un falsificador profesional. Con el paso de los años, el halo de seguridad que lo envolvía se fue sedimentando. Pero, a medida que esa imagen

intachable se enraizaba, él iba perdiendo espesor, como una hoja en blanco a fuerza de borrar y borrar. Por momentos, lo veía como un árbol atravesado por un rayo: quebrado, pero con las raíces obstinadamente aferradas al suelo. Los que lo conocieron durante sus años dorados lo describen como un reportero sin par. La confianza que despertaba no lo volvía vulnerable.

En esa época nos pasábamos horas leyendo a los maestros del periodismo narrativo. Él idolatraba a Hemingway y a Norman Mailer. *Adiós a las armas* o *Por quién doblan las campanas* estaban entre sus novelas preferidas. Hemingway había iniciado su carrera en *The Kansas City Star* y muy rápido se convirtió en corresponsal extranjero. Amábamos su prosa apasionada. Nos fascinaba que el heroísmo más varonil pudiera convivir con una profunda melancolía que el alcoholismo solo agudizaba. Yo había colgado una de sus frases encima del escritorio que compartíamos: «Escribir bien es escribir la verdad». Ese sería nuestro mantra.

Truman Capote, Tom Wolfe o Hunter S. Thompson eran otros de sus autores preferidos. Celebrábamos la inmersión subjetiva y el precepto de «poner el cuerpo», que predicaban los apóstoles del Nuevo Periodismo y del periodismo gonzo. Aunque el periodismo encubierto fue un fenómeno de los setenta, él siguió leyendo con pasión a John Howard Griffin, Günter Wallraff y Florence Aubenas. Hacerse pasar por negro, turco o mujer de la limpieza le parecían tácticas aceptables, siempre y cuando el resultado literario estuviera a la altura. Los disfraces y las falsas identidades eran atajos para infiltrarse en ámbitos a los que nunca habrían accedido. Hacía suya la audacia de Wallraff en *Cabeza de turco*: «Hay que enmascararse para desenmascarar la sociedad, hay que engañar y fingir para

averiguar la verdad». Pero, sobre todo, quería escribir artículos que se leyeran como literatura. La verdad moral de un buen texto —decía— puede ser más noble que la de los hechos.

22

¿En qué momento nuestros sueños se cruzaron? Después de foguearme con directores jóvenes ávidos de mano de obra gratuita, me inscribí en una formación acelerada de cine documental de La Fémis. Salí con una certificación y el proyecto de mi primer corto. Al principio, creí que mi formación en literatura, periodismo y cine podría abrirme algunas puertas. Al contrario, quedé bastante rápido relegada a puestos secundarios, programas de telerrealidad y publicidades. Mientras tanto, Charles empezó a construir una carrera dorada en el periodismo de investigación. Mientras él encadenaba publicaciones en distintos medios, mis proyectos exigían mucho tiempo y tenían un potencial comercial nulo. Acepté como una fatalidad que él era más talentoso, y me conformé con la idea de combinar trabajos por encargo con algunos cortos que pasaron más bien desapercibidos. Fue mi primer largo el que me dio cierto renombre.

El problema del periodismo es más ético que práctico. No hay un juramento hipocrático sobre el código deontológico. La búsqueda de la verdad es un principio que conmueve a los jóvenes reporteros, pero despierta una sonrisa socarrona en los más viejos. En un mundo ideal, el periodista corrobora lo que pasó y contrasta los datos a partir de fuentes fiables. El problema es que los hechos

brutos no existen. La supuesta verdad no es más que alguna de las interpretaciones que crecen a la sombra de los hechos. Sin embargo, la realidad es maleable y escurridiza. El escritor norteamericano Henry Louis Mencken solía contar cómo los reporteros de los tres periódicos competidores de Baltimore se juntaban a tomar cerveza y a inventar los detalles de los principales sucesos del día. El hecho era sagrado, los pormenores no. Para Mencken, toda historia contenía una dosis de artificio. Los detalles inverificables que le reprochan a Charles ilustraban realidades conocidas por todos. Sus jefes decían que sabía adelantarse. Intuía el ánimo de los lectores antes de que ellos mismos supieran cómo se sentían. El periodismo narrativo exige ver las sutilezas que vuelven única cada situación, aunque nadie es capaz de presenciar cada vez la escena perfecta, el instante en que la realidad se detiene para la foto.

Cuando la olla se destapó, todos se llenaron la boca hablando de ética profesional. «Las mentiras de la prensa son el veneno de las democracias liberales», decían. Simulaban demencia pasajera. O acaso fingían desconocer que la mayoría de los lectores no busca la verdad, sino comprobar que tiene razón. Lo importante es hermanarse con quienes piensan igual y armarse hasta los dientes para defender las propias opiniones. No se equivoquen: no quiero justificarlo. Solo digo que es más fácil adjudicar culpas que preguntarse qué pasó de nuestro lado.

23

Matthias Baron, uno de los editores de Charles, me había dado cita en el café de la planta baja de *Le Journal du soir.* En el distrito XIII, a poca distancia de la Gare d'Austerlitz, se alza esa masa futurista de acero, vidrio y hormigón donde trabajan más de mil seiscientos empleados. El edificio parece un puente suspendido sobre el Sena; unos noruegos diseñaron cada porción de sus veintitrés mil metros cuadrados, explorando la tensión entre transparencia y opacidad. Según cómo incida la luz y en función de la hora del día, sus muros se transforman en espejos. De día, el lugar se repliega engullido por la silueta voluble de la ciudad. El paseante solo distingue en su superficie el gris ceniciento del río, los vaivenes del tráfico y las figuras huidizas de los ciclistas. Pero de noche, cuando se ilumina, sus entrañas quedan expuestas y revelan los movimientos de sus moradores. *Dire ce qui est.* El lema del fundador está grabado bien alto en la fachada y acompaña a los periodistas durante el ascenso a las plantas superiores. La oficina de Charles estaba en el piso trece, el mismo donde trabajaba Matthias. Mi marido era uno de los pocos con un cargo justo por debajo del suyo. La dirección sabía hasta qué punto las ventas del diario dependían de sus reportajes, y lo trataban con los honores correspondientes. Cuando empezó a

trabajar ahí, su editor dirigía ya la sección de Sociedad. Él vio en mi marido a la nueva promesa.

La sede principal tiene dos entradas, pero solo los trabajadores del periódico tienen acceso a la segunda, por el atrio. Las escaleras unen los distintos sectores como flechas cruzadas, creando perspectivas inquietantes que recuerdan a los cuadros de Escher. De noche, el bar del quinto piso destaca con sus gradaciones de rojo: los rombos carmesíes de las alfombras, los sillones aterciopelados y las mesas como botones nacarados. Un altísimo muro lateral hace de faro con lámparas circulares que lo recubren de arriba abajo. ¿Cómo se vería el anochecer desde ahí? ¿O desde una de las oficinas más elevadas, con vistas sobre las *péniches* amarradas en las orillas del Sena? Trabajar allí debía hacerte sentir especial.

El editor se puso de pie cuando me vio llegar. Charles lo admiraba; había hecho hasta lo imposible para impresionarlo. Dejé mi impermeable mojado sobre una silla y nos sentamos. Matthias posó sobre mí sus ojos cansados.

—¿Cómo estás?

—Mal. Paso la semana buscándolo y tratando de tranquilizar a Emma. Me levanto con pánico de que a algún idiota se le ocurra tratar de entrevistar a mi hija a la salida de la escuela.

Habían pasado ya tres meses desde su desaparición y la angustia no amainaba.

—Lo siento, Miranda. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Encontralo.

—Tengo a un equipo entero trabajando para entender qué pasó.

—Esa es la prioridad del diario, no la mía. Necesito saber dónde está.

—No puedo asegurarte nada. Disponemos cada vez de menos recursos. —Miró por la ventana—. Dejando de lado lo que os hizo a las dos, siempre me sentí como el principal engañado.

—Engañó a los jurados de toda Europa.

Matthias me contó que cuando Marc Delattre, el colega que destapó sus mentiras, fue a quejarse por inconsistencias en el artículo que habían escrito juntos, ellos no quisieron creerle. No se llega tan alto sin cosechar celos. El hombre tuvo que desmontar el sistema de Charles paso a paso para ponerlos frente a lo evidente.

—En un mundo donde el fin justifica los medios —me confesó—, redondear los datos es común. Pero Charles fue mucho más lejos: aprovechó el funcionamiento autónomo de la sección de Sociedad para pasar desapercibido.

—¿Qué tenía de particular?

Él se inclinó hacia delante y sonrió:

—Que aquí trabajan los mejores. Cuando está bien hecho, el periodismo es el oficio más noble que existe: podemos modelar las opiniones, enfriar y calentar los corazones. ¡Todos los días!

Si querías escribir crónicas que se leyeran como literatura, ese era el lugar adecuado. Ahí estaban los mejor pagados y los que tenían más privilegios: los orfebres de la casa. La premisa era situar al lector en el centro, hacerlo parte de la acción. Clément Schnibel, el editor en jefe que había precedido a Matthias, era toda una institución. Para él, el desafío era lograr que la gente no pudiera parar de leerte. Su escuela revolucionó el periodismo narrativo tanto como *Los Soprano* la escritura de las series. Fue el precursor a la hora de formar a una generación de reporteros que escribían como guionistas de Hollywood. Una de sus frases recurrentes era: «La

realidad es solo el material a partir del cual se producen las historias».

—Charles era un excelente escritor —admitió Matthias.

Ese hombre intachable, que había dirigido distintas secciones del diario durante décadas, me hablaba sin ironía, como si siguiera estimando a mi marido.

—Entonces, ¿no saben por qué inventaba?

—¿Un ego desmedido? ¿Problemas psiquiátricos? ¿Un deseo de burlarse de todo? Las redacciones son pequeños infiernos. Nos juzgan por lo que publicamos, pero las verdaderas historias, los odios y las rivalidades arman otro baile que solo se percibe cuando estás dentro.

—No entiendo cómo logró pasar desapercibido. Tienen el departamento de verificación de datos más importante de Europa.

—Eso es cierto. El problema es que Charles encontró la falla en el sistema. *Les Décodeurs* empezó como un blog, y con los años se transformó en una sección independiente. El trabajo se organiza por áreas de especialización: bolsa, Rusia, comida mexicana, Oriente Próximo; no hay límites. Según el tema, cada artículo pasa por las manos de varios verificadores; tenemos más de cincuenta. Pero ese esquema no funciona en la sección de Sociedad. Aquí, Alain era el único que verificaba los reportajes.

—¿Alain Vincent? Charles me hablaba a veces de él. Decía que hacía un trabajo excelente. El pobre me mandó un correo que me dejó devastada.

—Si te soy sincero, no creo que fuera su cómplice, pero alguna cabeza tenía que rodar.

—¿Cómo no se dio cuenta de lo que estaba pasando?

—Cada semana él verificaba los reportajes de Sociedad sin importar el país ni el tema. Los verificadores no dependen de nadie y su relación con los periodistas se basa, en buena medida, en la confianza. No tienen más remedio que dar por buenos todos los detalles imposibles de comprobar que dan vida a un reportaje: si Charles le decía que la mujer a la que había entrevistado llevaba unas Crocs rosas, eso no se cuestiona.

Matthias hizo una pausa para mirar por la ventana y siguió:

—Charles conocía la manera de trabajar de Alain. Solía contactarlo ya durante la fase de investigación, antes de entregar la versión definitiva. Sembraba pistas falsas y le pedía que verificara cuestiones menores. Por lo demás, los datos y las cifras venían de instituciones reputadas o retomaban información publicada por otros grandes medios. Sin embargo, cuando había que hacer correcciones, Charles se ponía a la defensiva. Escribía sus reportajes como si fueran composiciones dramáticas y cada detalle le parecía indispensable. Poco antes de que estallara el escándalo, le preguntamos a Alain si él creía en las acusaciones. Nos dijo que no. Habría puesto las manos en el fuego por Charles.

—¿Habrá más despidos?

—Por ahora, llevamos cinco. También es el fin de mi carrera, pero eso no es del todo injusto.

Seis vidas arruinadas. La evidencia de todas esas víctimas colaterales me dio náuseas.

El diario había hecho las cosas mal. Él y el resto de editores jefes tendrían que rendir cuentas, pero no podía hablar por Charles. Ya llegaría el momento de escuchar sus razones.

Miró su reloj, otra reunión lo esperaba. Me preguntó cómo estaba llevando las cosas su familia.

—Debe ser horrible.

—¿Charles te hablaba de ellos?

—No mucho. Siempre fue discreto.

Matthias había conocido a su padre por casualidad, durante un fin de semana en casa de unos amigos de su mujer, en las afueras de Bourges. Allí se enteró con asombro de que se veían seguido. Charles sí le hablaba un poco más de su hermana, le había confesado que los dos eran muy cercanos desde chicos y que su enfermedad lo destruía.

—Pobre chica, ¿la conoces bien?

—¿A su hermana? —le pregunté incrédula.

—Laure, sí —me dijo como si hubiera tenido en la punta de la lengua el nombre de la hermana fallecida hacía más de treinta años.

No era posible. Su amor por ella era sagrado. ¿Podía haberla resucitado solo para ganarse la empatía de sus editores? ¿Quién sería capaz de instrumentalizar un dolor tan íntimo? Procuré que Matthias no advirtiera el temblor de mis manos. Una descarga de indignación e incredulidad me recorría el cuerpo en oleadas.

Se puso de pie y empezó a calzarse el saco cuando me acerqué y lo agarré del hombro tratando de parecer lo menos desencajada posible.

—Es raro pedirte esto —le dije—, pero ¿podrías conseguirme el número de su padre? Debí anotarlo en alguna parte, pero ya no sé dónde tengo la cabeza.

—Claro. Te lo mando.

Matthias salió de la cafetería y subió por el mismo ascensor que mi marido había tomado durante años. Mientras se elevaba, la cabina de vidrio dejó atrás el lema «Decir lo que es» que coronaba las alturas desafiante e indiferente.

24

Justo antes de las revelaciones, Charles había trabajado con Noor Hassan. Era la primera vez que aceptaba hablar con alguien al margen de la investigación interna. Noor era una joven de sonrisa amplia y pestañas que se arqueaban como medialunas. Me dio cita no muy lejos de las oficinas del diario. Nos sentamos en un bar y pedimos dos tés a la menta. Ella comenzó a hablar y no paró hasta terminar su versión de los hechos. Me contó que trabajar con Charles había sido una casualidad. Acababa de entrar como pasante y su jefa le recomendó aplicar a un puesto para prolongar sus prácticas. Un conocido periodista estaba trabajando en un reportaje sobre la caída de Mubarak, el «faraón» que había gobernado Egipto durante tres décadas. Necesitaba ayuda para traducir documentos y comunicarse con sus informantes en Alejandría.

—Conversar con él era como entrar en un salón cubierto de espejos —me confió Noor—. Sabía acomodarse a tus expectativas. Te escuchaba con atención y era rápido en el elogio. Siempre sutil, pero suficiente para hacerte bajar las defensas.

Bebió un sorbo de té y se lanzó a contarme la historia de los grafitis:

—Charles había oído que el detonante de la caída del dictador había sido un grafiti hecho por un chico de quince años para

impresionar a sus compañeros.

Con el tiempo, la historia se había convertido en una leyenda. Todavía quedaban algunos que pensaban que el muchacho era un héroe accidental. Otros sostenían que su imprudencia había desencadenado una represión brutal que nadie había sabido prever. Después de varias averiguaciones, Charles había logrado dar con él. Se hablaban a través de mensajes de texto y llamadas de WhatsApp. Era el menor de tres hermanos en una familia de campesinos. Amaba jugar al fútbol y en esa época llevaba siempre una camiseta de Messi. Según la historia que Charles le repitió a Noor, era una tarde común y el chico estaba aburrido. Para demostrar a sus amigos que no tenía miedo, agarró un tarro de pintura y escribió algo prohibido en una de las paredes de su escuela. Esa misma noche, unos encapuchados vinieron a detenerlo, lo sacaron de su cama y lo dejaron desnudo en un calabozo en las afueras de la ciudad. Cuando lo trasladaron de la prisión al hospital y, luego, a su casa, el chico se transformó en un mártir de la libertad.

Noor había participado en varias llamadas telefónicas y empezó a responder a los mensajes de texto que se mandaban. Estaba segura de que se trataba de la persona que había hecho los grafitis. Fue ella la que logró dar con un pasante que se comprometió a llevarlos hasta la casa del muchacho. Todo estaba listo, pero unas semanas antes del viaje, Charles dejó de contestarle. Poco después se enteró de que la historia ya había sido publicada. No solo eso, sino que le había hecho ganar el Premio al Mejor Reportaje de Investigación. Había leído el artículo decenas de veces y en ningún lugar se mencionaba su trabajo ni su colaboración como traductora. Charles solo le agradeció con nombre y apellido durante la entrega de

premios, a la que ella no había sido invitada. Después de la ceremonia, la llamó para disculparse y le aseguró que no había sido idea suya presentar el texto al concurso. Él estaba de paso por París y fue una casualidad que pudiera asistir. En cuanto al artículo, había preferido escribirlo solo. Ella estaba indignada. Su falta de escrúpulos la golpeó hasta tal punto que decidió mandar una queja formal a sus superiores. Por suerte, el escándalo explotó solo algunos días más tarde, y nada de eso fue necesario. El karma obró solo. No valía la pena que su nombre quedara asociado al de Charles.

Nada explicaba su actitud. La historia era perfecta y, sobre todo, era real. Noor me dijo que lo sentía por mí, se despidió y salió apurada del bar. Su pelo largo y enrulado ondeaba con las ráfagas frías. Su reflejo se superpuso con el de un hombre acodado en la barra y, por un instante, me pareció ver a mi marido.

25

Eran las nueve de la mañana. En dos horas tenía cita con Pierre. Entré en la ducha pensando que mi vida podría ser otra si lo hubiera elegido. Al final, abrí el agua fría y me cepillé las piernas con una brocha de cerdas de caballo. Se supone que el proceso activa la circulación, pero tiene algo de castigo. Salí con la piel tirante y enrojecida, y me embadurné el cuerpo y la cara con cremas que prometían juventud y tersura. Elegí una falda de gamuza negra y una camisa color hueso que dejaba entrever el tono de mi ropa interior. Abrí el cajón del ropero donde guardaba mis pares de aros y collares de fantasía, y me topé con el pañuelo de seda pintado a mano. Lo saqué de su envoltorio y me lo puse alrededor del cuello. Caía con gracia sin importar cómo lo anudara. Varias veces Charles me había reprochado, visiblemente dolido, que no me gustaba. No sabría decir por qué nunca lo había usado. Más de una vez me había propuesto estrenarlo, pero, cuando estaba a punto de salir para alguna entrevista o evento, me miraba al pasar en el espejo y lo encontraba demasiado elegante para cómo iba vestida; o terminaba convenciéndome de que no combinaba con mi ropa. Intentaba persuadirme de que me daba miedo perderlo, mancharlo en el transporte público o que se enredara en la rueda de mi bicicleta y se estropeara. Era un regalo demasiado valioso para un uso cotidiano.

Le aseguraba que todavía no había aparecido una ocasión a la altura. Ya llegaría algún acontecimiento especial que lo ameritara, le decía, y me apuraba a guardarlo antes de que a Emma se le ocurriera pedírmelo para disfrazarse. Acaricié la tela suave. Era indudablemente bello y original, pero había algo que no me cerraba. No era el tipo de prenda que yo elegiría. ¿Por qué él, que me conocía tan bien, había gastado un dineral en algo que a duras penas fuera a ponerme? ¿Tenía mi marido una imagen equivocada de mí? Me planteé llevarlo ese día para zanjar de una vez el asunto, pero enseguida descarté la idea. Pierre no apreciaría su valor y yo terminaría irritándome si no me hacía ningún comentario.

Quería que mi amigo volviera a mirarme como lo había hecho hacía algunos meses. Lo imaginaba inclinándose sobre mi espalda para señalarme una escena en su computadora, susurrando, como si un recién nacido durmiera en la misma habitación y cuidásemos su sueño.

Pierre vive solo por la zona de Stalingrad. Los planes de convivencia con Loló todavía no se han concretado. Me encanta trabajar en su estudio. Su salón es una pequeña selva urbana. Hay tantas plantas y helechos iluminados por luces azules y blancas que sentís que los pulmones te estallan de oxígeno. Su barrio es un crisol de bares hípster y peluquerías que prometen alisados definitivos. Los toxicómanos cruzan las calles como zombis, de la noche a la mañana, y comparten las veredas con madres cargadas de bolsos y niñeras que empujan cochecitos. Mi amigo abrió la puerta emocionado.

—El material es muy bueno —dijo, y sé hasta qué punto pesaba sus palabras.

Dejé mi paraguas empapado sobre el felpudo. Ya en su despacho empezamos a analizar el cronograma de entrevistas. Cada visita correspondía a una fecha y a una grabación. Los videos llevaban títulos como «Juventud. 1975», «Casamiento», «Normandía, playa» o «Cisnes y monogamia». Buceábamos entre cientos de horas de material para seleccionar una escena, un gesto, unos segundos. Hundíamos las manos en el agua como buscadores de perlas en un océano de imágenes y sonidos. Las cartas de Hélène serían centrales. Teníamos cajas enteras. Ella propuso que contactáramos a Charlotte Rampling para que encarnara su voz en la película. Releímos un fragmento que amábamos. Era una descripción del primer encuentro con André:

> No creo que el amor sea racional. Cuando te vi por primera vez en aquel bar del 15 rue de Condé, me bastaron cinco segundos para enamorarme. Tardé horas en conseguir que me miraras con interés, pero, al final de la noche, lo logré. Siempre supe que había tenido suerte. Tu mirada me hace sentir radiante. No hacen falta palabras.

Con Charles me ocurría algo semejante. Se la pasaba diciendo que yo era un genio, la inteligencia más incisiva que había conocido. Me iluminaba con sus elogios. Pero igual no podía evitar sentirme como una nena boba. Me esforzaba por ser como él me veía. Deseaba acercarme a esa imagen idealizada, aunque es difícil abrir la boca cuando todos esperan que las genialidades vengan del otro. Vivir a su sombra era menos peligroso que confrontarme con sus expectativas.

—¿Crees que van a hablarte del accidente?

—No sé. Hélène sigue esquivando el tema.

La decisión de quedarse juntos después del drama había marcado un punto de inflexión. Pero eso no era todo. La supervivencia del amor me parecía ligada a la mudanza. Entrar en Rambouillet era pasar a otro universo. André me había dejado filmar los planos que él había ido dibujando a lo largo de los años: la estructura inicial, las extensiones y los arreglos posteriores. La casa era un organismo inteligente que se adaptaba a las necesidades de sus habitantes. Hélène me había dado también sus álbumes de fotos. Pierre abrió uno de la época de la mudanza. En una imagen se veía a André maniobrando con poleas y enormes planchas de madera. En otra aparecía Victoria, que por entonces debía tener unos diez años, haciendo una montaña de hojas y ramas secas; Hélène miraba la escena desde la escafandra aislante de su depresión.

—¿Cuánto más te queda por filmar?

—No sé. Ella está cada vez peor. No saben si resistirá hasta el año que viene.

Pensé que Charles me habría recomendado insistir. Hacer que me hablaran del accidente y filmarlos en planos largos, estirando los silencios. Yo habría lanzado una carcajada de hiena. Me repelía lo kitsch. Bravucona, le habría dicho que mi documental no era un melodrama. Sin inmutarse, él me habría respondido que era incapaz de ver una historia de amor sin que se me cayeran las lágrimas. Así eran nuestras discusiones: fingíamos indignarnos por la postura del otro, pero, en el fondo, éramos complementarios.

—Lo extraño —dije sin pensarlo.

Mi amigo me miró y sentí que algo en él se crispaba. Mi comentario lo había molestado, pero me asaltó una necesidad imperiosa de defenderlo.

—Sus comentarios me dejaban pensando. Era un excelente interlocutor. Pasábamos noches enteras hablando sobre mis películas. Bastaba una conversación para que mis ideas se ordenaran. Como por arte de magia, lo que hasta entonces había sido confuso terminaba encontrando su forma ideal.

—Pero muchas veces te arrepentías de haberle dado la razón.

Pierre sabía hasta qué punto me incomodaba el modo en que Charles se incrustaba en la intimidad ajena, su descaro para apropiarse de las palabras de sus entrevistados.

—Aunque es cierto que, para conseguir confesiones, era un profesional —remató.

—Él no veía nada malo en eso. Le parecía un don lograr que la gente te contara sus secretos.

—Recuerdo su defensa del minuto sagrado de las lágrimas —se burló Pierre.

—Decía que los directores de cine teníamos la capacidad de hacer que el público se riera a carcajadas o llorara a moco tendido.

—El cine tiene una infinidad de trucos para que todo se vea mejor.

—En la pantalla, decía, las hojas de los árboles *son* más brillantes.

—¡Pero eso no tiene valor! Es purpurina barata.

—Pero el arte también es eso. ¿O no hacemos películas para despertar emociones? Hay algo mágico en esa capacidad de tocar a los demás.

—Hablas como él. Claro que podemos cronometrar el minuto en que los ojos van a llenarse de lágrimas, pero ¿qué hay de genial en eso?

—No me refiero a llorar por llorar. Un documental debería escandalizarte, sacudirte el polvo. ¿Cómo no vamos a usar todas las

herramientas que tenemos a nuestro alcance?

—Muchas cosas conmueven. No vamos a discutir si todas son arte, ¿no?

Sonreí y negué con la cabeza, aunque en el fondo pensaba que el *pathos* no era un tema menor. Y coincidía con Charles en que una buena obra debía llevarte a un estado catártico.

—Vamos a crear un destilado del amor —le dije—. Incluso las parejas de toda la vida van a salir del cine sintiendo que nunca vieron una relación tan de cerca.

—Esta es tu película, pero si quieres hacer un nuevo *De aquí en adelante*, no cuentes conmigo.

Mi amigo me estrelló en la cara nuestra manzana de la discordia: la única vez que había rechazado mi instinto y desoído sus consejos para seguir una idea de Charles. Fue en la película sobre los hermanos kurdos. Habíamos hecho un truco de montaje que daba a entender que el regreso del padre a Turquía, expulsado por el Gobierno francés, había justificado la escalada de violencia de los hermanos. En realidad, la partida del padre había ocurrido al final y no al principio. Ese cambio había sido una sugerencia de Charles. Los hermanos no dijeron nada. Tal vez pensaron que era una licencia poética. Además, estaban felices y agradecidos. Después del estreno les llegaron propuestas de trabajo. Pudieron regularizar su situación y obtener sus papeles. Por nada en el mundo habrían dicho algo en contra de la película. Así, Pierre y yo habíamos cargado con ese peso: nuestro documental más alabado partía de una cronología falseada. La estrategia podía interpretarse como un *flashback,* pero él nunca aprobó esa decisión. Por suerte, nuestra amistad era sólida y no iba a abandonarme durante la promoción del primer

largometraje con el que íbamos a ganar premios y becas para financiar nuevos proyectos.

Le pedí que no se preocupara. Estábamos en esta película juntos. Él cerró los álbumes y me propuso hacer té. Mientras esperábamos a que se calentara el agua, me apoyé en la mesada de madera.

—Y, aparte del amor que dura toda la vida, ¿cómo estás?

No tenía energía para mentirle.

—Pésimo. Sigo buscándolo y ya no sé qué decirle a Emma. Vamos a tener que mudarnos a lo de mi padre.

Se acercó y me sacudió los hombros con un gesto cariñoso. ¿Había algo más que pena en sus ojos?

—¿Sabes que te admiro? Si alguien nos va a sobrevivir a todos, esa eres tú.

Le sonreí descreída.

—Esto acabará pasando.

Pierre me abrazó y me dejé estar en sus brazos.

26

Ya de vuelta en casa, recordé la primera noche que pasé a solas con Emma. Creí reconocer el ruido de las llaves en la cerradura, los pasos delicados de Charles sobre el parquet, el roce tibio de su cuerpo mientras se deslizaba en la cama. Antes, me costaba dormir cuando él se iba de viaje. Había algo tranquilizador en su presencia. Ni siquiera me molestaba que se quedara despierto hasta tarde tocando el piano con los auriculares puestos para no despertarnos. Yo solía desfallecer de cansancio mucho antes y llevaba ya un buen rato dormida cuando él finalmente se acostaba. Siempre me había llamado la atención el cuidado que tenía con mi sueño. La mayoría de mis amigas se quejaba de que sus parejas hacían ruido al entrar en la habitación o encendían la luz del velador sin importarles que ellas ya estuvieran durmiendo. Nosotros nunca tuvimos esas discusiones. No sé cómo hacía, pero jamás percibía los movimientos con los que se sacaba la ropa y la dejaba sobre el sillón de cuero marrón. Simplemente, en algún momento de la noche me daba vuelta y lo encontraba a mi lado. Era como un fantasma: imposible advertir su paso por un lugar. Ahora que lo pienso mejor, los buenos ladrones tampoco dejan huellas.

Desde que Charles se fue, me despierto cada noche alrededor de las tres de la madrugada con la certeza de que ha vuelto. Para evitar

la angustia, las primeras noches sin él me fui a dormir en la cama de invitados del cuarto de Emma. Me acostaba cerca de ella tapada con una manta de lana que solíamos usar para envolvernos mientras veíamos películas. Dormía retorcida como una rama seca, con un brazo estirado encima de la cabeza, para poder estar en contacto con mi hija. Al otro día, me despertaba con el cuello rígido y un infernal dolor de espalda.

Mientras tanto, las cartas con recordatorios de pagos atrasados, publicidades e invitaciones seguían llegando. Las entidades bancarias, las compañías de teléfono y de electricidad, las instituciones benéficas y los salones de prensa eran mucho más amorosos que mi marido. Las apilaba encima de la consola de entrada.

Cada nuevo correo me recuerda *Sans soleil*, de Chris Marker. Me sé el comienzo de memoria. La voz en *off* de una mujer leyendo unas cartas misteriosas. Un hombre le escribe que está entrando por la costa de Chiba y piensa en las listas de Sei Shōnagon en *El libro de la almohada*: «Basta con nombrar ciertas palabras para que nuestro corazón palpite». La poesía japonesa, dice Marker, no usa adjetivos: calificar resulta tan grosero como dar un regalo con la etiqueta del precio. Solo hay una manera de decir «barco, roca, espuma, rana, cuervo, granizo, garza, crisantemo». Me identifico con el hombre de Nagoya que acabó suicidándose un año después de la muerte de su mujer, cuando se dio cuenta de que no podía soportar oír la palabra «primavera».

Por suerte, en París la lluvia constante detiene el tiempo y a nadie se le ocurre hablar de primavera. ¿Emma se sentirá tan desgraciada como yo? Por momentos, me sorprende su capacidad de olvidarse

de lo que estamos viviendo. A veces sale feliz del colegio o me pide que la lleve a un cumpleaños. Sin embargo, la mayoría de las mañanas se queda silenciosa frente a su taza de chocolate y su tostada con manteca. De noche, se despierta con terrores nocturnos: grita y llora, inconsolable, y aun cuando intento devolverla a la cama con todo mi cariño, no logra desprenderse de los monstruos. Cada semana le noto las ojeras más marcadas. Sufre mucho, pero tiene la delicadeza de ocultármelo. Por más que le repita que puede hablarme, que estoy ahí para protegerla, evita las preguntas que la carcomen.

Poco tiempo después, fue ella la que comenzó a escurrirse en nuestra cama. Cada noche repetimos ese ritual de sonámbulas abandonadas. Aunque cierro los ojos con fuerza y siento mi cuerpo comprimido entre el colchón y el edredón más pesado que tenemos, mi cabeza no para de dar saltos como una liebre desbocada. No me calmo hasta que escucho los pasos de Emma y distingo su carita asomada a la puerta corrediza de nuestra habitación. Nos abrazamos y, solo entonces, nos permitimos el sueño y el olvido. Con la llegada del día, disimular se vuelve menos arduo. Somos expertas en mantener las apariencias.

Por las tardes, le doy el baño y cenamos juntas mientras me cuenta lo que hizo en el colegio. Después armamos rompecabezas y le leo cuentos antes de acostarla. Ella espera a estar en la seguridad cavernosa de su cama para decirme que lo extraña. Le digo que él también nos extraña y trato de sonreír sin que ella perciba cómo se me cierran los puños. ¿Debo contarle una verdad agujereada? ¿O inventar una historia sencilla y compasiva? «Papá está trabajando en México. Se va a quedar ahí unos meses. Es como un agente secreto.

Muy pronto va a llamarnos». Vivimos como viudas prematuras que heredaron una tumba sin cuerpo. Hasta que la realidad toque a la puerta. Hasta que a algún padre bienintencionado se le escape el «pobrecitas» que hará tambalear nuestro claustro de monjas con voto de silencio.

27

«¿Cuántas fronteras debemos atravesar para volver a casa?», dice la voz en *off*.

La cámara se desliza en un lento travelling horizontal frente a decenas de figuras inmóviles. De espaldas, solo se ven los paraguas negros que los protegen de la lluvia. «Todo ha cambiado. Ya nada es igual», confirman los protagonistas cuando el film se pone en movimiento. Los viejos amigos repasan el inventario de ausencias. ¿Cuándo fue la última vez que pisaron esas calles? ¿En qué momento las cosas dejaron de ser como las recordaban?

Un académico explica la secuencia de *La mirada de Ulises*, la película del griego Theo Angelopoulos; una reescritura contemporánea de la *Odisea*. No la de Homero, sino la de miles de migrantes y exiliados que recorren los Balcanes. Justo después, una joven doctoranda analiza mi documental sobre los hermanos kurdos. La pared de la sala 301 de la Sorbonne Nouvelle le sirve de pantalla. Vuelvo a ver los juegos en el colegio, los viajes en autobús, las conversaciones telefónicas entre el padre y los propietarios de la habitación que alquilan. Por ahora, nadie me pide que hable. Estoy ahí como sujeto-objeto de estudio, la prueba de que hay buenos documentalistas vivos. Este es el primer encuentro que acepto. En *La hoguera de las vanidades*, Tom Wolfe recuerda que no hay nada

que los periódicos amen más que arruinar la reputación de alguien. Dejar de esconderme no me ayuda a encontrarlo, pero es un paso de un largo camino de desagravio.

Entre el público, reconozco la melena platinada de Dorothée Delmas, la antigua directora de la sección «Relatos reales» de *L'Hebdo littéraire*. Reportera multipremiada, trabajó en *Libération*, *Le Monde des Livres* y *XXI*. El año pasado integró el jurado de treinta colegas que decidió darle a Charles el Premio al Mejor Reportaje. Dorothée se abre paso entre las hileras de estudiantes que se agolpan sobre las masas secas del bufet. Me extiende su mano segura y un saludo de locutora de radio. Sin que se lo pida, empieza a hablarme del tema:

—El debate del jurado no duró más de veinte minutos. Teníamos la tranquilidad de que se premiaba a la persona correcta.

La periodista vive en Lyon y acaba de jubilarse. Cuando leyó sobre las falsificaciones sintió que le bajaba la presión. Su jurado había sido el primero en reaccionar para revocarle el premio, pero Matthias se les había adelantado confirmando que Charles renunciaría a todas las distinciones. Amparadas en la intimidad que se crea en los espacios abarrotados, le pregunté si sabía algo de mi marido.

—Alguien tiene que saber dónde está.

—No es necesario fingir conmigo, Miranda. Sé que estabais muy unidos —dijo.

Esa mujer de rasgos delicados era la primera en confesarme cara a cara sus sospechas.

—Si supiera dónde está, no andaría desviviéndome por encontrarlo.

Dorothée bajó la vista. Ella tampoco podía dejar de reprocharse su ceguera.

—Lo de Charles es una falla colosal en el sistema. Todo editor debe haberse preguntado: «¿Podría haberme pasado a mí?». Y, si es honesto, respondería que sí. El caso es una prueba de cómo funciona el entramado de la desinformación.

Los investigadores nos rodeaban en busca de café.

—¿Recuerdas el final de *Indiana Jones y la última cruzada*? —me preguntó—. Harrison Ford llega a un templo y descubre una antigua cámara oculta. El interior está lleno de cálices: algunos son deslumbrantes; otros más humildes. Porque lo más difícil no es encontrar el grial, sino reconocerlo entre las copias.

Charles hacía algo similar. Creaba algo falso a partir de verdades a medias. Los medios conspiracionistas actúan de manera más perversa, pero el procedimiento es similar: basta con hundir la verdad en un océano de versiones alternativas y generar mucho ruido mediático. La verdad no suele ser espectacular. Es lo contrario de la mentira: cuanto más perfecta, más tentadora. Dorothée no quería entender sus motivos, solo esperaba que nunca volviera a trabajar como periodista.

Regresé a mi asiento y abrí mi cuaderno. Quería escribir sus palabras antes de que se me olvidaran. «Las cadenas de confianza son puentes endebles que nos acercan a la verdad. Cualquier tropiezo puede romperlos, y la fractura es irreparable». Las luces de la sala se apagaron y alguien proyectó otra secuencia. Pero, en mi mente, las frases de la periodista se mezclaban con las de la película de Angelopoulos: ¿a partir de qué instante nada vuelve a ser lo que

fue? Y, aún más doloroso: ¿cómo no me di cuenta de lo que planeaba? ¿Qué fuerza demencial me hizo ver en él a otra persona?

28
Rambouillet

Ayer pasé el día con Hélène. Incluso si nadie se atrevía a sugerir la llegada de la primavera en medio de las tormentas constantes, tenía la sensación de que las hojas de los robles empezaban a mostrar un verde más suave. Caminé entre pinos y castaños, y froté la corteza de un abedul; las manos me quedaron pegajosas y con olor a resina. Siempre me impresionan esas hojas dentadas y vellosas. En el alféizar de su oficina, Hélène tiene macetas con jacintos silvestres. A diferencia de los que crecen desparramados en el bosque, los suyos salen erguidos, como cebados por la falta de espacio que los incita a largarse en una carrera vertical hacia el sol.

André acababa de instalar una rampa para que subiese las escaleras sentada en su silla eléctrica. Por el momento, ella solo la aceptaba para trayectos largos; el resto lo hacía con ayuda del bastón o del brazo de su marido. Odiaba ese mamotreto. Era un recordatorio de que muy pronto ya no podría valerse de sus piernas. Con el espíritu práctico que lo caracterizaba, André montó un pequeño experimento: le pidió que practicara para encastrarla sola en la rampa. Contra todo pronóstico, Hélène aceptó. Maniobraba, mitad entretenida y mitad espantada por los movimientos abruptos. No lograba calibrar el envión inicial y terminaba yéndose para atrás o para delante, chocándose contra los muebles o arañando el borde

de la pared. Él le daba instrucciones, pero ella estaba desbordada. ¡Veía muy bien que no podía hacerlo! Después de unos minutos, gritó: «¡Ya es suficiente!». Le pidió a André que le diera el brazo y él la ayudó a ponerse de pie. Una vez que se sintiera cómoda, ya vería qué agradable sería no tener que agitarse subiendo y bajando. Hélène le rogó que se callara. Los dedos flacos y largos de su mano derecha se aferraban al pasamanos de la escalera mientras el otro brazo buscaba apoyo en el cuerpo de su marido. Ella le clavaba las uñas, como si quisiera hacerle pagar el mal trago. Los filmé de espaldas. Solo se oían sus pasos y la respiración entrecortada de Hélène. Ella subía el primer pie y se apoyaba en André para levantar el segundo. Había algo solemne en ese ballet vacilante. Parecía la marcha de dos pingüinos escalando una montaña. Cuando llegaron al último peldaño, le dijo que dejara de molestarla con la estúpida silla.

Pasamos el resto del día en su oficina. Ubiqué la cámara de cara al escritorio, frente a la ventana. Llevábamos casi dos años leyendo las cartas que ambos intercambiaron a lo largo de toda una vida. El ritmo variaba según las épocas, y sobre todo, era ella la que escribía. Él también le mandaba alguna, pero de manera más esporádica. Ella usaba el mismo tipo de papel y las guardaba en cajas de cartón resistentes. Una etiqueta blanca indicaba la fecha: una caja por año. La primera era de 1967. Abrió la que llevaba inscrito el año 1972. Después del nacimiento de Bruno, Hélène decidió tomarse una excedencia: su sueldo apenas alcanzaba para pagar la guardería de Victoria, así que habían decidido que ella se quedase a cargo de la crianza. André acababa de entrar en una firma importante y necesitaba dedicarle tiempo al trabajo. Llegaba a

casa alrededor de las ocho, justo para leerles una historia y acostarlos. Encadenaba eventos y salidas con colegas. Hélène recordaba el odio que le despertaba el olor a cigarrillo que se desprendía de su ropa mientras se desvestía para meterse en la cama. Todavía se le fruncía la nariz cuando pensaba en su aliento ácido las noches en las que bebía de más. Había caído en la trampa consentida de la maternidad, pero lo cierto es que envidiaba la libertad de su marido, sus salidas y su gestión egoísta del tiempo. Lo único que la tranquilizaba era saber que aún tenía el paracaídas de su puesto.

Luchaba contra esa insatisfacción galopante. Enmarañada en su pequeña nube negra de celos, los días se le hacían interminables. Lo peor era que nadie la había obligado a sacrificarse. Se decía, irónica, que ya había iniciado la metamorfosis. Se convertiría en una de esas madres estoicas que tanto había criticado en su juventud. Para no sentirse en falta, daba demasiado. Nada de lo que hacía le parecía suficiente. Estaba convencida de que cualquiera podía hacer las cosas mejor que ella. Se había ganado a pulso el horizonte llano de la mujer que abandonó sus deseos para entregarse en cuerpo y alma a los demás. En una alquimia perfecta, la frustración se mutaba en culpa.

Ese día, Hélène llevaba una camisa de seda rosa bebé y un pantalón de gabardina gris. Apoyó la carta que estaba leyendo sobre su escritorio y me buscó detrás de la cámara.

—Lo que sigue es bastante trivial. Lo que menos esperaba era sacar nuestro matrimonio a flote gracias a una infidelidad.

Me habló de Paul. Un profesor del liceo donde ella había trabajado unos años antes. Él estaba divorciado y vivía a algunas cuadras de

su casa. Era un hombre tímido y algo ensimismado. Se notaba que no tenía la costumbre de tratar con mujeres. Los días que a él no le tocaba dar clase en el colegio por la tarde, solía cruzárselo cuando pasaba a buscar a los chicos por la escuela. Después de varias charlas casuales, quedaron en tomar un café. Hélène seguía preguntándose si no sería mejor retomar el trabajo. Él enseñaba Biología, pero sabía encontrarle las mañas al motor caprichoso del auto y resolver problemas de electricidad. Era el opuesto de André, que solo le hablaba de proyectos monumentales. Mientras su esposo le describía los puentes que planeaba construir, Paul le pasaba recetas de fertilizantes caseros. No tenía complicaciones ni grandes sueños. Un día le regaló una azalea y le dijo que se vería bien cuando empezara a dar flores. Aprovechando su tarde libre, ella lo invitó a entrar. La alfombra del salón estaba aspirada, y los juguetes guardados. Físicamente, no le resultaba desagradable. Era alto, de ojos celestes y piel muy blanca. Tenía pómulos angulosos y eso le parecía a ella un signo de virilidad. Era el hombre que tenía a mano. Él le contó que había postulado para un nuevo puesto en París. Si todo iba bien, se mudaría el año próximo. Su exmujer había decidido volver al centro y él alquilaría un pequeño piso para recibir a sus hijos los fines de semana.

—Paul apareció en un momento bisagra. Me sentía invisible. Cuando me propuso ir a su casa a tomar un café, calculé las consecuencias y acepté.

André y ella estaban de acuerdo: los amantes o amores ocasionales no eran una traición. Mientras no hubiese efectos negativos en su pareja ni en la familia, podían vivir historias pasajeras. Pero la realidad es que, hasta ese instante, era algo

teórico. Hélène fue la primera en plantearlo en serio. Su marido no reaccionó mal, aunque sí le preocupó que fueran amigos. La relación duró solo unos meses y terminó en cuanto Paul se mudó. Al poco, André le habló de una colega. Hélène había conocido a Camille durante una fiesta de fin de año: una pelirroja de curvas espléndidas y sonrisa inteligente que se reía muy alto, con carcajadas contagiosas. Era el tipo de mujer que podía gustarle a su marido. Y era muy diferente de ella. Apenas la vio, anticipó que aquello no iba a ser simple. Aun así, no podía decirle nada. Los dos querían imaginar otras vidas alternativas. Llevaban tantos años juntos y los nenes eran tan chicos que les parecía imposible que las cosas pudieran ser de otro modo. Hasta que Paul y Camille aparecieron en sus vidas y abrieron pequeñas ventanas.

Hélène me leyó un fragmento de una de las cartas que le escribió a André en esa época:

> Siempre me sentí bien a tu lado. Me gusta tu optimismo, tu seguridad, la atención que pones en cada detalle; tu alegría cuando cocino uno de tus platos preferidos. Admiro tu sinceridad y sé lo difícil que te resultó contarme lo de Camille. Estás en tu derecho. No voy a —no podría— oponerme. Pero saberte enamorado me duele más de lo que habría imaginado. Es como si me hubieran arrancado el suelo debajo de los pies. No quiero hacerte sentir mal. Fui yo la que empezó. Solo espero que sea algo pasajero. El nuestro es un buen matrimonio. Sé que no es justo decírtelo ahora, pero ya no quiero mirar alrededor: no necesito nada más de lo que tenemos.

Hélène propuso que fuéramos a hablar con su marido para que me diera su punto de vista. Nos instalamos en el salón y ella le explicó que estaba hablándome del periodo en el que abrieron la pareja. Le tendió algunas cartas donde comentaba la relación entre

su marido y su amante. André llevaba una camisa verde y un chaleco de lana negra. Estaba sentado, con las rodillas muy juntas y la espalda erguida. Le pidió que le repitiera la fecha. Carraspeó y me aclaró que los dos habían aceptado ver a otras personas. Ella asintió y le pidió que me hablara de Camille. Él volvió a leer la carta y se pasó una mano por el pelo.

—¿Tenemos que hablar de esto?

Hélène leyó en voz alta otra carta donde él le confesaba que estaba enamorándose de su amante. Tenían casi noventa años y ella seguía recriminándole esa desviación del código del amor libre. Él se frotó las manos y Hélène lo miró fijo. Realmente no lo recordaba como algo importante.

—Dejaste de verla porque te lo pedí.

—Ella estaba soltera y quería hijos. No iba a durar.

—Te amenacé con llamarla si no la dejabas.

André bajó la vista y se cruzó de piernas.

—Hélène no era tan abierta de espíritu como aseguraba —dijo con una sonrisa tímida.

—Es que no respetaste las reglas: te enamoraste.

—No creo que fuera así, pero ¿qué más da? ¿Por qué vamos a discutir?

Hélène me usaba con fines insondables. ¿Necesitaba saldar cuentas con él antes del final? ¿O, aunque jamás fuera a admitirlo, una parte de ella creía que aquel desvío amoroso había sido el germen de la tragedia? Ese cuerpo del que solo sobresalían los huesos, cada vez más visibles, tenía una tenacidad fuera de lo común. Me pareció un pulpo aferrado a un cangrejo. Un predador no suelta su botín por más que se debata, por más que la corriente los

empuje y los haga rodar por la arena. Hélène no quería aceptar la tregua que le proponía su esposo. No rechazaba la mano con la que él le acariciaba la rodilla, pero tampoco le devolvía el gesto. El dolor es una brasa que no se apaga. Ella me miró con ojos borrascosos y me dijo que en eso estaban cuando los sorprendió el drama.

29

Volví a casa pensando en los estragos de la honestidad. Como Hélène, yo tampoco había querido ver. Fui la que encendió la chispa del incendio, la que se acercó a Pierre, aun sabiendo que nadie estaría nunca a la altura de Charles. Yo también creí que nuestra historia duraría para siempre. Aunque me costara la carrera, aunque tuviese que resignarme a vivir de las migas de atención que él decidiera regalarme.

Esa noche, me vino a la mente una historia que había ocurrido en la familia de Charles. Poco después de casarnos, nos enteramos de que el marido de una de sus tías, un pintor muy reconocido, tenía una doble vida. Una mujer y una hija vivían en París y otra dupla igual estaba en el sur, donde él había instalado su atelier. No recordaba los detalles, pero sí la casualidad improbable que había llevado a que la mentira se descubriera. Las dos hijas —de la misma edad— terminaron inscritas en la misma carrera de la misma universidad. Como las dos compartían un apellido singular, un amigo en común las puso en contacto. Las chicas se encontraron en un café y descubrieron que eran medio hermanas. Cuando confrontaron a su padre, él no negó la situación. Era incapaz de ponerle fin a una de las historias. Con el tiempo, las madres de las chicas decidieron que la vida que habían tenido hasta entonces las había hecho felices

y lo perdonaron. ¿Qué haría yo si Charles volviera con una confesión así? ¿Si las mentiras de la prensa tuvieran un correlato familiar; si se encarnaran en una mujer más joven y en un retoño de ojos azules y bucles dorados que no sufriera terrores nocturnos? ¿Qué pasaría si, al fin, mi marido se hubiera decidido a vivir un amor más adecuado?

Sobre el escritorio de nuestro dormitorio había desplegado fotos de diferentes etapas de la vida de Hélène y André. Me detuve a observar una de las imágenes de la época de la construcción de los cimientos de Rambouillet. André estaba en primer plano, observando una parte de la obra, con el cuerpo de costado y los brazos en jarra. Tenía un aire preocupado. ¿Qué lo inquietaba? Él hacía cálculos para que el nuevo hogar fuera perfecto. Sabía que esa vida debía ser lo suficientemente bella como para arrastrarlos hacia la felicidad. No estaba construyendo una casa, sino un faro capaz de guiarlos hacia un nuevo destino. Rambouillet era un dique de contención contra el dolor y los reproches. Hélène estaba en el extremo opuesto, casi fuera del encuadre. Le daba la espalda a André, con la vista perdida en el bosque. Su expresión era el anverso del ensimismamiento de su marido. Parecía abandonada. Sus manos pendían a ambos lados de su cuerpo, rozando su vestido. No se mencionaba al dorso la fecha ni quién había tomado la foto. Para huir del drama de Bruno, los dos se arrojaban al torbellino desconocido del futuro.

Me gustaría poder contar esa historia con un dispositivo adaptado. Algo como *Los siete paisajes de Yorkshire* de David Hockney. Las dieciocho cámaras instaladas en el techo de su auto —que avanzaba muy lento, en línea recta— le permitían registrar el paisaje en un continuo infinito. En la instalación final, el artista sincronizaba y superponía las imágenes. Visto de lejos, el video generaba una

impresión de flujo constante, pero, al acercarte, entendías que era una sucesión de cortes. Así funciona nuestra visión. Así funcionan las parejas. Nunca tenemos una imagen de conjunto. Solo accedemos al panorama a cuentagotas. Únicamente al final el dibujo empieza a revelarse. Mi búsqueda era parecida. El pasado se me figuraba como un paisaje pintado durante una puesta de sol. La luz va disminuyendo y nuestros ojos se adaptan a la penumbra, pero resulta difícil situar el momento en que nos quedaremos a oscuras.

30

Aunque mi primer contacto con Hélène y André fue a través de Victoria, mis reflectores estaban puestos en el amor conyugal. Los hijos habían sido centrales, pero lo que más me interesaba era lo que sus padres decían —o callaban— de ellos. Un hijo crea un lazo indeleble, pero también puede destruir el amor que dos personas se han tenido. No sé si Victoria y Bruno están al tanto de lo que sus padres me han contado. ¿Les importará enterarse de que tuvieron amantes? Sus progenitores eran adelantados para su época. Tampoco sé qué piensan del accidente. El eterno drama de los hijos. Ningún manual enseña cómo protegerlos de los destrozos que provocan algunas verdades.

En mi caso, la desaparición de Charles tuvo un efecto positivo: me convirtió en la única interlocutora de Emma. Nuestra relación no era mala, pero él siempre fue su favorito. Al huir, me transformó en el adulto confiable. Y eso sí fue un cambio. Incluso desde muy chica, mi hija me reclamaba algo que yo no sabía o no podía darle. Charles había insistido para que tuviéramos un hijo y yo acepté sin pensar demasiado en las consecuencias. Muy pronto, las hormonas me cargaron de energía y quise avanzar todo lo posible con mis proyectos. Sabía que mi vida iba a quedar en pausa después del nacimiento. Viví los primeros momentos del embarazo como si la

llegada de Emma fuera una complicación irremediable, pero todavía lejana. La panza crecía, mi piel se distendía y, mientras me embadurnaba de crema antiestrías, luchaba conmigo misma. Estaba a punto de terminar mi primer largometraje y quería hacerlo mejor que nunca. Me sentía en una carrera: tenía nueve meses para lograr lo que no había alcanzado en treinta y tres años. Al mismo tiempo, me obsesionaba con tener todo listo para la bebé.

Muy pronto empecé a arreglar su cuarto y a acumular una infinidad de gadgets que suponía fundamentales. Monté sola la bañadera rosa de patas altas, compré un almohadón que se acomodaba a la forma del recién nacido, una silla musical que se balanceaba, un arco de juego con colores estridentes y bloques de madera que la bebé podría llevarse a la boca. A no ser que nuestra hija fuera un prodigio y lograra encastrarlos antes del año. Incluso había encargado una diminuta lima de uñas con más de doce cabezales. Apilaba las cosas en el futuro cuarto, hasta que no quedó espacio para meter ni un pie. Me abandonaba a esos preparativos con una mezcla de ternura y fastidio. Un cansancio demoledor me invadía al volver a casa después de recuperar la ropa premamá que mis amigas me prestaban. Iba de un extremo a otro de la ciudad y regresaba cargada de pesados bolsones con los que podría haber vestido a octillizos. Terminaba agotada y me acostaba en la cama con las piernas levantadas contra la pared para desinflamar mis tobillos hinchados. Si me costaba avanzar con el trabajo, me dedicaba a lavar, planchar y doblar minúsculos gorritos, bodis y pijamas. Usaba un jabón para ropa delicada y un suavizante violeta que venía en un botellón con bebés sonrientes. Había comprado etiquetas para pegar en los distintos estantes: anotaba de qué

prenda se trataba y el tamaño que le correspondía en meses. Charles no entendía por qué me adelantaba tanto, pero decidió que debía ser algo hormonal y no se interpuso. Lo tranquilizó constatar que el instinto maternal iba ganando terreno sobre mi demencia laboral. Insistía en que dejara de presionarme, decía que el documental podía esperar. En el fondo, temía que mis esfuerzos acabaran desilusionándome. Mis cortos anteriores no habían sido un éxito. ¿Por qué me empeñaba en triunfar justo ahora? ¿No sería más prudente centrarme en el bebé? Él acababa de conseguir un puesto fijo en *Le Journal du soir* y su sueldo alcanzaba para mantenernos. Yo podía dejar de hacer publicidades por un tiempo.

Llegando al quinto mes de embarazo, me desperté en mitad de la noche con un dolor agudo en el vientre. Intenté calmarme y fui a buscar un vaso de agua, pero una segunda puntada me fulminó. El vaso se rompió y yo me desarmé en el suelo, paralizada por un dolor desconocido y aterrador. Grité hasta despertar a Charles, que casi se clava un pedazo de vidrio en el pie. Me levantó, me ayudó a vestirme y subimos a un taxi rumbo al hospital, que quedaba en la otra punta de la ciudad. Las contracciones seguían y yo intentaba cronometrarlas, buscando recobrar algo de control sobre mi cuerpo, pero intuía que estaba viviendo una tragedia. Recuerdo el sentimiento de desdoblamiento. Era una espectadora del posible final de mi embarazo. Trataba de no dejarme arrastrar por el miedo. Charles me apretaba la mano y yo lloraba sin despegar la vista del cronómetro, agregando una marca cuando llegaba cada nueva contracción. No hablábamos, aunque los dos sabíamos que la bebé no sobreviviría a un nacimiento tan prematuro.

Ya en la clínica, me hicieron desvestirme y me dieron una bata desechable de papel celeste, junto con una cofia y unos cubrezapatos. Nos adjudicaron una habitación rosa y pensé en la alegría que debían sentir las mujeres al instalarse ahí, sabiendo que no tardarían mucho más en conocer a sus hijos. Pronto llegó una enfermera joven que me conectó a los cables que monitoreaban las contracciones y el ritmo cardiaco del bebé. Su cara no presagiaba lo mejor. Salió a paso rápido a buscar a un médico. Otra enfermera más experimentada vino a colocarme un catéter por donde iba a recibir la medicación más fuerte que tenían. Iban a inyectarme un líquido para hacer madurar los pulmones de la bebé. La mujer no encontraba mi vena y el brazo se me llenó de moretones. Antes de dejarnos solos nos aclaró que, si el medicamento no surtía efecto, me transferirían a un hospital especializado en neonatología. Teníamos dos o tres horas por delante. Sus palabras me llegaban desde otra galaxia. Mi cabeza construía un capullo que filtraba la información y me protegía de la realidad. El mundo exterior se había vuelto enigmático y amenazante como las olas del aparato de monitoreo. Al cabo de un rato, me propusieron cambiarme la bata. Las lágrimas fluían sin parar y el papel fino se había humedecido. Por milagro, la medicación funcionó. Las horas pasaron, las contracciones disminuyeron y, finalmente, el bebé fue declarado fuera de peligro, pero tenía que quedarme en observación.

Por la tarde, me pasaron a una habitación del segundo piso, el sector de las que acababan de dar a luz. Los llantos de recién nacidos me llegaban desde todos los rincones. Para distraerme, Charles me compró libros y revistas. Eligió *El problema de los tres cuerpos*, la trilogía de Liu Cixin. No podía estarle más agradecida. Me

pasé la semana relativizando. La perspectiva de un futuro en el que la humanidad podía ser exterminada por una civilización extraterrestre me tranquilizaba.

Antes de darme el alta, me pusieron en licencia médica. Tenía un embarazo de riesgo. Debía descansar y moverme lo menos posible. Era la infortunada portadora de un útero impaciente. Recuerdo la sacudida que sentí cuando volví a casa y abrí el armario con toda la ropita doblada. Decidí que le hablaría a nuestra hija todos los días. A fuerza de llamarla Emma, Charles terminó aceptando el nombre. Dejé de preocuparme por el trabajo. ¿Qué sentido tenía? La tragedia me había rozado con la punta de los dedos. Era una señal y una advertencia: Emma debía ser mi única prioridad. No sé si mi hija me acusó de haber sido demasiado negligente en esos meses de vida intrauterina, pero mi panza crecía muy muy lento. El obstetra decía que sería una beba pequeña, aunque la explicación no me convencía. Estaba entrando en el noveno mes cuando un examen de rutina con una reemplazante volvió a ponernos en pie de guerra. La ecografía no dejaba ver casi nada de líquido amniótico. Tras varios exámenes de urgencia para descartar una malformación, programamos una cesárea.

Emma llegó al mundo minúscula y avasallante. Era un ratoncito de pies torcidos y orejas en punta, adheridas al cráneo. Una tortícolis le pegaba el cuello al hombro derecho, resultado de la falta de espacio contra la que había estado batallando para crecer. Me dediqué a cuidarla día y noche. Charles me ayudó la primera semana, pero después retomó el trabajo y los viajes. Emma ganaba muy poco peso y, entre el estrés y la falta de sueño, me deprimí. Pasé de tenerla siempre en brazos a dejarla llorar durante ratos que me

parecían cortos, pero que debían ser interminables para un recién nacido. Me sentía extraviada. Imaginaba que la dejaba caer al piso o que me tropezaba y ella rodaba por las escaleras. Todo me costaba. De noche, Charles se indignaba por el tiempo que me llevaba reaccionar. Para suplir mi incapacidad, movió la cuna a su lado de la cama y empezó a ocuparse de alimentarla en la madrugada y de consolarla durante sus interminables crisis de llanto.

Llegando al sexto mes, encontramos una guardería y, de a poco, volví a retomar mi vida. Acepté algunos episodios de un documental sobre el estrés y las nuevas fobias que la escuela provocaba en los adolescentes. Pero eso solo empeoró las cosas. Tenía un insomnio persistente y el cansancio me volvía ineficaz. Cada vez que Emma se despertaba en plena noche, cerraba muy fuerte los ojos y esperaba a que Charles se ocupara de ella. Él me pateaba debajo del edredón para obligarme a levantarme, pero yo me hacía la muerta. Simulaba estar en un trance de sueño profundo y lo dejaba al mando. Esa inacción no solucionaba mis problemas, pero saberlo despierto calmaba mi odio.

Mi pobre hija debió vivir esa apatía como una falta de amor. Odio reconocer que no pude hacer otra cosa. Con ayuda de una psicóloga y de medicación para dormir fui recuperando la cordura. Sin embargo, ella no estaba lista para perdonarme. Me miraba, desde lo alto de sus doce meses, con sus ojos negros cargados de reproches. Muy seguido, la más mínima contrariedad la sumía en berrinches de los que se desquitaba golpeándome con sus puñitos cerrados. Desde que empezó a balbucear sus primeras palabras, me decía: «Mamá mala». Supongo que toda madre hace lo mejor que puede. Ahora que estamos solas, el amor y el rencor se intensifican. Después de

alguna discusión, cuando me asegura que ya no me quiere y le digo que no importa porque yo voy a quererla siempre, me pregunto si existen padres que dejan de amar a sus hijos.

31

—¡Escóndanse! Ya llego.

La cámara tiembla y gira en todas las direcciones. Vuelvo a ver la arena clara, el borde de la costa, retazos de mar y de cielo celeste. Estoy tirada en el suelo del salón. Sobre la pared desfilan las imágenes del último verano. Si cierro los ojos, oigo la risa de Emma y adivino las carreras de su padre, que la tira del brazo y la alienta para que se apure. Deben esconderse rápido si no quieren que los atrape. ¿Dónde cuernos pueden estar? Los silencios me desconciertan y mi memoria se llena de fragmentos: las manos de Emma encima de mi blusa blanca de lino; su voz susurrándome en la oreja; un borde de mi sombrero Panamá; los rayos del sol quemándome el empeine.

Pasamos nuestras últimas vacaciones juntos en Porquerolles, un bosque en medio del Mediterráneo, justo frente a Hyères y la península de Giens. Llegamos en tren desde París y, después de un trayecto en taxi hasta La Tour Fondue, tomamos el ferry de las tres. Esa semana fue la última en la que fuimos felices. Quisiera revivir las tardes en la playa y los paseos por el centro, donde los isleños van descalzos y bronceados, con vestimentas deslavadas y, solo a veces, con alpargatas endurecidas por la sal.

En verano, la isla desborda de turistas, pero se vacía justo después. Para octubre quedan ya solo los locales, y los que vienen de Toulon o Hyères a trabajar en los viñedos o en la Fundación de Arte Carmignac. Muriel heredó una casita ahí que suele alquilar y prestarnos algunas semanas durante la temporada baja. El lugar forma parte del Pré des Palmiers, un complejo color damasco, con construcciones de techo a dos aguas y tejas grises. Al salir del puerto, el camino principal atraviesa la plaza, con su iglesia, sus pistas de petanca y el histórico hotel Sainte-Anne, donde los locales toman pastís mientras chismorrean sobre las últimas novedades. La hija del dueño del supermercado que acaba de separarse y se da aires de grandeza. «¡Decidió que ya no quiere seguir como cajera!». La amante del dueño del mayor viñedo de la isla, que se comporta como si fuera su esposa y mira por encima del hombro a los lugareños. El chico que empezó a trabajar en la tienda de alquiler de bicicletas y, algo pasado de copas, se agarró a trompadas a la salida de una fiesta en el bar del puerto. Una vez que el último ferry se lleva a los visitantes, nadie entra ni sale.

Charles amaba ese lugar, le recordaba los mejores momentos de su infancia: las noches tibias del verano, los paseos en bicicleta y las tardes entre las olas. Todavía podía encaramarse descalzo sobre las rocas, munido de un cuchillo suizo que le permitía cazar *oursins*, unos erizos de mar violetas, que abríamos y comíamos recién salidos del agua a bordo de la lancha de agua dulce de su madre. Él me enseñó a moverme en la isla y a encontrar escondites ahí donde todos se conocían. Supongo que, si soportaba la apatía de su madre, era gracias a ese regalo que nos hacía cada año: dos semanas en el paraíso. Un tiempo de libros y castillos de arena; de tardes con

juegos de mesa y aperitivos en el patio; de excursiones al borde de los acantilados o al fuerte de la Repentance y sus monjes ermitaños; de pícnics hechos de una botella de rosé y unos sándwiches que desplegábamos como festines improvisados en las calas. Emma caía rendida temprano, después de días enteros de mar y bicicleta. Y nosotros, de repente, no nos sentíamos tan cansados. Atardeceres en los que imaginábamos un futuro refulgente y sentíamos que nada podía ser tan perfecto como tenernos los tres. Noches en las que no había nada mejor que hacer que entrar en la ducha al aire libre para hacer el amor, sabiendo que nuestra hija dormía un sueño pesado.

Sigo sentada en el salón, con la espalda contra el respaldo mullido del sofá. Me abrazo las rodillas y escondo la cara. Intento reconstruir el último día antes de la vuelta. Estoy recostada sobre la arena con un sombrero sobre el rostro para protegerme del sol. Tengo los ojos cerrados, pero adivino el movimiento de las nubes por las sombras que se cuelan entre los orificios. Mi hija y mi marido están cerca. Los oigo hablar y reírse. Juegan como salvajes, sin administrar el esfuerzo físico. Emma debe estar volando por los aires o caminando con las manos contra la arena y la nariz pegada al suelo. Su padre le sostiene las piernas como una carretilla. Su voz está en el límite entre la excitación y el miedo. Muy pronto vendrá la caída, el golpe, el consuelo en brazos de mamá, que tendrá que arrancarse la modorra y renunciar a la promesa de la siesta. Disfruto del placer incómodo de esa cocción a fuego lento. El ruido del mar cubre todo. Mi cuerpo es un envoltorio distendido, sin voluntad. Estoy al borde del sueño, pero ellos consideran que ya tuve suficiente soledad. Me dejaron leer y descansar. No me moví ni un milímetro y deben creer que duermo desde hace rato. Como si no supieran que no tengo la

capacidad de ellos para apagar la conciencia en cuanto cierran los ojos. Oigo las carreras de mi hija, siento sus pasos levantando arena a medida que se aproxima. Quiere jugar a las escondidas. «Bueno, *ma chérie*. Escóndanse. Mamá cuenta hasta cien y va a buscarlos». Pero mi promesa no le alcanza. Exige que me levante y empiece a contar. Cubriéndome los ojos. Sin hacer trampa. ¿Adónde piensan esconderse si la playa es una franja de arena de apenas unos metros de ancho? Pero ellos siempre tienen recursos. Seguro que ya tienen todo planeado. Han descubierto el sitio perfecto, el hueco en la roca, la sombrilla o el recoveco debajo de la escalera que conduce al bar de la Plage d'Argent. Necesitan que los busque, que me transforme en la actriz a la caza del hombre y la niña. Mi movimiento es la fuente de la que brota el entusiasmo. Tengo que transformarme en loba y adoptar una pose desgarbada. Debo modular hasta encontrar una voz ronca y amenazadora: «¡Escóóóndanse!». Acepto formar parte de la comedia amorosa. Me aferro de la mano con la que me invitan a reintegrar la familia. Agito los brazos en el aire, abro grandes los ojos y giro trescientos sesenta grados. Represento la pantomima del horror que me produce la idea de que se hayan perdido. El placer de ellos surge de la excitación de saber que me acerco. Me preparo para alegrarme y abrazarlos como una loca cuando aparezcan. Porque ese es el miedo más grande: que alguno se extravíe en serio. Que el juego dure demasiado y me obligue a sacar la linterna, a ponerme el impermeable y calzarme las botas de lluvia para remover con un palo el agua estancada.

32
Rambouillet

—¿Miranda K.?

Estaba terminando de instalar el trípode cuando sonó el teléfono. Era un milagro que llegara la señal. Una ráfaga de viento atravesó las copas de los árboles.

—¿Quién es?

Del otro lado se hizo un silencio.

—No nos conocemos. Soy Marc Delattre.

Dejé de prestarle atención a la cámara. Me enderecé y una gota me rozó la cara. Debía apurarme si no quería arruinar el material bajo la lluvia.

—Te extrañará que te llame. Créeme, no tengo nada personal contra ti ni contra tu marido. Estoy escribiendo un libro y quería saber si aceptarías hablar conmigo.

Pensé en cortar, simular un problema de conexión o soltarle, con mi ensayado tono burocrático, que no hago declaraciones.

—¿Miranda? ¿Sigues ahí? —Se quedó en silencio un instante—. No tienes por qué contestarme ya. No voy a escribir un panfleto sensacionalista ni a meterme con tu intimidad… Preferiría que tu voz estuviera —agregó—. Quizá sea una forma para ti de acercarte a la verdad.

¿Era una invitación o una advertencia? Otra gota gruesa resbaló por mi frente.

—Está bien —dije después de un rato—, hablemos, pero solo si aceptás responder a mis preguntas.

Esta vez fue él quien tardó en reaccionar.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Aprecio tu trabajo. Lamento que tú y tu hija hayáis sido víctimas del caso.

Le pedí que me enviara un correo para fijar los detalles y nos despedimos sin más. Tuve que darme prisa para guardar el material y refugiarme en la casa. La tormenta arreciaba, así que tendría que conformarme filmándolos en interiores. Lo del libro no podía ser una buena noticia. Y, sin embargo, ese llamado abría una esperanza de dar con Charles. ¿Podía pedirle ayuda al hombre que había arruinado mi vida? Las opiniones que me habían llegado de él estaban lejos de ser unánimes. Muchos periódicos querían entrevistarlo y lo presentaban como un héroe: el tipo común que había puesto contra las cuerdas a la redacción más prestigiosa de Francia. Pero otros colegas no dudaban en tacharlo de arribista. Lo describían como un reportero mediocre, obsesionado con el dinero y cuyo único billete ganador había sido la oportunidad de hacerse un nombre a expensas de mi marido.

33

Esa misma noche recibí su correo. Le propuse un día y un horario, y me dio cita en Le Zimmer, una *brasserie* de fines del siglo XIX situada junto al teatro del Châtelet. Unos días después salí de casa con un mal presentimiento. Él me estaba esperando en una mesa ubicada contra una ventana que había visto pasar a una clientela selecta de escritores y artistas. Los techos del lugar tenían pinturas con árboles y las lámparas colgantes de pantallas plisadas desprendían una luz tenue. Las molduras con apliques dorados y los sillones de terciopelo burdeos invitaban a un viaje a la Belle Époque. En la calle, el ambiente estaba cargado. La lluvia caía desde la mañana y no daba señales de amainar. Se escurría por los toldos e impregnaba la ropa de los que entraban sacudiéndose los abrigos.

Marc tenía casi la misma edad que Charles. Era un hombre moreno, de estatura media y pelo castaño. Me aguardaba con un cuaderno sobre la mesa.

—¿Por dónde quieres empezar? —preguntó cuando estuvimos sentados.

Quería que me hablara del artículo que escribieron a cuatro manos. Él me miró a los ojos y se acomodó en la silla.

—Íbamos a hacer un reportaje sobre migrantes en la frontera mexicana. Yo estaba siguiendo a un grupo de guatemaltecos, pero

ninguno quería hablarme. Hasta que di con Alma. La acompañé durante días y, al final, cedió. Me habló sobre su familia y su vida en Cobán, una ciudad roída por el narcotráfico. Tenía una historia difícil. Me iba contando las cosas por fragmentos.

Después de tres semanas con ella no podía decir que la conociera. Un día llegaron a un aparcamiento en Reynosa, en la frontera con Texas. Era de madrugada y un camión de maíz los llevó hasta las afueras de Monterrey y los dejó en un terreno baldío. Lo primero que vieron fueron los faros de la Policía. Los trasladaban a un albergue improvisado en la frontera. Marc los siguió por sus propios medios. Charles ya estaba en Nuevo México, un pueblito fronterizo con el desierto de Chihuahua, cerca del valle de la Mesilla. Planeaba escribir sobre una milicia estadounidense que patrullaba la zona de noche para impedir que los migrantes cruzaran. Eran unos patriotas rudos que votaban a Trump y se veían como la última línea de defensa contra los coyotes. El principal entrevistado era Harper, un tipo que había perdido su empleo hacía varios años.

Matthias Baron los había presionado con el plazo de entrega. Charles le envió, ya desde Nuevo México, un borrador de su texto. Ni siquiera llamó a Marc para discutir sobre la estructura. Lo tenía todo resuelto, hasta el título. Marc acababa de llegar a París y él ya había terminado su parte. ¡Estando todavía en el terreno! ¿Cómo podía escribir tan rápido? Lanzarse a ese tipo de investigaciones era como salir de caza, me dijo Marc. Mientras estás en el lugar, intentas conseguirlo todo, hasta lo más irrelevante puede terminar siendo decisivo a la hora de escribir.

—Al día siguiente, me senté en mi escritorio y me puse a desenredar y a organizar mis notas. Voy eliminando capas hasta que

aparece lo que de verdad tiene valor. Es el momento en el que me siento como un imbécil porque me doy cuenta de las preguntas que no hice. Pero eso no era un problema para Charles.

Marc empezó a leer lo que mi marido le había mandado, pero todo le sonaba falso. ¿Qué hacían esos tipos perdiendo el tiempo en la frontera? Charles lo presionaba para que le enviara su texto. Y, cuando lo hizo, le respondió muy rápido: no le había gustado. Al menos, tenían eso en común.

—Charles leyó mi texto y me dio consejos. Tenía que volver mi historia más impactante. Me planteó incluso cambiar la cronología: un viaje que tomaba días desde Chiapas duraba ahora solo unas horas. Era una aberración.

En sus comentarios, hablaba de «indicaciones de guion». Pero lo más escandaloso fue el párrafo que había agregado al final. Justo antes del último envío, mi marido le dio a leer una nueva versión con un vuelco increíble. Contaba que los milicianos habían aceptado llevarlo al desierto. En medio de la noche, había visto cómo los hombres le disparaban a algo que se movía en la oscuridad. Marc conocía las líneas finales de memoria: «Harper está acostado, su pistola apunta al desierto. No tiene un objetivo claro. En algún momento, aprieta el gatillo».

—Era absurdo. ¿Cómo me decía, después de tantas idas y vueltas, que había visto a los tipos disparando? ¿Por qué no intentó impedirlo? ¿Por qué no alertó a la Policía?

Marc retomó el aliento.

—Fue un jueves cuando nos enviaron la versión final, con la maqueta ya terminada.

Al ver las fotos se enteró de que Charles había retratado a Harper. Era un hombre de ojos almendrados y cabello castaño, con barba y tatuajes en los brazos. Marc tuvo la impresión de que ya lo había visto, pero no recordaba dónde. Le envió el artículo a Tonio, el fotógrafo que lo acompañó en su viaje, y el hombre le respondió al instante: era uno de los milicianos de *Valle bravo*, un documental sobre el conflicto entre paramilitares y narcos en la frontera. Era lo primero que encontrabas cuando ponías «milicias» y «Nuevo México» en un buscador.

Cuanto más confuso se volvía todo, más empezaba a verlo claro. ¡Era un invento puro! Charles se había inspirado a partir de informaciones en línea que había ilustrado con fotos del film. El problema fue que, al mismo tiempo que descubrió el fraude y entendió cómo lo había montado, los editores dejaron de proponerle artículos. No les gustaba que un colaborador de segunda desacreditara a su reportero estrella. Era Charles quien se sentaba con ellos en la mesa de redacción cada lunes. Además, todo estaba listo para que recibiera un ascenso. Pronto ocuparía el cargo de editor y se convertiría en su jefe. Cuando eso ocurriera, dejaría de viajar y de escribir historias, y pasaría al bando de los que te explican cómo contarlas mejor.

—Entendí que mi carrera estaba terminada. Tenía que probar mis sospechas. Era una cuestión de supervivencia.

Marc pagó de su bolsillo los billetes para viajar a Estados Unidos. Si quería demostrar que la historia era falsa, tenía que encontrar al tipo del documental.

—Cuando finalmente logré dar con él, ¿sabes qué me dijo? Ningún medio francés se había puesto en contacto con él. ¡Jamás había oído

hablar de Charles!

Negó con la cabeza como si todavía le costara creerlo.

—Y cuando le traduje la nota, se partió de risa. Era como si acabara de escuchar el chiste más absurdo de su vida. Me dijo: «¿Quién podría ser tan estúpido como para creer esas idioteces?».

Marc filmó todo y pidió cita con los editores. No podía dar marcha atrás. En unas semanas se había convertido en la única persona que desconfiaba de Charles. Pero ahora tenía pruebas. Si lograba demostrar que sus sospechas eran ciertas, estarían ante un escándalo.

Le pedí que me contara cómo lo veían los otros colegas.

—Traía historias espectaculares. Sus personajes mostraban un mundo simple: blanco o negro, buenos y malos. Daban ganas de creerle.

Marc se quedó mirándome.

—¿Sabés dónde puede estar?

—No. Mi libro solo reconstruye los principales casos sobre los que trabajó. También voy a hablar de sus años de formación. Estoy en contacto con algunos compañeros de la universidad. Tu testimonio sería fundamental.

—¿Podés pasarme el contacto de esos compañeros?

—¿Para que los convenzas de que no me hablen?

—Mientras que no nos menciones ni a mí ni a Emma, no me opongo a que escribas. Necesito ayuda.

—Puedo pasarte sus datos, pero seguro que ya hablaste con ellos. Lamento que tengas que vivir este infierno. Tengo hijos pequeños y no se lo deseo a nadie.

Le di las gracias y me puse de pie. No debía saber que Charles me había dejado sin explicaciones. Al final, no era tan distinto de los innumerables periodistas que orbitaban en torno a mi marido, como si su genio fuera un virus que podían atrapar por solo tenerlo cerca. Pero las circunstancias lo transformaron en el aguafiestas, el que lanzó una alarma que nadie quería oír. Es raro tenerle bronca a alguien que actuó bien. Antes de despedirnos, me regaló su anterior libro —una investigación basada en testimonios de migrantes— con una dedicatoria: «Para Miranda K., que busca la verdad». Había algo de mandato en sus palabras. Tenía que ir hasta el final porque era lo único que sabía hacer.

34

Mi padre se había llevado a Emma durante algunas semanas. Pasarían el final de las vacaciones de verano en Bretaña, bajo la lluvia y abrigados como si fuera pleno invierno. Tal vez no era el año de la peste, pero seguro era el año del agua. Quedamos en que iría a verlos los fines de semana y pasaríamos las dos últimas semanas de agosto juntos, comiendo mejillones con papas fritas, *galettes* y sidra, vestidos a tono con nuestros impermeables amarillos.

Emma retomó la escuela a inicios de septiembre. Poco después, Hélène y André me llamaron para invitarnos a pasar el fin de semana en Rambouillet. Hablé con Pierre para saber si podía venir. Él iba a estar en Lyon con la familia de Loló. Le insistí: si llegaba el sábado por la noche, podríamos grabar el domingo; terminó aceptando. Emma estaba feliz e impaciente. Aunque la semana recién empezaba, me pidió que la dejara armar su valija. Cuando entré a su habitación, vi que había organizado todo por categorías. La primera pila tenía trajes de baño, una visera, un disfraz de ardilla de cuando era más chica y su vestido favorito. Otra tenía libros: un manual sobre el bosque, un cuento sobre un zorro y su amigo ratón, y varios volúmenes de la saga del lobo con calzones. Al lado, arrimados en un montón, había muñequitos Pinypon día de campo, legos y un juego de pícnic con vasitos de flores, servilletas y

cubiertos de madera. Me miraba preocupada: ¿cómo haría para llevarlo todo? Le confirmé que no iba a entrar y se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Podía poner el resto en mi valija?

—A ver, miremos de nuevo la ropa. ¿El traje de baño lo necesitamos?

—Claro. Así si llueve puedo mojarme.

De repente, recordó que le faltaban las botas de lluvia.

—Es cierto que puede llover, amor, pero hace frío y no quiero que te enfermes. Vamos a dejarlo. Y el disfraz de ardilla me encanta, pero ¿te entra?

Emma ensayó pasárselo por los hombros, pero el hueco de la cabeza ya no le entraba ni siquiera por el brazo.

—Se achicó —dijo con picardía.

Aceptó sacar las dos prendas, pero no hubo manera con el vestido de fiesta. Le pregunté si no llevaríamos mejor algunos pantalones y pulóveres.

—¡Me había olvidado!

Quedamos en que agregaría lo que faltaba antes de salir, el sábado a la mañana. Esa noche, ya en la cama, me pidió que le contara la historia de la familia lobo. Su padre siempre le contaba historias. Cuentos fantasiosos con mutaciones y superpoderes. Una historia en particular volvía una y otra vez: Emma descubría que podía transformarse en loba y se iba de casa. Nosotros salíamos a buscarla y, tras una búsqueda desesperada, la encontrábamos y nos instalábamos con ella en la montaña. Me gustaba agazaparme detrás de la puerta entornada de la habitación y escucharlos desgranar esa historia. A veces me tocaba entrar y pedirles que terminaran el cuento. Emma tenía colegio al otro día y era hora de

dormir. Otras, él le revelaba que nosotros también podíamos transformarnos en lobos. Era un don o una maldición que corría por nuestra sangre. Emma debía guardar el secreto. Nadie más que nosotros podía saberlo. Nuestra hija se agitaba y le pedía más detalles: ¿podíamos elegir cuándo cambiar de forma? ¿Íbamos a enseñarle cómo hacerlo? Charles le respondía con absoluta seriedad. Llegado el momento, tendría que definir su identidad y abrazar su destino. Emma se preocupaba: ¿podríamos seguir viéndonos si elegía la vida animal? La idea de tener que renunciar a su parte humana la asustaba, y yo debía calmarla y repetirle que era solo un cuento.

Esa noche, después de meses de haberla dejado caer en ese olvido selectivo que tan bien manejan los chicos, Emma me pidió que retomara la historia. Empecé a contarla, pero muy pronto se enojó: no respetaba los últimos giros.

—No te enojes. Explicame cómo seguía.

—Es que te faltan demasiadas cosas, mami, no vamos a poder así.

—Ayudame. Cuando me equivoque, seguís vos.

—No, mejor yo pienso la historia y vos me leés la mente y la vas contando bien.

—Solo papá lograba hacer eso, mamá no tiene ese poder.

—Sí que lo tenés: lo tenemos los tres. Lo que pasa es que sos la que menos se entrena. Hay que pensar fuerte que estás en mi cabeza o en la de papá.

—A ver, mostrame cómo es. ¿Podés verlo a papá?

—Voy a intentar. —Emma cerró los ojos con fuerza mientras sus puños se hundían en las sábanas de estrellas.

¡Lo había visto! Estaba en un bosque parecido a Rambouillet. Se había convertido en lobo y no podía volver a transformarse en humano.

—Está tratando. Si vamos a lo de Hélène y André este fin de semana, podemos buscarlo.

Le dije que eso íbamos a hacer. Su poder funcionaba, pero no quería que lo usara más por ahora. Le di un beso y dejé la puerta entornada. Su lámpara de champiñón lanzaba una luz rojiza. Charles había hecho germinar en ella el placer de las historias. Le enseñaba la importancia de conocer al dedillo cada variante y los obstáculos que cada nuevo giro narrativo implicaba. La entrenaba para improvisar y sonar creíble. Incluso cuando detectaba alguna fisura en su relato, Emma encontraba una manera de salir bien parada. Charles le señalaba las lagunas, pero también la importancia de guardar zonas de sí misma a las que nadie tuviera acceso. Me parecía oírlos todavía y era como si la frase de Churchill en la conferencia de Teherán tomara cuerpo: «La verdad es un bien tan precioso que debe protegerse con una coraza de mentiras». Y Emma era una excelente alumna. Todo lo que le costaba horrores hacer conmigo —aunque fuera tan simple como sentarse, abrir un cuaderno y hacer sus tareas— lo hacía de buena gana si era él quien se lo proponía. Como acababa de recriminarme: yo no sabía contarle el cuento. Aunque odiara reconocerlo, Emma prefería hacer todo con él. La historia de los lobos era especial porque la habían creado juntos.

35

Esa noche, mi amiga Anne organizó una cena en su casa. Es una conocida comunicadora política y había invitado a periodistas y gente del mundo del cine. La niñera vino a cuidar a Emma y me subí a una bicicleta para ir hasta el 30 rue de la Mare, en el distrito XX. El trayecto es corto y empinado: unos cinco minutos de subida por la rue Grange aux Belles, que deja sin aliento hasta al más deportista, y otros tantos por el boulevard de la Villette. A la altura de Belleville, la calle cambia de nombre y el barrio empieza a mostrar otra cara. De noche, el boulevard se enciende bajo el alumbrado amarillo y la calle vibra con las discusiones de los paseantes. A veces, el Ayuntamiento autoriza la instalación de carpas en las que se vende ropa, juguetes y productos de belleza. Según el día de la semana, esos puestos conviven con comercios de electrodomésticos y garitos de comida rápida de todos los rincones del Magreb.

Iba rápido, pero atenta a los peatones temerarios que, cada tanto, se lanzaban a cruzar la bicisenda sin mirar a ambos lados. Estacioné en una terminal ocupada por jóvenes que tomaban cerveza sobre las bicicletas. El barullo que venía del balcón del primer piso me llegó a la distancia. Marqué el código de la puerta y subí. Apenas franqueé el vestíbulo, vi a mi amiga enfrascada en la confección de una ensalada poco prometedora. Cortaba lechugas escarola, endivias y

gruesos pedazos de brie que planeaba salpicar con nueces, uvas pasas y semillas. Anne es delgada y grácil. Tiene una boca pequeña en forma de corazón, nariz respingada y piernas largas, de tobillos huesudos. Llevaba botas de caña alta, una falda de cuero y un top negro que dejaba ver su ombligo. Su forma de vestir era, a todas luces, demasiado latina para una francesa. Su melena castaña se inclinaba sobre la tabla de picar y apenas levantó la vista para saludarme. Le eché un vistazo a la concurrencia y vi a una de las primeras periodistas que habían cubierto el caso de mi marido. La mujer me conocía desde hacía años y podría haberme protegido con su silencio. Pero había hecho lo contrario: desplegó una estela de sospecha que comprometía mi reputación. Ni siquiera me había llamado para saber cómo estaba.

Dejé el vino sobre la mesa del salón, ya repleta de botellas, y fui a la habitación. La cama estaba cubierta de una pila de abrigos y solté el mío arriba. Me serví un vaso de vino y salí al balcón a saludar a Axel y Thomas, una pareja de amigos que trabaja en Canal+. Axel es un negro altísimo, de sonrisa resplandeciente y trenzas peinadas en una cola de caballo. Es uno de los encargados de elegir las películas que serán financiadas y los cortos que se transformarán en largometrajes. Thomas es un morocho canoso, de unos cincuenta años.

—¡Miranda, acá! —me dijo este último levantando el brazo con pompa, como si fuera la mismísima Lady Di saludando a sus admiradores.

—¡Qué bueno verlos!

—Al fin una cara conocida.

—¡Qué bien se te ve! —respondió Axel mirándome de arriba abajo.

—No me trago tus zalamerías —le advertí agarrándolo fuerte del brazo—. ¡Sos vos el que está cada día más joven!

—Normal: se la pasa de festival en festival. —Su pareja respondía con tono herido, jugueteando con su pañuelo—. Los directores hacen cola para verlo: es el nuevo gurú del séptimo arte.

—Un mecenas magnánimo y de gustos insondables.

Axel se rio con una carcajada sonora. Asimilaba con sabiduría y sin esnobismo la adoración que le profesaban los jóvenes directores en busca de financiación.

—Entre nosotros, nuestra amiga se está juntando con gente cada vez más rara. Mira a ese todo tatuado. —Con un gesto del mentón, Axel me señaló a un hombre ubicado al otro extremo del balcón. Los tatuajes escapaban por las mangas de su abrigo y le decoraban hasta el cuello—. Parece salido de una mara.

—Debe ser su nuevo pretendiente: el profesor de Filosofía de la Sorbona.

—Tiene más pinta de *dealer* que de filósofo —agregó Thomas ajustándose sus vistosos anteojos rectangulares de vidrio esfumado.

—¡Qué exagerados! Es colombiano.

—Ahhh —dijeron los dos al unísono.

Vaya a saber gracias a qué prejuicios europeos un colombiano tatuado se les antojaba verosímil tanto en el rol de académico de la Sorbona como de traficante de droga. De lumpen había pasado a ser exótico.

—Hace rato que no te vemos por las redes. ¿Te cerró las cuentas algún moderador puritano de Arkansas?

—Las cerré yo solita —dije y vi preocupación en sus miradas—. Me cansé de denunciar insultos de haters.

—Están como cabras, chica —dijo Thomas que amaba practicar su español de misterioso acento cubano.

—Hay gente que no puede acostarse tranquila sin inmiscuirse en vidas ajenas.

Asentí y miré el espacio vacío que se abría al frente: un parque escondido entre las moles de cemento de los edificios.

—Y esto pasa en la era de la sororidad —se lamentó Axel.

Les dediqué una sonrisa lánguida.

—Lo que indigna son los asesinatos, las violaciones o los suicidios.

—¿Qué pasó con el «Yo te creo, hermana»? —lanzó Thomas.

—Las engañadas somos un universo aparte, las ovejas negras de la familia de las víctimas.

—Oídos sordos —dijo Axel.

Los dos prendieron cigarrillos.

—Me siento como Charlotte.

Mis amigos levantaron sus cejas desorientadas.

—¿No se acuerdan? ¡La decoradora que le giró una fortuna a un falso Brad Pitt!

Los tres nos reímos recordando la foto que se había viralizado: un montaje tosco con un Brad convaleciente, en bata de hospital, sosteniendo una pancarta de corazón. La mujer estaba en pleno divorcio cuando abrió su primera cuenta de Instagram. Al principio, los estafadores la convencieron de pagar nueve mil euros de derechos de aduana para recibir unos regalos millonarios que nunca llegaron.

—Y después le dijo que tenía un cáncer —agregó, chismoso, Thomas—. Como su divorcio con Angelina lo había dejado arruinado, era normal que le pidiera ayuda.

—Cuando la mujer desconfiaba, él amenazaba con suicidarse —recordó Axel.

—Cada nuevo giro bancario reavivaba el romanticismo.

—Fue surrealista.

Sentí el envalentonamiento del vino en mi estómago vacío. La cincuentenaria —una rubia de tez bronceada y rasgos suaves— pasó por tres tentativas de suicidio. La historia era irresistible, tanto por la credulidad de la víctima como por la suma perdida. Los humoristas no dejaron pasar la oportunidad e hicieron rodar su cabeza en un sinfín de programas. Todos querían reírse y, si era posible, sacar provecho del chiste. Una conocida plataforma de cine en línea aprovechó para publicitar antiguos films de Brad Pitt, acompañados del mensaje: «Acá no hay que pagar extra para pasar una noche con él». Incluso un equipo de fútbol difundió un mensaje en sus redes que decía: «Oye, Charlotte, Brad estará en la cancha esta noche. ¿Nos vemos?». La prensa se ensaña contra las descerebradas dispuestas a hacer giros bancarios internacionales. La pecera de las redes estaba llena de mujeres que, de repente, se descubrían con el coraje de vender su casa, pedir préstamos o endeudarse por algún insolvente enamorado virtual. Los engaños resistían tanto como sus billeteras encabritadas.

—Pero ¿cuántos casos escapan al radar mediático? —les pregunté.

—¡Muchísimos! —afirmó enfático mi amigo que, entretanto, había salido a buscar un bol con frutos secos.

Hasta que un buen día descubren la verdad. Un número desconocido hace vibrar sus teléfonos y la vida les da un vuelco. Al principio desconfían. Los mentirosos suelen preparar bien el terreno: siembran enemigos misteriosos, capaces de surgir en cualquier lugar. Sin embargo, algunas logran rasgar el velo. El rompecabezas se completa y llega la desazón. Algunas se enfurecen y se transforman en vestales sedientas de justicia, reclaman venganza y sueñan con castigos ejemplares. Otras se desmoralizan y sienten que el mundo se les viene abajo. La mayor parte busca convencerse de que las otras la pasaron peor. Contra toda evidencia, persisten en la creencia de que el manipulador les dio un trato especial; que a ellas sí las quería. El último caso es el más extremo y, por suerte, el más raro. Son las que no logran desprenderse del amor. Las que conservan sensaciones tan vívidas que les basta con darle cabida a un solo recuerdo para volver al estado de negación previo.

Mis amigos me miraban preocupados. ¿No me hacía mal pensar en eso? Valoré decirles que el bochorno se volvía menos intolerable cuando era compartido, pero nuestra amiga se asomó triunfante anunciando que la cena estaba servida. Se oyeron aplausos y todos enfilaron hacia dentro. Alguien cerró la puerta corrediza del balcón para que no entrara el frío, y el vidrio quedó empañado. Permanecí un rato ahí, observando el hueco que se abría justo enfrente del edificio. Era un parque estilo inglés y de día debía verse bonito. Pero, a esa hora, el sitio era un hoyo negro.

36

Adentro hacía calor y el ambiente era animado. Anne hizo espacio entre las botellas y dispuso tartas, pizzas cortadas en triángulos y la ensalada.

—Miranda, ¡qué sorpresa! —oí que decían a mi espalda, y supe que apenas me diera vuelta tendría que ver la sonrisa compasiva de la periodista que, un rato antes en el balcón, hacía contorsiones de cuello para evitar cruzar mi mirada—. ¿Cómo estás? Hace meses que quiero escribirte.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué te retuvo?

La mujer abrió grandes los ojos fingiendo que no me había entendido.

—Nunca estuve más aislada. Varios colegas tuyos me mencionaron en sus artículos, aunque no tenían intención de hablar conmigo. Vos deberías saberlo mejor que nadie: fuiste la primera en publicar mi nombre. Después de tu cobertura, muchos otros se animaron a sugerir que «alguien cercano» debía saber dónde estaba.

—Lo siento, Miranda. No inventé nada.

—Pero intuiste que tendrías más lectores si me mencionabas: «La directora de documentales casada con el falsificador». Lindo tema para una novela.

—No pensé que fuese a afectarte así.

—Ah, ¿no? ¿Sabés que tuve que cerrar mis redes y que dedico un rato cada mañana a bloquear correos de gente que sospecha que soy su cómplice?

—No…

—Me acusan de haber malgastado la plata de los premios, de ser ingenua o idiota.

Le solté todo lo que tenía guardado: su nota no me parecía muy distinta de las de Charles. La mujer se puso pálida. Balbuceó algo incomprensible y la vi perderse en dirección al cuarto de Anne. Tuvo el buen gusto de irse. Con la arpía fuera de la escena, me sentí más ligera. Miré a mi alrededor y me acerqué a mis amigos.

—Te presento a Sébastien, de *France-Presse* —me dijo Axel señalándome a un hombre de ojos afilados, que debía tener unos cincuenta y cinco años, más de un metro noventa y hechuras de oso. Iba con una camisa celeste, pantalón gris de mezclilla y unas Camper negras con franjas turquesas.

Mi amiga trajo unas sillas plegables y nos repartimos como pudimos, entre unos taburetes y el sofá. Alguien me invitó a ocupar el sillón más cómodo. Sébastien resultó ser amable y algo tímido. Me preguntó en qué andaba y me confesó que le había gustado mucho *De aquí en adelante*. Había sido reportero de guerra y dirigía ahora la sección de Sociedad del diario. Dedicaba su tiempo libre a leer —sobre todo historia— y a escribir sobre política internacional. Acababa de publicar un ensayo sobre el papel de la propaganda en las democracias iliberales. Mientras lo escuchaba, pensé que admiraba a Charles por las mismas razones que me generaban un profundo sentimiento de injusticia. Me incomodaba su estilo

pomposo, sus giros de guionista de Hollywood y la forma en la que se apropiaba de las palabras de sus entrevistados sin citarlos. Durante años creí que era un problema mío. Me sospechaba celosa. Ahora puedo decir que, si algo es demasiado bueno para ser real, probablemente no lo sea. Sébastien me habló de los meses que pasó en Irak, y luego en Afganistán y en el Líbano. De repente, lo vi más atractivo. Las copas se vaciaban y se llenaban, y terminamos hablando de nuestros libros preferidos y de las últimas películas que habíamos visto. En algún momento, su pierna rozó la mía debajo de la mesa y él se movió incómodo. Seguimos hablando y pensé que era un periodista honesto. Me hubiera gustado volver a verlo. Tal vez tener una aventura. Aunque solo fuera una revancha simbólica.

Eran más de las dos cuando la gente empezó a despedirse. Apenas un puñado de personas seguía remoloneando en el balcón. Ayudamos a llevar algunas copas usadas hasta la cocina, pero mi amiga nos dijo que no nos preocupáramos. Aprovechamos para despedirnos de ella y casi tropezamos en la penumbra del pasillo que conducía a su habitación. Habíamos bebido bastante y no lográbamos encontrar el interruptor de la luz. Sébastien me pidió que le describiera mi abrigo y lo vi inclinarse sobre la pila deshecha. Sin entender muy bien por qué, yo también hundí las manos entre los tapados hasta dar con las suyas. Él se paralizó. Era difícil adivinar su reacción en la oscuridad. Lo solté y rodeé la cama hasta quedar a unos centímetros de él. Muy bajito, como si temiera que alguien lo oyera, me preguntó qué hacía.

Me dejé llevar por el vértigo de saber que alguien podía entrar en cualquier instante y romper ese paréntesis. Él retrocedió y quedó contra la pared. No me importaba ser insistente. Era alto y

corpulento; le bastaba un gesto para rechazarme. Seguramente solo fuera un hombre casado intentando calcular en qué embrollo iba a meterse. En puntas de pie y con el índice rozando mis labios, le indiqué que se callara. Al menos esa noche, sería para mí la encarnación de un rival de Charles, su némesis honrada. Tras un segundo de duda, se inclinó para besarme y, al fin, aceptó estrecharme entre sus brazos. Incluso me dejó desplazarlo hasta la puerta para impedir con su espalda generosa que alguien entrase. Así nos quedamos un rato, besándonos como adolescentes. En algún momento, le susurré que tenía que irme. Me pareció que sonreía cuando me besó la mano, justo antes de que me esfumara guiada por la luz de la cocina.

Volví a casa borracha. Pedaleaba sin esfuerzo, ayudada por el envión de la bajada. Todavía no estaba lista para salir del infierno. La huida de mi marido era una fractura expuesta. Extrañaba nuestras charlas y su cuerpo cuando se deslizaba entre las sábanas. Pero, al menos, esos besos robados me devolvían la esperanza de hallar una grieta en el túnel.

37

Al día siguiente me desperté con un terrible dolor de cabeza. Emma entró en mi cama en mitad de la noche y ahora dormía hecha una bola del lado de su padre. Eran las siete y las gotas repiqueteaban sobre las tejas. Teníamos todavía un rato hasta que sonara el despertador. Remoloneé un poco e intenté sacar un pie sin hacer ruido, pero Emma se despertó, así que me duché y la acompañé al colegio. Apenas atravesé la puerta de casa, me invadió la angustia. Cada vez me costaba más seguir viviendo ahí. Sabía que si Charles no volvía, deberíamos mudarnos a lo de mi padre, pero, por el momento, con el dinero que me entraba por el subsidio de intermitencia y haciendo esfuerzos, podíamos quedarnos. Nuestro departamento conservaba las huellas de su presencia. Desde la cómoda del salón hasta los floreros, casi todo era fruto de una decisión o de un antojo suyo. La lluvia caía como una tela espesa sobre los vidrios. Verifiqué que ninguna ventana había quedado abierta y comprobé que todo estaba en calma. El guardarropa, que antes abría varias veces al día para acomodar las prendas recién salidas de la secadora o para ordenar la ropa que había quedado desperdigada en el cuarto, se había vuelto una tumba. Me acerqué al ropero y saqué una camisa verde que le había regalado hacía un tiempo. Repetí el gesto que había hecho una infinidad de veces:

elegirle una camisa para que se vistiera al salir de la ducha. Desplegada sobre la cama, parecía un miembro fantasma. ¿Qué excusa me había dado para no usarla? Tal vez el color o su aspecto sedoso. Había un detalle que no lo convencía, pero nunca fue a cambiarla, y la camisa quedó ahí, a la espera de la próxima sesión de limpieza. Las prendas que había elegido no llevarse hablaban de nuestra pareja. Podía hacer la autopsia de nuestro matrimonio contando la historia de la ropa que le había regalado y nunca usó. Siempre había un buen motivo: el talle, la tela, la falta de necesidad.

¿Qué dice de tu pareja el hecho de pasarte una década eligiendo regalos inadaptados, que no generan alegría ni sorpresa? Aun así, mis fracasos no me desalentaban. Seguía entusiasmándome con un libro, una obra de arte o un pulóver. Imaginaba cómo iba a quedarle, comparaba los talles y le pedía a algún vendedor que me hiciera de modelo. Quizá toda esa ropa que una vez por año desaparecía misteriosamente fuera su modo educado de decirme que no lo quería como él hubiera deseado. Distinguía a grandes rasgos el paisaje de su personalidad, pero se me escapaba el trazo fino. No entendía que, en su caso, la perfección surgía de una acumulación de deformidades. El pantalón horrendo que había recuperado de un amigo iba genial con la camisa que había comprado en un mercadillo durante las últimas vacaciones. Charles era excelente creando amalgamas inesperadas. Y, a diferencia de mí, él sí me conocía. Poco importaba que escogiera un par de aros, un libro o un vestido: siempre acertaba. Y no creo que le dedicara muchas más horas que yo al asunto. No se pasaba noches en vela ni me pedía pistas para saber qué quería. Me entendía mejor que yo a él, y ese desfase era la constatación de mi fracaso. No podía evitar pensar que, en algún

momento, esa discrepancia lo conduciría a buscar un amor más adaptado. La idea me torturaba: no debía haber nada más perfecto que ser comprendida por la persona que amás. Por eso yo seguía intentando, me aferraba a las posibilidades que pudiera traer el futuro: tal vez la próxima camisa me volvería digna de su cariño.

En los días que siguieron a su desaparición vacié todos los cajones de ese ropero. Sin embargo, volví a meter la mano en el cajón de la ropa interior. No sabía qué buscaba, pero hurgué entre las medias y los soquetes hasta que toqué algo frío. Era un juego con dos pequeñas llaves doradas. Fui a la cocina y, mientras calentaba el agua, me vino la revelación. Eran las llaves de la valija grande que guardaba en la baulera al volver de sus viajes. Busqué las llaves del sótano y bajé. Me sorprendió ver las viejas bicicletas de Emma, una patineta y algunos muebles polvorientos. Esos objetos cotidianos que se acumulan hasta que estorban y alguien decide apartarlos de la vista. Ese lugar era un limbo. Simbolizaba la posibilidad de que nuestras decisiones tuvieran marcha atrás, de que aún pudiésemos rescatar algo que habíamos enterrado. Si hubiéramos tenido un segundo hijo, por ejemplo, el moisés envuelto en capas y capas de plástico sería fundamental. Pero eso era solo una fantasía. Después de la llegada de Emma, los dos nos convencimos de que ser padres no era nuestro fuerte. Tal vez pudiera haberlo sido para Charles, pero acompañado de una mujer que resistiera mejor sus hormonas.

¿Por qué había guardado la mesa cambiadora y la bañadera rosa? Ese pequeño museo de los primeros años de vida de Emma era más elocuente que varios años de terapia. Como si me negara a aceptar que ese tiempo se había acabado, que no podría redimirme siendo una madre más feliz con un segundo hijo. Las valijas más

voluminosas estaban contra la pared del fondo. Tuve que remover todo para sacar la suya. La subí, abrí el candado y vacié el contenido sobre el piso del salón. Adentro estaban las libretas que había usado en los últimos años. Sus cuadernos llevaban una etiqueta con la fecha y el nombre de la ciudad donde había estado. Los coloqué en orden cronológico. Irían a engordar mi biblioteca de la búsqueda. Los estantes que había inaugurado para poner todo lo que tenía que ver con su desaparición. También encontré un carnet de cuero verde. Era una libreta de contactos, pero la mayor parte de los nombres me resultaban desconocidos. Repasé línea por línea hasta toparme con el nombre de Daniel Vernay, uno de sus mejores amigos de la universidad, y uno de los pocos que no habían respondido a mis correos.

38

Marqué el número y me sorprendió oír la voz de ese hombre al que llevaba años sin ver. Acordamos una cita a las tres en un bar a medio camino de nuestras casas. El lugar estaba en una calle en *cul-de-sac*, enfrente del square Gardette, donde algunos nenes jugaban con sus niñeras africanas o filipinas. Nos sentamos en dos taburetes altos junto a la barra. Daniel tenía mi estatura y era morrudo. Su cuerpo contrastaba con su frente abombada de nene y su pelo peinado hacia un costado.

Me contó que había visto a Charles por última vez en un evento, unos meses antes del escándalo. Acababa de ganar el CNN Journalism Award y todos querían felicitarlo, pero Charles lo distinguió y se quedó toda la noche con él. Repasaron las anécdotas de la universidad y se rieron como locos. Después de eso, se prometieron volver a verse sin tardar. Incluso sugirieron organizar una cena conmigo y su esposa, aunque al final no encontraron el momento.

Se habían conocido a los dieciocho años. Charles acababa de instalarse en París. A los pocos meses se inscribió en un voluntariado para ayudar a personas con alzhéimer. La asociación se llamaba Les Petits Frères des Pauvres, y Charles convenció a su amigo para que se uniera. Fueron juntos al centro de la rue Guillaume Bertrand. Los

cuatro pisos del edificio industrial albergaban distintos tipos de oficinas. Los recibió una mujer con ese corte *à la garçon* que suelen hacerse las funcionarias francesas a partir de los cincuenta —a menudo aderezado con una coloración refulgente— y que para Charles era sinónimo de una decisión estética: la practicidad debía imperar sobre cualquier forma de veleidad. La mujer les explicó que su misión sería acompañar a personas mayores con demencia senil. Atención: no se trataba de suplir al personal médico. Serían «presencias afectivas» en sus vidas solitarias. En concreto, conversarían con ellas, les leerían en voz alta y jugarían juegos de mesa una o dos veces por semana.

Firmaron un contrato simple y un voluntario los guio al lugar a donde irían cada semana. El centro estaba sobre la rue Saint-Maur. El barrio ya había empezado un proceso imbatible de gentrificación que reunía a jóvenes progresistas con buen poder adquisitivo. Comenzaban a proliferar las asociaciones de ayuda a migrantes, mujeres víctimas de violencia, adultos mayores y otros grupos vulnerables. Esos centros convivían con *brasseries* que ofrecían tapas hechas con productos de estación y comida regional. También abrían nuevos cafés de especialidad, panaderías sin gluten y cervecerías artesanales que inundaban las veredas con largas mesas comunitarias. Los antiguos almacenes, ferreterías y tiendas de electrodomésticos iban, de a poco, desapareciendo para darle lugar a floristas, queserías y mercados de productos orgánicos. Con los años, aparecieron bazares que ofrecían objetos de decoración, muebles y utensilios para la casa a precios desmesurados.

Al salir del centro, los dos recorrieron el barrio hasta llegar al square Gardette, donde estábamos conversando ahora. Empezaron a

ir cada jueves. Muy pronto conocieron a madame Morel, una mujer de unos ochenta y cinco años, menuda, de cabello ceniciento y conversación dulce. Había trabajado toda su vida en un banco, pero su salud se había deteriorado mucho en los últimos tiempos. Ya no tenía marido, y su hijo vivía en el sur. Madame Morel se dirigía a los voluntarios como si los conociera de toda la vida. Una de las consecuencias de la demencia senil es que la niebla mental disuelve las particularidades. Por lo general, ella les contaba recuerdos de infancia o de juventud. Charles vivía ese borrón y cuenta nueva como algo mágico.

—No sé explicar qué le pasaba en esas charlas —me confesó Daniel.

Allí Charles podía convertirse en un sobrino o en un nieto querido.

—Una vez, madame Morel corrió a abrazarlo en cuanto lo vio entrar. Yo no entendía qué estaba pasando, pero él la agarró de las manos con mucha delicadeza. Lo confundía con su hijo, un hombre unos diez años mayor que nosotros, que apenas la visitaba.

Ese día Charles interpretó el rol del hijo. Dejó que la mujer le frotara las manos con un gesto amoroso y le siguió la corriente. Cuando salieron, él estaba emocionado. Le había regalado a madame Morel una tarde con su hijo. Por supuesto, había un riesgo de que la confusión se repitiera, pero eso no parecía preocuparlo. Se adaptaría, jugaría el juego. Era una mentira piadosa, una ilusión sanadora.

Me miró con preocupación. Durante la época del voluntariado, me confesó, Charles había sufrido episodios paranoicos. Solía pasear de noche por la ciudad. A veces caminaba hasta el Pont Neuf o el Palais de Tokyo, sin recordar por qué había ido o cómo había llegado. Se

quedaba horas mirando el río. También se había convencido de que algunos turistas desaparecían a pasos del Panteón. Sentía que las personas se volatilizaban en los metros y en el RER. Creía que alguien se las llevaba a la fuerza. Otra vez le contó que estaba seguro de haber hablado durante semanas con madame Morel, hasta que uno de los voluntarios le confirmó que estaba de vacaciones. Charles atribuía esos lapsus al estrés de su nueva vida. Le aseguró que había ido a ver a un psiquiatra. Le había prescrito una medicación y todo estaba bajo control.

—¿Y si nunca dejó de tener alucinaciones? —Su amigo se sentía terrible.

Un tiempo después le dijo que todo iba bien y empezó a estar más concentrado. En esa época comenzó a escribir sus primeras historias. Al inicio del segundo año en la universidad, Charles dejó el voluntariado sin explicaciones. El corte abrupto le resultó raro, pero Daniel prefirió no cuestionarlo. Sentía que había algo doloroso y prefirió no darle novedades de madame Morel ni de los otros ancianos que, al menos durante las primeras semanas, preguntaban por el chico rubio, alto y gentil. Charles se volcó en sus prácticas. Quería publicar y viajar. Yo lo conocí más tarde, pero nunca me habló de esas crisis.

Nos despedimos en la entrada del bar. Abrí mi paraguas y decidí volver a pie. Charles tenía un don para ganarse la confianza de los otros. Imposible llevar la cuenta de las veces que vi a mis amigos seducidos por él. Venían a verme en medio de una reunión y me felicitaban: ¡qué hombre más inteligente!, ¡qué agradable y generoso! Todos se quedaban con la sensación de haberle caído muy bien. Pero más de uno me había comentado su decepción:

nunca les respondía. Vivía rodeado de gente y podía ser encantador, aunque eso no significaba que tuviera intención de volver a verlos. Bajé por el boulevard Richard-Lenoir. Las veredas estaban resbaladizas, pero igual me resultaba agradable caminar. No hacía demasiado frío y tampoco corrían esas ráfagas heladas que solían brotar apenas amainaban las tormentas. La ciudad había entrado en una fase de mutación. Las plantas que bordeaban el boulevard crecían desbocadas y la lluvia les daba un brillo aceitoso. Los brotes empezaban a abrirse paso entre las grietas de las baldosas e invadían los canteros. Mientras prestaba atención para no hundir las botas en un charco, recordé un precepto de Leibniz, algo así como «Solo la razón produce verdades de hecho». En sus *Fragmentos póstumos*, Nietzsche iba más lejos: los hechos no existen, solo hay interpretaciones.

39
Rambouillet

Por fin llegó el fin de semana. Emma estaba impaciente. Hicimos algunas compras y elegimos una variedad de quesos, vino y una pavlova de frambuesas. Pusimos bolsos y vituallas en el baúl del auto y salimos rumbo al bosque. En el camino, Emma quiso saber cuánto tiempo llevaba filmando. Le conté que pronto se cumplirían cinco años. «¡Eso es mucho!», dijo.

—Al principio, iba sola a hablar con Hélène y André. Cuando arrancó la filmación, comencé a ir con todo mi equipo.

—¿Cuándo fue eso?

—Debías tener poco más de un año. En esa época iba una vez por semana. Después empecé a ir menos.

—¿Y por qué ahora vas tanto?

—Porque estamos llegando al final. Hacer una película es como buscar un tesoro. El problema es que no tenés mapa.

—¿Cómo buscás, entonces?

—Yendo una y otra vez, mirando cada porción del terreno. A veces, te podés pasar un día entero cavando y al final te das cuenta de que no era el lugar correcto.

—¡Es muy difícil! ¿Y no podés conseguir pistas?

—De eso se trata. Cuanto más seguido voy, más pistas encuentro.

—¿Y creés que el tesoro va a aparecer pronto?

—No sé, amor. Tal vez nos enteremos recién en el estreno.

—Te voy a ayudar. Vi tierra removida cerca de la hamaca. Te voy a mostrar.

—Ah, ¿sí? Me llevás cuando lleguemos.

Pusimos música y después Emma se dedicó a escuchar su caja de historias.

Cuando empecé a filmarlos, Hélène y André estaban ya jubilados. Salían bastante: iban al teatro y al cine, cenaban con amigos y viajaban. Sobre todo, por el sur: Aviñón, el Luberon y los Alpilles. Pero, hace dos años, la enfermedad de Hélène empeoró y tuvieron que dejar los viajes. Justo cuando empezaban a sentir que al fin podían disfrutar del tiempo libre, su cuerpo dejó de responderle.

Llegamos y André nos dijo que esa noche haríamos una barbacoa en el patio. Seguía haciendo frío, pero Emma estaba encantada con la idea. Habían comprado malvaviscos y podríamos asarlos de postre. Almorzamos juntos en la cocina: pollo al horno con un gratin de verduras. Él nos había preparado el cuarto grande de la planta baja. Pierre podría dormir en la habitación azul del primer piso. Llevamos nuestros bolsos y aprovechamos para descansar un rato. Emma quería saber qué haríamos a la tarde y le propuse dar un paseo.

Cuando salimos, vimos que Hélène había dispuesto un arsenal de materiales de pintura: papeles de colores, pegamento y acuarelas. Cortando las hueveras había creado pequeñas esculturas de flores. Podríamos pasarnos la tarde pintando, pero antes debíamos salir a juntar flores y hojas, además de ramas y piñas para el fuego. Nos había reservado dos canastas. Adentro había tijeras, pinzas y

guantes de jardinería. Nos calzamos las botas de lluvia y nos adentramos en el bosque.

Emma trataba de reconocer las especies según la forma de las hojas y el tronco. Disfrutábamos pronunciando los nombres: robles, hayas, castaños, abetos. Juntamos briznas de luzulas espigadas, muguets de campanitas blancas, anémonas y dientes de león. Admirábamos de lejos los tojos, con sus espinas afiladas y sus flores amarillas. Llenamos las canastas y, cuando volvimos, Hélène se propuso ayudar a Emma a hacer un cuadro-herbario.

Pierre llegaría alrededor de las nueve. Me ofrecí a preparar el cuarto y ayudar a André con la cena. Él abrió un armario y me dio un juego de sábanas y una toalla. La antigua habitación de su hijo seguía teniendo un aire adolescente: cama de una plaza y paredes cubiertas con pósteres de bandas de los años ochenta. Puse las sábanas y las estiré para que no quedara ningún pliegue. Dejé la toalla a los pies de la cama. Mi amigo llegó a tiempo para la cena. Nos abrigamos y salimos a poner la mesa. Emma envolvió berenjenas, batatas y cebollas en papel de aluminio. Parecían rocas lunares, listas para ir a las brasas. André ya había encendido la barbacoa, y Emma le hacía el recuento de los árboles que habíamos reconocido. Abrimos una botella de borgoña y nos sentamos en la terraza. Emma parecía feliz. Ahora sí entendía cuál era mi trabajo: ¡tenía que encontrar un tesoro! André le dijo algo al oído y Pierre los retó: los secretos entre amigos eran mala educación. Hélène dijo que, si Emma tenía pistas, era su obligación ayudarme. Mi hija parecía sorprendida: ¿ella tampoco sabía dónde estaba? André se rio y le dijo que, si lo habían sabido, ya no se acordaban.

Esa noche acosté a Emma y le leí varios cuentos. Justo antes de apagar la luz, me dijo que papá podría ayudarnos a buscar cuando volviera. Le dije que sí y salí dejando la puerta entornada. Hélène y André nos dieron las buenas noches, y Pierre y yo nos encargamos de levantar la mesa y ordenar la cocina. Después, nos sentamos a terminar nuestras copas en el salón. Él se sentó a mi lado y su pierna rozó la mía.

—¿Dónde duermo?

—Arriba. En el cuarto de Bruno.

Apagamos la luz y subimos. Aunque avanzábamos despacio, nuestros pasos hacían rechinar la escalera. Ya en la habitación, Pierre encendió el velador y se asomó a la ventana. A esa hora solo se distinguía la sombra de los árboles. Seguía parada en el umbral, sin saber qué hacer. Mi amigo se dio vuelta y se acercó hacia mí, cerró la puerta a mi espalda. Me besó y sentí sus dedos rozándome el pelo. Sus manos recorrían mi cuerpo debajo de la remera y bajaron hasta desabrocharme el pantalón. Lo dejé hacer y terminamos acostados sobre la cama que había armado unas horas antes. Apagué la lámpara de la mesa de luz y él se quejó, pero le pedí que no la encendiera. Hacía frío, y nos metimos desnudos debajo de las sábanas y las mantas. En la oscuridad, su boca ya no me era desconocida. Empecé a besarlo con urgencia. Su sexo se endurecía en mis manos y yo lo guie entre mis muslos. Con todo su peso encima, no pude evitar compararlo con Charles: era más ágil y brutal. Sus piernas se enroscaban con las mías, pero sus pies no chocaban contra el borde de la cama. Con una mano me sujetaba las muñecas, presionándolas sobre mi cabeza, mientras con la otra

me acariciaba. Sus movimientos me eran ajenos, pero mi cuerpo respondía como si lo conociera.

Cerré los ojos y me pareció percibir un sollozo. Liberé mis manos y puse las suyas contra mis oídos. Quería concentrarme en su respiración, su boca buscando la mía, el temblor de nuestros cuellos contra las almohadas. Sin poder ver ni oír, todo parecía más simple. Solo tenía que acoplarme a su cadera, aunque no me dejara espacio para moverme, ningún margen de acción, como si, más que hacer el amor, quisiera asegurarse de que no podía llegar más adentro. Me aferraba a su espalda. Tal vez pudiera morderle una oreja o susurrarle que me asfixiaba, aunque no fuera cierto. Sentía sus manos apretándome, su lengua en mi boca. Era excitante encontrarme con un cuerpo desconocido, sin un historial de más de una década. Un cuerpo que acababa de descubrirme y buscaba retenerme.

Él musitaba algo contra mi cuello: habíamos esperado mucho. Me deseaba. Eso era y no era exacto. Nos veíamos bastante y nunca habíamos hecho nada para estar juntos. ¿Por qué tenía que ser en esta casa, con mi hija durmiendo —o quizá llorando— en el piso de abajo? ¿Por qué esa necesidad de buscar testigos mudos? Pierre dijo que ya no podía contenerse. Apreté con fuerza los muslos y seguí frotándome contra él. Le puse una mano en la boca, para evitar que hiciera ruido, mientras con la otra lo apretaba contra mí. Toqué su cara en la oscuridad y hundí mi barbilla en su hombro. Sus manos me recorrían y me preguntó qué quería. Me puse en cuatro patas y volví a meterme su sexo adentro. Cerré los ojos y, por un instante, sentí que era Charles el que me acariciaba. Seguí moviéndome hasta notar su descarga. Hasta que su cuerpo macizo y ligero se derrumbó

sobre mí. Nos quedamos un rato abrazados, luego me deslicé hacia un costado. Él encendió la luz y se sentó apoyado contra el cabecero de la cama. Sus dedos recorrían mi espalda.

El documental nos había unido tanto como la desaparición de Charles. Pero ninguno de los dos había pensado qué haríamos después, ni si lo que había empezado a crecer entre nosotros podría sobrevivir más allá del ecosistema delicado de Rambouillet. No era necesario hablar para saber lo que sentíamos: la urgencia de vernos, el desgarro cuando no era posible. La película se había convertido en nuestra coartada para estar juntos. Pero él no era Charles y no iba a mentir mucho tiempo. Me fundí en el colchón y me dejé engullir como si fuera una boca hambrienta. Hasta ahora, me había contentado con las señales equívocas de su admiración. Me tranquilizaba esa relación hecha de silencios que se impregnaban en mis fisuras como gasas. Pierre no me hacía preguntas. No me pedía nada. No tenía que prometerle que no perdonaría a mi marido ni que podría borrar quince años de mi vida. Tal vez, si me había decidido a aceptar su cariño y su ayuda, era porque, en el fondo, sabía que no tenía nada que ofrecerle. Esa falta de expectativas nos protegía del desencanto. Pierre me volvió a atraer contra él y me dejé estar en sus brazos. Todavía podíamos vivir en ese paréntesis. Todavía nada nos obligaba a salir de ahí.

Al cabo de un rato, lo besé y salí de la cama. Busqué mi remera, que había quedado tirada en el suelo, y me puse la bombacha y los pantalones. Tenía la impresión de haber oído a Emma sollozando. Él me miró sorprendido: no había sentido nada. La casa estaba en silencio. Nos despedimos y bajé a nuestro cuarto. Emma dormía del lado derecho, el que solía ocupar su padre. Me cambié y me metí

debajo de las mantas, intentando no hacer ruido. Justo entonces, Emma se dio vuelta y se apretó contra mí.

—¿Dónde estabas? —me reprochó.

Había tenido una pesadilla y había salido a buscarme, pero no me encontró en el salón ni en la cocina. Las luces estaban apagadas y tuvo miedo.

—Pensé que me habías dejado —dijo al borde del llanto.

—Perdón, amor. Subí a ayudar a Pierre. Su cuarto no estaba listo.

—Soñé que estabas con papá. Los dos se habían convertido en lobos y me habían dejado sola, pero yo no sabía cómo hacer para transformarme.

—Fue solo un sueño feo.

Emma apoyó la mejilla contra mi pecho y sentí cómo su respiración iba serenándose. Nos dormimos rápido, con la convicción de que cada una espantaría las pesadillas de la otra.

40

Volvimos a casa el domingo a la tarde. Nadie advirtió el cambio en mi relación con Pierre. Él había venido en el auto de Loló, así que íbamos a hacer el viaje de vuelta separados. Mientras terminábamos de guardar el material, me agarró del brazo e intentó besarme, pero se detuvo al oír los pasos de Hélène detrás de la puerta de su estudio.

Al día siguiente llevé a Emma al colegio. Bordeamos el quai de Jemmapes y saludamos a la directora, que recibía a las familias. De regreso a casa, me topé con un correo. Después de todo ese tiempo, Matthias, el editor del *Journal du soir*, había conseguido el número del padre de Charles. En los quince años que compartimos, vi a su padre solo un puñado de veces. Mi marido nunca le había perdonado los desaires a su nueva esposa ni las restricciones para verse, que se habían intensificado tras el nacimiento de su hijo más joven. Por otro lado, su madre no podía verlo desde la separación, así que no tenía sentido insistirle para que participara en eventos familiares en los que iba a estar Muriel.

Su paso fugaz por nuestra boda fue un motivo de tensión. François se sentó al fondo de la pequeña iglesia de piedra y se fue temprano de la fiesta. Llevaba un traje azul eléctrico muy elegante y me impactó su parecido con Charles. Excepto por el pelo blanco,

tenían las mismas facciones e idéntica sonrisa. Los diez minutos que hablé con él en toda mi vida fueron ese día. Recordaba el insomnio de las noches anteriores: los preparativos atrasados, la vajilla que aún no llegaba, la peluquera que se perdió en el camino. Las ráfagas de mistral sacudían los postigos de la vieja casona y las copas de los plátanos llevándose por el aire los frágiles arreglos florales. Nos sentíamos más bien en *Cumbres borrascosas* que en los bucólicos Alpilles franceses. François nos felicitó por la recepción. Yo estaba preciosa en mi vestido marfil, y las mangas largas en encaje de guipur habían resultado un acierto. Me había pasado días preocupada por el calor que no bajaba de cuarenta grados a la sombra ese mes de julio, pero el viento había arrasado con el bochorno, y las densas flores estampadas en mi pecho me dejaban en una situación térmica óptima.

François vino a conocer a Emma cuando tenía unos meses, aunque Charles insistió en verlo a solas. Yo sabía que, cada tanto, pasaba a visitarlos cuando estaba por París. Charles había mencionado algunos encuentros, pero había evitado a toda costa que lo recibiéramos en casa. Eran contadas las veces en las que nuestra hija preguntaba por su abuelo paterno. Para mi marido, sus desplantes eran imperdonables. Cada vez que le insté a que se reconciliaran, reaccionaba como un pájaro herido. Yo no sabía lo que era tener un padre que había borrado el pasado de un plumazo. Cuando Emma cumplió los cuatro, Charles me rogó que no volviera a mencionarle el tema.

Con ese pasivo a cuestas, tomé coraje y lo llamé.

François me propuso ir a verlo ese fin de semana. Vivía en la región del Cher, en el centro de Francia. Le pedí a mi padre que se

ocupara de Emma y acepté. Salí temprano el sábado siguiente. Él me había dado indicaciones: después de pasar por la estación de Vierzon, atravesaría varios kilómetros con campos de colza hasta distinguir un cartel oxidado que anunciaba la entrada de un camping. Debía estar atenta: era una ruta de doble sentido. En el próximo giro bien cerrado, vería la entrada.

Llegué alrededor de las once y él ya me esperaba fuera. Era alto, con ojos celestes como los de Charles y mirada esquiva. Nos saludamos y avanzamos por un camino bordeado por rosales. La fachada era de piedra clara, con detalles de ladrillo. El techo era de tejas rojas y se adivinaba la buhardilla del primer piso coronada por un pequeño campanario. Las enredaderas cubrían las paredes. Pasamos a la cocina y me ofreció una taza de té. Dijo que lamentaba su silencio, pero Charles le había pedido que no me llamara.

—Nunca me perdonó que rehiciera mi vida.

—Es entendible —le respondí cortante—. Pasó años sin verlo.

François me miró con pena.

—Nunca dejamos de vernos. Nos encontrábamos en algún café cerca de su trabajo o lo acompañaba a buscar a Emma a la salida del colegio y pasábamos la tarde juntos en la plaza o en un museo.

Mis manos temblaban cuando apoyé la taza sobre la mesada.

—Me duele no haber sido un abuelo más presente. Me hubiera gustado tener una relación más cercana, ayudaros, pasar las vacaciones juntos. Pero Charles era intransigente. No quería que nadie supiera que nos seguíamos viendo.

—¿Y su hijo más joven? —pregunté y vi cómo se tensaba.

—No tuve más hijos. Aurore sí tiene dos chicas de un matrimonio anterior: Emmanuelle y Charlotte, la mayor debe tener tu edad.

Sentí ganas de vomitar. Le pedí que me dejara pasar al baño. Cerré el pestillo y me quedé un rato sentada en el borde de la bañadera. ¿Por qué Charles había inventado esa separación dramática? Me mojé la cara con agua fría, me miré en el espejo y salí.

—¿Qué pie calzas? —me preguntó François al salir y me acercó un par de botas de caucho—. Caminemos un poco.

Me puse las botas y lo seguí. Atravesamos un puente de madera y avanzamos por un camino arbolado. El suelo estaba embarrado, pero la vegetación relucía. Él me mostraba los especímenes más longevos. Después de unos quince minutos llegamos a un estanque. Al fondo, una familia de cisnes se desplazaba muy lento. Un sauce de ramas cargadas crecía en el islote en medio del agua. François tenía las manos en los bolsillos y la vista clavada en el pasto.

—Charles vino a verme en febrero, justo antes del escándalo. Me avisó que debía irse un tiempo. No quería que nadie lo buscara. Dijo que tenías mi teléfono; que me contactarías si era necesario.

—Acabo de conseguir su número…

El hombre se sacó un pañuelo de tela del bolsillo y se sonó la nariz.

—¿Cómo puedo ayudaros? Hace algunos años le doné a Charles el dinero de la venta de la casa de mis padres. Se trataba de una suma considerable, pero era absurdo hacerlo esperar. Vosotros lo necesitabais más que yo.

Mi marido jamás había mencionado esa donación. Cuando me preocupaba por las obras de arte o los muebles de diseño que compraba, me respondía que los adquiría en subastas, a precios ridículos. Le dije la verdad a François: Charles no me había hablado

de ese dinero y, desde que nos dejó, estábamos pasando momentos muy difíciles. Él me puso una mano en el hombro y me aseguró que podía contar con él. No tenía demasiado, pero me haría un giro cuanto antes. Mirarlo era como ver una imagen del futuro. Nos quedamos callados unos segundos, hasta que yo misma rompí el silencio.

—¿Hubo una primera mentira? ¿Un punto de partida?

—Creo que no conozco a mi hijo. Fue un niño feliz, pero las cosas cambiaron con la muerte de su hermana y la separación. Si yo hubiera seguido con su madre, tal vez no habría sufrido tanto.

Empezaron a caer algunas gotas. Desanduvimos el camino en silencio. Las copas de los árboles nos protegían. ¿Qué falta imperdonable había cometido ese hombre para que su hijo lo extirpara de nuestras vidas? ¿Qué personalidad era capaz de privar a su hija de un abuelo cariñoso? Cuando llegamos a la casa, volví a ponerme las zapatillas.

—¿Quieres quedarte a almorzar? Aurore salió a hacer las compras. No va a tardar mucho.

Le agradecí, pero prefería volver. Antes de irme, le pregunté si sabía algo de Rodolphe Quinet, el mejor amigo de Charles de la época del colegio. François se acordaba bien de él. Me dijo que, si no se equivocaba, seguía viviendo no muy lejos de la zona, en la finca familiar de sus abuelos. Abrió un inmenso paraguas con mango de madera y me acompañó hasta el auto. Ya estaba dentro cuando se inclinó para decirme que me llamaría pronto. Si estaba de acuerdo, quería ir a visitar a Emma.

41

El lunes siguiente le pasé la información sobre Rodolphe Quinet a Pierre. Mi amigo me prometió que hablaría con un periodista que conocía bien la zona.

Estaba a punto de salir a buscar a Emma cuando sonó el timbre. Me asomé por la ventana y vi a un mensajero con el uniforme amarillo y rojo de DHL. El hombre me entregó un paquete a nombre de Charles lleno de etiquetas que advertían que se trataba de un objeto delicado. Firmé el comprobante y lo dejé en el suelo. Salí apurada a la escuela. En el camino de vuelta, paramos a hacer compras para la cena. Le prometí a mi hija que le haría pastas al limón, una de las pocas recetas de su padre que me salía bien. Cuando volvimos, casi nos chocamos con el bulto, que seguía a un costado de la entrada. Tomé unas tijeras y fuimos retirando las capas. Emma me pidió que sacara con cuidado el papel de burbujas para poder aplastarlo después. Aparté el plástico transparente que envolvía un marco. Se trataba de la reproducción de una fotografía que habíamos visto en Gagosian, durante nuestro primer viaje juntos a Nueva York.

Habíamos dejado a Emma con mis padres para irnos tres semanas. Estábamos excitados como solo pueden estarlo las parejas con hijos pequeños que llevan años soñando con escaparse de casa

y de sus obligaciones. Apenas nos sentamos en el avión, suspiramos aliviados: por fin íbamos a disfrutar sin preocuparnos por nada más que por nosotros mismos. Pedimos champagne y nos dedicamos a ver esas películas que nos habría avergonzado admitir que queríamos ver en el cine.

Cuando llegamos al hotel en West Village, decidimos que, antes que nada, necesitábamos descansar. Teníamos montones de planes. Habíamos elaborado listas detalladas de todos los lugares que deseábamos visitar y marcado en un mapa los principales puntos del itinerario que recorreríamos en auto las dos semanas siguientes, pero no habíamos hecho ninguna reserva. Queríamos sentirnos libres, improvisar y dejar que el azar obrara su encanto. El cansancio acumulado nos ayudó a convencernos de que las vacaciones no empezarían de verdad hasta que hubiéramos hecho el amor y dormido una noche completa, sin interrupciones. Habíamos previsto pasar una semana en la ciudad, visitar museos, recorrer todos los barrios, caminar por Central Park y Brooklyn, comer en Chinatown y Little Italy.

En realidad, nos quedamos doce días encerrados en la habitación. Los tres primeros los pasamos metidos en la cama, haciendo el amor, viendo programas de telerrealidad, series policiales y pidiendo servicio al cuarto. Cada tanto, Charles bajaba a buscar vino, cerveza, comida chatarra y onigiris —unos triángulos de arroz rellenos de atún con mayonesa y envueltos en alga nori— de calidad más que discutible que compraba en el Trader Joe's de la esquina. En un brote de energía, y tras cinco días de estricto aislamiento, nos vestimos con nuestras mejores galas y subimos a cenar al restaurante de la terraza. No pasamos del aperitivo. Tomamos un

par de cócteles, compartimos unas tapas y, al cabo de una hora, concluimos que no existía ningún lugar mejor que nuestra cama *king size*. Recién llegando al final de la segunda semana nos persuadimos de que había llegado el momento de salir. Más aún: nos dijimos que podríamos intentar cruzar el umbral del hotel o aventurarnos a visitar algún barrio cercano —a esas alturas nos parecía una verdadera locura—.

Sin que yo entendiera muy bien por qué, Charles insistió en que fuéramos a una reconocida galería de arte en Chelsea. Todo el mundo hablaba de «La catedral de los pinos», la nueva exposición de Gregory Crewdson. Todavía recuerdo la melancolía de sus obras, los colores fríos y apagados: claros de bosque, calles desiertas, siluetas bajo la lluvia. También había interiores de casas rústicas pobladas por uno o dos personajes en poses ensimismadas.

La fotografía que acababa de recibir era una de las que más nos habían impresionado. Mostraba un bosque de árboles rectilíneos y grises. En el centro, una camioneta pick-up color púrpura, estacionada al final de un sendero cubierto de ramas secas. Sentada sobre el borde de la compuerta trasera, una mujer rubia semidesnuda, de ojos oscuros y pechos que dejaban ver las marcas de su bronceado, se cubría el sexo con una camisa. A su lado yacía un hombre desnudo, recostado sobre una manta gris. Tenía las rodillas hacia un costado y el rostro oculto entre los brazos. La fotografía era desoladora. No podías dejar de preguntarte: ¿qué ha llevado a esa mujer hasta ahí? ¿Por qué está tan triste? Charles estuvo un largo rato observándola y me dijo que, un día, la tendríamos en nuestro salón.

Misteriosamente, aquella excursión nos devolvió la energía. Emergimos como crisálidas del capullo que habíamos construido en la habitación del hotel de West Village y fuimos, por fin, a buscar el auto de alquiler. Charles estaba entusiasmado: nos dieron, por el mismo precio, un vehículo de una categoría muy superior a la contratada. Durante la última semana del viaje subimos montañas y recorrimos parques naturales, nos bañamos en lagos y caminamos durante horas, hablando y riéndonos. Nos sorprendía aquella vitalidad recuperada. Nuestros cuerpos parecían haber rejuvenecido y el mundo exterior volvía a brillar como una promesa. Condujimos cientos de millas, escuchamos nuestras canciones preferidas —entonando los estribillos a los gritos por las ventanillas abiertas del Jeep—, nos besamos en la calle y nos detuvimos una y otra vez al borde del camino para admirar paisajes que hoy ya no recuerdo. Hicimos planes para el futuro y fantaseamos con vidas nómadas. Pero finalmente volvimos. Retomamos nuestras rutinas y, poco a poco, nos olvidamos de aquellos proyectos y de la soledad compartida que tanto nos había impresionado en la fotografía que habíamos visto una tarde en Chelsea.

42

—¿Vais a estar en casa esta tarde? Andaré por el barrio. —Mi amiga Anne me propuso acercarse a vernos.

Recuerdo ahora una charla que tuvimos a principios de año, justo antes del inicio de mi pesadilla. Mi amiga lleva siglos enamorada de un hombre poderoso que no para de inventar excusas para que la relación quede detenida, sin avances ni retrocesos. Ella sabe que su amante está casado y tiene familia, pero nunca hablan de eso. A ratos, parece convencida de que su matrimonio está terminado y de que es solo cuestión de tiempo que él tome la decisión de separarse. Otras veces, el tema de su doble vida le resulta indiferente. Él se la pasa viajando y ella tiene un trabajo exigente. A pesar de los años que llevan juntos, la química y la complicidad entre los dos son altísimas. Ella disfruta de su libertad y reivindica su derecho a hacer lo que le dé la gana.

Me bastó con llegar al café para reconocer que atravesaba una fase de odio. Su relación estaba hecha de ciclos, y a las fases de bienestar y optimismo, seguían crisis profundas. Con el paso de las semanas, la bronca de mi amiga se transformaba en dolor y los dos se alejaban un tiempo. Ella salía exhausta de esos periodos. Como fuera, en algún momento los dos volvían a verse y solo con eso el ciclo recomenzaba. Me entristecía verla sufrir, pero la conozco y sé

que es inmune a los consejos, incapaz de hacer entrar la razón en una cuestión que para ella es puro sentimiento. Esa tarde me contó que acababa de dejar a su psicólogo. Llevaba meses sintiendo que no la ayudaba. Anne me hizo un comentario sobre la relación entre el hombre que amaba y su esposa. Dijo que no era posible que alguien se autoengañara hasta ese punto. Por decir algo, le respondí que nadie sabía a ciencia cierta lo que pasaba en el interior de los matrimonios.

Ella achinó los ojos y me miró con cara de gata recelosa.

—Por lo general —me dijo como si me estuviera lanzando un reto de verdad o consecuencia—, la gente se casa porque no tiene coraje para vivir un amor más intenso.

Esa vez no tenía ganas de callarme:

—O lo contrario —le retruqué—. Te casás justamente para no tener que vivir un amor así.

—No puede parar de mentir —repitió sin darse por aludida—. Tiene que cambiar de vida.

Sus frases sonaban a disco rayado. Me daba la impresión de haberlas escuchado antes. Las palabras eran suyas, pero no del todo. De repente, me vino la iluminación: ¡era una réplica de *Otra mujer*, de Woody Allen! En la película, un defecto en el sistema de ventilación lleva a una prestigiosa profesora de Filosofía a escuchar un diálogo entre un psicólogo y su paciente. Desde el departamento contiguo, la voz de una mujer joven le llega como un eco de su propio pasado. Las dos habían renunciado a una gran historia de amor. La sola idea de vivir una pasión así las paralizaba. «Ella no puede parar de mentir», le explicaba, en un sueño, la profesora al

psicólogo de la joven. «Ella no quiere dejar de mentir», le respondía él.

A medida que reconstruía esa charla, una idea iba cobrando forma. Hay que salir rápido de la mentira. Porque incluso las actitudes más chocantes se aligeran a fuerza de repetirlas. Y, al cabo de un tiempo, te das cuenta de que podés instalarte ahí y construir un simulacro de hogar. Puede ser incluso agradable. Parafraseando a san Juan de la Cruz, adentrarse en la espesura tiene su precio.

43

—¿Dónde está mi sobrina preferida?

Emma saltó del sillón y se le colgó al cuello. Mi amiga dejó sus tacones en la entrada y desenfundó, solemne, un budín de limón. Mi hija estaba radiante. Las dos se adoran, y Anne no ve ningún inconveniente en tirarse cuerpo a tierra para armar legos o pasarse horas jugando a las comiditas. Cuando aplaudo su energía, me dice que no sabe si habría sido buena madre, pero segurísimo es una excelente tía. A eso de las seis, dejamos a Emma chapoteando en la bañadera y abrimos un chablis. Anne me ayudó a prepararle la cena y le leyó cuentos en la cama mientras yo despejaba la mesada y hurgaba en la heladera buscando quesos y tomates cereza para terminar el vino.

Mi amiga salió victoriosa de la habitación. Llevamos las copas y el aperitivo hasta la mesa ratona. Nos sentamos sobre la alfombra y, al fin, me preguntó cómo estaba.

—No dejo de preguntarme cuándo va a volver. Pero, a estas alturas, no sé qué haría si aparece. Hace nueve meses que nos dejó.

—Volverá. No me extrañaría que consiguiera trabajo como presentador del tiempo en la emisión de la noche. Sería ideal: te convencería, incluso bajo la tormenta, de que el sol brilla en tu corazón —dijo mi amiga y las dos nos reímos.

—¿Cómo no vi lo que estaba pasando? Me repaso nuestra vida juntos, pero sigo sin entender por qué se fue.

Le conté que últimamente había leído bastante sobre impostores y mitómanos.

—Todos admiran a quienes se salen con la suya —me dijo Anne.

—El éxito es el opio de nuestra época. Y los que triunfan con imposturas, sin deslomarse trabajando y sin necesidad de remangarse son todavía más cautivadores.

—De acuerdo —concedió mi amiga—. La falta de honestidad explota los picos de *rating*, pero eso no va a ayudarte a encontrar a Charles. Los otros pueden hablar de ambición, pero tú sabes que eso no es todo.

—Hay una indiferencia por lo real en él. Estuve leyendo sobre los *bullshiteurs* o fabricantes de patrañas. Personas capaces de meter la mano en el pote de mermelada y de jurarte, mientras te sonríen con la boca embadurnada de frutilla, que no se la han comido.

—La política está llena de gente así.

—Y es imposible hacerlos entrar en razón: jamás aceptarían que están haciendo algo mal.

—Se consideran por encima de la norma, y no ven por qué deberían plegarse a ella.

Mi amiga me explicó que el francés tiene el verbo *bonir*, que significa «contar historias», y de él deriva *bonimenter*: engañar, seducir, embaucar con palabras elogiosas y falsas. El problema es que esos verbos sirven también para describir la elocuencia.

—De chica, mi papá me decía que era buena con los cuentos chinos. Yo no conocía la expresión, pero me gustaba. Me hacía

pensar en lo desconocido y lo descomunal. ¿Sabías que los adultos mentimos, en promedio, unas diez veces por día?

—¿Las mentiras piadosas cuentan? —me preguntó con cara de preocupación.

—Claro.

—No es justo. Las reglas de cortesía exigen omisiones.

—También leí que, antes de los cuatro, los niños no distinguen entre el mundo de la fantasía y el de la realidad. Recién a partir de los cinco, empiezan a entender las consecuencias negativas de mentir. Pero antes, fabular es sinónimo de no conformarse con la estrechez de lo cotidiano.

—Me gusta tu teoría: la mentira como una época de libertad.

—Pero esa época no puede durar. Me duele pensar que Emma heredó de Charles el gusto de deformar la realidad.

Le compartí una historia que me había contado mi hija la semana pasada. Estábamos terminando la cena y yo insistía para que comiera sus verduras. Emma se balanceaba en la butaca alta de la cocina y me sonreía con el tenedor vacío en la mano. Tenía el pelo alborotado y una expresión fiera que parecía advertirme que bastaba un segundo de distracción para que las puntas afiladas se le incrustaran en un ojo. Como de costumbre, hablaba sin parar. Yo controlaba su balanceo, midiendo el peligro mientras la escuchaba. Esa tarde, por ejemplo, había estado jugando a los bomberos durante el recreo cuando un elefante apareció en el patio. Habían logrado hacerlo salir de la escuela a fuerza de manguerazos. «A los elefantes no les gusta el agua», me dijo muy seria.

—Su niñera me había alcanzado una bolsa de plástico llena de ropa mojada. Al parecer, se las habían ingeniado para abrir una

manguera y empaparse durante el recreo. La fábula del elefante respondía a mi pregunta de por qué había vuelto a casa con las prendas de recambio y la dejaba bastante bien parada.

—Era la salvadora: había domado a la bestia y defendido a sus amigos. Amo a mi sobrina —dijo mi amiga.

—Mi pequeña mitómana.

Me aterraba pensar en su adolescencia. Faltaban solo unos años para que mi hija me reclamara un teléfono. Me costaba imaginarme vigilando sus redes sociales y fiscalizando su consumo de excentricidades. ¿Cómo le pediría a mi preadolescente que renunciara a la quimera de la selfi perfecta? Sería difícil convencerla de que su autoestima no debía depender de likes. ¿Cómo iba a mirarla a los ojos para incautar el instrumento del mal sabiendo que yo había hecho lo mismo? Cuántas veces, antes de cerrar mis redes, me había dedicado a fisgonear la vida privada de Britney Spears, el ídolo pop de mi adolescencia que ahora pasaba sus días contorneándose en tanga, portaligas y *baby doll*, para el deleite de millones de ojos virtuales. ¿Cómo explicarle que esa mujer, que ahora bailaba sola, había sido una estrella? ¿Qué buscaba Britney cuando se meneaba provocadora, mordiéndose el labio inferior frente a los espejos refulgentes del baño? El éxito prematuro había hecho estragos y ahí estaba ahora: la antigua enferma psiquiátrica perreaba con la devorahombres. A veces fantaseaba con mandarle un mensaje. Quería decirle: «Te entiendo» o «Seguí bailando». Pero mi diosa caída no necesitaba autorizaciones.

Anne terminó su cigarrillo. Me ayudó a ordenar la cocina y se calzó los tacos y el impermeable. Nos despedimos con un abrazo. Muy pronto volvería a visitarnos. Desde la ventana del salón, la vi avanzar

por el pasillo mientras las luces automáticas se encendían a su paso. Me acosté pensando que hoy en día lo que deseamos resulta intrascendente. Lo único que importa es que los otros nos vean conseguirlo. Charles es un hijo de su tiempo. La diferencia entre un mentiroso y un genio reside en el éxito.

44

—¿Cómo se llamaba ese artículo? —le pregunté a Alex Benoît, editor de *Incultes*, mientras sostenía el teléfono entre el cuello y el hombro y abría mi libreta de notas.

Estaba instalada en el escritorio de nuestra habitación. Sobre la mesa se acumulaban carpetas con notas y transcripciones de entrevistas, fotos y mapas de la zona de Rambouillet. Con el paso de los meses, la biblioteca que ocupaba toda una pared se había ido vaciando de los libros y documentos de Charles para dejar sitio a mi investigación. Todo giraba ahora en torno a su búsqueda y a mi documental.

Alex pensó unos segundos y se iluminó: «¡La asesina piadosa!». Era extraño, el título no me decía nada. Charles había trabajado en *Incultes* al inicio de su carrera. Alex había sido uno de los pocos editores que desconfiaron de mi marido. No había sido fácil dar con él. Estaba ahora en el aeropuerto de Orly; participaría del jurado de un prestigioso premio en Londres. Charles lo contactó apenas terminó la carrera. Quería escribir sobre una prisión de mujeres en Colombia que había puesto en marcha un tratamiento especial para internas con demencia. Alex le dijo que el tema era bueno, pero un periodista extranjero jamás podría entrar.

—Cuatro meses más tarde —me dijo—, me mandó el artículo terminado. Había ido a Colombia financiado por *Le Journal du soir* y logró entrar a la prisión y hablar con las detenidas. Ahora me alegro de haber sido desconfiado.

Ese reportaje fue el primero que le premiaron. En la ceremonia, Charles se jactaba de haber entrado después de semanas de negativas. ¿Había notado algo más durante su breve paso por *Incultes*? Alex reflexionó. Algunas de las notas que más lo habían impresionado trataban de personas con problemas psiquiátricos. Recordaba un artículo sobre una aldea suiza para personas con demencia y otro sobre un pueblo en Ecuador, donde un buen número de lugareños sufría alzhéimer precoz. Algunos se hacían contratar como conejillos de Indias en investigaciones que buscaban revertir la enfermedad.

De fondo, sonaba la voz metálica de los anuncios de embarque. No mencioné los ataques paranoicos de su juventud de los que me había hablado su amigo Daniel Vernay, pero la idea me seguía rondando: ¿y si había vuelto a caer en una de esas crisis? Charles siempre fue de una racionalidad quirúrgica. Medía las consecuencias y el alcance de cada una de sus palabras y actos. Me costaba imaginarlo con alucinaciones o extraviado. Alex me dijo que tenía que subir al avión. Apenas cortamos, busqué el artículo sobre la cárcel de mujeres.

El repiqueteo del agua contra las baldosas me llega desde lejos. Aunque es un día de invierno, hace calor en el pasillo que lleva a las duchas. Las paredes están cubiertas de gotas. Cada prisionera espera su turno, con un jabón y una toalla en la mano. Solo las chinelas varían: hay de plástico rosa flúor, blancas con *strass*, negras o con logos de célebres marcas europeas. Olga, la mujer

que me acompaña durante la visita a la cárcel de mujeres El Buen Pastor, me explica que es obligatorio entrar a las duchas con calzado. Hay algo festivo en la espera. Los cuerpos presienten la llegada del agua: uno de los pocos goces que permite la prisión. Cinco minutos de agua caliente. Si alguna se pasa del tiempo, las otras protestan. Cada ducha está cronometrada y ninguna quiere que le quiten lo que le corresponde. Olga me señala el pasillo, pero nosotros seguimos de largo. Como las presas con las condenas más largas están llegando a la edad de jubilación, muchas empezaron a sufrir de problemas de memoria. La cárcel El Buen Pastor abrió camino al imaginar que las detenidas jóvenes podían convertirse en enfermeras de las ancianas.

Gloria piensa cada día en cómo asesinó a su esposo. Viajaban juntos en coche cuando se detuvieron para mirar la rambla. Ella esperó a que él se alejara y le disparó nueve balazos. El hombre cayó desplomado. No lo vio venir. Gloria aún no sabe explicar por qué lo hizo. Llevaba mucho tiempo harta de sus golpes y sus insultos. Aquella noche él la había llevado al límite. Gloria tiene hoy setenta y siete años y, por momentos, se olvida del número de su celda. Tampoco recuerda si tomó sus medicamentos, si acaba de despertarse por la mañana o si se trata de la siesta. Los nombres de algunas de sus compañeras se le borronean. Hace poco la diagnosticaron con alzhéimer. La apena saber que pronto no reconocerá a sus hijas, pero la idea de entrar, de a poco, en un olvido reparador le resulta tranquilizadora.

La prisión de Barrios Unidos, una zona marginal de Bogotá, acoge a asesinas, ladronas, chantajistas, secuestradoras y delincuentes de todo tipo. Desde finales de los años noventa, el número de presas mayores de sesenta años se ha duplicado. Una reclusa que necesita cuidados especiales cuesta cinco veces más que una sana. La mayoría de los centros penitenciarios carecen de una respuesta para tratar a las enfermas.

Entrevisté a Angélica Fuentes, la psicóloga a cargo del programa de prisioneras cuidadoras. Su despacho está en la planta baja, en un área reservada al personal médico y administrativo. Angélica me confirmó los efectos benéficos del nuevo dispositivo: las reclusas están más serenas y requieren menos medicación. Las que hacen de enfermeras sienten que están haciendo algo útil. Me autorizaron a entrevistarme con una de ellas. Olga tiene cuarenta y seis años y lleva el pelo corto, teñido de un rubio que

contrasta con sus raíces oscuras. Es fuerte y se muestra segura de sus movimientos. Su voz transmite confianza. Forma parte del grupo de ocho reclusas que cuidan a sus compañeras. Para diferenciarlas del resto, la administración les entregó unas camisolas amarillas que les valieron el mote de las Chicas de Oro. Olga no podía ver cómo sus compañeras se consumían sin que nadie hiciera nada para ayudarlas. Cuando Gloria termine de pintar su acuarela, la conducirá al comedor, cortará su comida en pequeños bocados y le acercará un vaso con agua con los medicamentos. Las actividades de la tarde varían: pueden dar un paseo, charlar mientras ven las noticias o jugar a las cartas. Cada noche, la acompaña a su celda y se asegura de que Gloria hace sus necesidades en el inodoro y no en la cama.

El momento que me toca compartir con ellas es especial: están yendo a tomar el baño. Hace poco instalaron una ducha amplia, adaptada para las reclusas con problemas motores. Olga ayuda a Gloria a desvestirse y a sentarse en un taburete de plástico, le enjabona el cuerpo y espera a que el agua salga tibia para lavarla. Por lo general, le canta mientras la baña. Eso le quita el miedo. Olga la envuelve en una toalla suave y entona canciones que su madre le cantaba de niña. Las dos valoran esos instantes. Gloria terminará pronto su acuarela. Es una fortaleza o un castillo. Delante del cuadro, dos grupos de mujeres con trajes azules y amarillos se dan la mano.

El texto está marcado con un asterisco rojo y una advertencia: el reportaje contiene pasajes inventados. En este caso, mi marido nunca obtuvo el permiso para ingresar a la cárcel. Sí habló con la responsable del área psicológica, pero cambió su identidad.

45
Rambouillet

Desde la desaparición de Charles, mi relación con Hélène cambió. Nuestro vínculo se volvió más íntimo. Yo le hablo de Emma, le confío mis miedos y la tristeza que me provoca no saber cómo ayudarla. Ella nunca hace preguntas indiscretas; se limita a escucharme con afecto y atención. Está claro que se había encariñado con nosotras. A veces me sugiere maneras de distraerla o de acompañarla, con paciencia y amor, respetando sus silencios.

El invierno empezaba a regresar al bosque cuando sucedió lo que tanto había esperado. Hélène aceptó hablarme del accidente. Bruno tenía seis años. Victoria acababa de cumplir ocho y la familia vivía en Maisons-Alfort, una zona residencial en las afueras de París. Era la misma casa que cuando atravesaron la crisis matrimonial que incluyó a Camille y Paul. Alquilar ese lugar había sido la posibilidad de tener tres cuartos mientras seguían yendo a trabajar al centro. En la época, el barrio era muy tranquilo y los chicos jugaban solos en las veredas. Había algo de pueblo pequeño en esas calles de casas de dos plantas, con una porción de pasto protegido por vallas y quizá petunias, geranios o cualquier otra flor que pusiera una pincelada de color en esos paisajes desangelados.

—Nunca, ni una sola vez, André insinuó que yo había sido responsable. Solo por eso le estoy agradecida.

Hélène se quedó mirando el bosque a través de la ventana de su estudio.

—Era un fin de semana normal. Estábamos en primavera, pero hacía ya bastante calor.

Ella estaba preparando el almuerzo mientras Bruno y Victoria jugaban en su cuarto, en el primer piso. La casa estaba en obras.

—Queríamos construir un invernadero acristalado, una extensión que iba a dar al patio, justo debajo de la ventana de nuestro dormitorio.

Esa mañana habían querido ir a lo de unos amigos, pero ella estaba cansada y les pidió que se quedaran adentro. Los chicos tenían la costumbre de jugar solos.

—Victoria bajó a verme. Habían encontrado un gorrión. Me pidió que los ayudara a liberarlo, pero yo estaba ocupada con la comida y le dije que subiría en un rato.

»No era el primero que se colaba en los últimos meses. Como teníamos las ventanas abiertas por el buen tiempo, los pobres entraban y después no podían salir. Se desesperaban y se chocaban contra los vidrios. Los nenes habían visto cómo André usaba una manta liviana que nos servía de cubrecama. Con cuidado, esperaba a que el gorrión estuviera en el suelo y le soltaba la manta encima como un velo; así lo atrapaba y lo dejaba salir por la ventana.

¿Cuántas veces la madre de Hélène le había reprochado su falta de atención? «Mira qué dibujo ha hecho la niña», la interrumpía si la veía intentando abrir un libro. Venía poco a visitarlos, pero se irritaba si ella aprovechaba cinco minutos para descansar. «Bruno te está hablando», le repetía, como si ella no se pasara el día escuchándolo.

—Mi madre me recriminaba que siempre andaba con la mente en otra cosa. Tal vez tenía razón: mi cuerpo estaba ahí, pero mi cabeza luchaba por irse a otra parte. Justo antes del accidente, me debatía entre la culpa por haber sido yo la que había abierto la puerta a las relaciones extramatrimoniales y la angustia de pensar que André se había enamorado de Camille.

Todavía sentía el recuerdo físico del cansancio de esos años. Nadie la tomaba en serio.

—No sé qué estaba preparando —me dijo como si hablara consigo misma—. La cacerola se estropeó porque la dejé sobre el fuego. Alguien la apagaría. Algún vecino que nos evitó volver del hospital y encontrar la casa quemada. —Hélène limpiaba sus anteojos intentando sacar una mancha invisible.

Todo había pasado muy rápido. Oyó el correteo de los nenes en el piso de arriba, las risas y el grito triunfal de Bruno. Cree haber oído también unos chirridos secos. Tenían la mala costumbre de cambiar de lugar los muebles, así que no se preocupó. Mientras estuvieran dentro de la casa, pensaba, no había ningún peligro importante.

El estruendo se superpuso con el grito de Victoria: un aullido que la hizo comprender sin necesidad de palabras. Ella también gritó, y sus gargantas se sincronizaron. Tuvo que dar toda la vuelta para salir al patio de atrás.

Su hija aullaba desde el piso de arriba:

—¡Mamáá́á! ¡Bruno!

El césped estaba cubierto de vidrios. Corrió y se cortó las manos y las piernas. Su hijo había caído sobre el techo en construcción del invernadero: una placa simple, que había explotado con el impacto. Tenía la cara ensangrentada y fragmentos de cristal incrustados por

todas partes. Hélène le gritó a Victoria que llamara a un vecino, que pidiera una ambulancia urgente. Trasladó al niño en brazos y lo tendió sobre la alfombra del salón. Una pierna tenía un corte del que brotaba mucha sangre. Ella corrió a buscar telas para frenar la hemorragia. Le hablaba desde el baño intentando calmarlo. Él se movía con ligeros espasmos. Debían haber pasado unos minutos cuando un vecino entró con su hija y, al ver a Bruno en el suelo, se abalanzó sobre el teléfono.

Hélène no dijo nada más sobre los momentos que siguieron. No me aclaró quién llamó a André ni cuánto tiempo tardó en llegar. Sí me habló de la culpa exorbitante que sintió. Ya en el hospital, Victoria se apretó contra sus rodillas. No podía dejar de pedirle perdón. Había sido idea suya atrapar al gorrión con la técnica de su papá y su hermano había tenido la idea de mover la cama para alcanzar la ventana. Debería haber sido ella la que se cayera y no él. Sus padres le repetían que no era su culpa.

Recordó el alivio cuando les dijeron que Bruno estaba fuera de peligro. Hasta que el médico les explicó que las esquirlas le habían atravesado las retinas. El daño era irreparable. No habían podido salvarle la vista. En los meses que siguieron, Hélène empezó a llevar un cuaderno de notas. Al principio, eran apuntes factuales: números de los mejores cirujanos y oftalmólogos, listas de la farmacia, horarios de visita de la enfermera. Con el tiempo, ese cuaderno se transformó en un diario que ella continuó durante el resto de su vida.

No podía desprenderse del sentimiento absurdo de tener que lidiar con la administración para declarar el accidente y comenzar a recibir una pensión por discapacidad. Verse obligados a poner el dolor en

pausa para gestionar la burocracia. Decidieron mudarse. El verano de 1975 llegó demasiado rápido y su madre les propuso ir a Normandía. Podían quedarse todo el mes de agosto en la casona de Caroles. Ninguno tenía ánimos, pero era importante alejar a Bruno del lugar del drama. Hélène me leyó de su diario:

> El dolor persiste, pero no trae claridad. Estoy en la cocina y creo oírlo bajar las escaleras. Me extraña que no salte los peldaños de dos en dos. Y, entonces, recuerdo. La culpa arrasa con todo. André es inflexible: tenemos que ayudarlo a valerse por sí mismo. La ceguera transformó su vida, pero no debe hacerla menos feliz. Victimizarlo es lo peor que podemos hacerle. Desearía ser la mitad de fuerte que él.

—André fue formidable. Lo inscribió en clases de equitación, le consiguió un profesor de piano, organizó la mudanza.

Ese verano fue pesado y lluvioso. Hélène aún recordaba la sensación pegajosa en la piel durante los días que su hijo pasó encerrado en la habitación del primer piso, la del empapelado con flores rosas y el lavatorio escondido detrás de un biombo. Me habló de las siestas con las persianas bajas para amortiguar las risas de las familias en la playa y el ruido de las olas al romper en la orilla.

—Yo estaba en shock. Hacía esfuerzos enormes para no caer en una depresión.

Me señaló una de las acuarelas apoyadas contra la pared del estudio. Era una vista del mar desde el balcón de la casa de Caroles. La había pintado inspirándose en una fotografía tomada el año del accidente. En los bordes se veía el marco blanco del ventanal, y afuera, la mesita de bridge donde tomaban el aperitivo y dos sillones

de mimbre con cojines amarillos. El mar, bravo e imponente, inundaba el cuadro.

—Cuando la marea estaba alta, salías al balcón y te sentías en un barco. Parecía que las olas llegaban hasta la ligustrina.

Me quedé pensando en la decisión de alejarse de la ciudad. Los dramas llegan sin pedir permiso y te instalan sin miramientos en el presente.

—La vida tarda demasiado en empezar —dijo Hélène—. Es raro, pero solo después de haber rozado la muerte las cosas se volvieron reales para mí.

La vuelta a París coincidió con la compra del terreno en Rambouillet. Al año siguiente se lanzaron a construir. Como las obras no se terminaban, la familia decidió mudarse a la nueva casa en construcción. Al cabo de cierto tiempo, Hélène volvió a trabajar en un liceo. Bruno comenzó a tomar clases en casa con un profesor particular, y los años hicieron el resto. Hicieron nuevos amigos, se fueron de vacaciones, celebraron cumpleaños, se reconciliaron con el destino. Su hijo quiso hacer el secundario como pupilo en una institución para chicos con discapacidad visual.

—Al principio me costó aceptarlo, pero al final tuvo razón. Bruno terminó el liceo ahí y estudió composición musical. Hoy trabaja como profesor de piano para chicos con capacidades especiales. Estamos muy orgullosos de él.

Cuando Victoria también se instaló en París para estudiar Arquitectura, André y ella volvieron a quedarse solos. Empezaron a salir más, pero no quisieron mudarse de nuevo, se quedaron en Rambouillet. Hélène hizo varias exposiciones de sus acuarelas; incluso vendió algunas. Su última muestra tuvo reseñas elogiosas.

Un crítico de arte publicó un artículo en un diario de gran tirada y la entrevistaron en una radio nacional. Pero, poco a poco, la llama creativa fue amainando.

—¿Escribes el guion de tus documentales? —me preguntó.

—No escribo. O, mejor dicho, lo hago con las palabras de otros.

—Mejor. Escuchar no es lo mismo que escribir. Los escritores son mentirosos profesionales.

Su comentario me sobresaltó. ¿Había sacado el tema para hacerme hablar de Charles?

—A veces la ficción salva.

—¡Ajá! —Explotó en una carcajada—. Al final sí que hablas como una escritora.

—Quiero decir que mucha gente necesita la ficción para vivir. Yo prefiero ver las cosas como son.

Hélène asintió despacio. Se tomó unos instantes para valorar mis palabras.

—Al final —sentenció—, todos acabamos chocándonos de frente con la realidad.

46

Volví a casa reflexionando sobre los embates de la vida que trastocan los cimientos de las parejas. Antes de conocer a Hélène y André, tenía la sensación de que la felicidad conyugal estaba sobrevalorada. En el reino animal, deben existir especies que logren fusionarse sin rivalidades en la lucha por la supervivencia. Recordaba haber leído sobre un tipo de águila calva que se une de por vida. Aunque los cónyuges cazan por separado, comparten el alimento y colaboran en la crianza de los polluelos. ¡Qué lindo debe ser mirar cómo vuelan esas rapaces monógamas! Percibir el ballet de sus cuerpos desplegándose en giros armoniosos. Calcular las posibilidades de que sus cráneos percutan en una pirueta mortal. Pero ¿qué pasa si una de las aves se enferma? ¿Si se le tuerce un ala o se fractura un tarso?

Formábamos parte de ese núcleo exiguo de padres con hijos pequeños que todavía se hablan por las noches, que discuten proyectos e ideas. Adultos que argumentan sobre la posibilidad de una tercera guerra mundial mientras comen un plato de pasta con manteca. Llevábamos bastante tiempo juntos y aún no nos habíamos aburrido el uno del otro. La mayor parte de mis amigas casadas se reían pensando que, si ocurriera una catástrofe nuclear, lo más terrible sería tener que amueblar el silencio sin poder poner

una serie. Alguna, sin hijos, confesó haber recurrido a juegos de mesa para pasar los fines de semana sin planes. Yo intentaba no jactarme de nuestro buen entendimiento, pero estaba claro que formábamos una buena pareja.

Las cosas empezaron a cambiar unos meses después del nacimiento de Emma. Los desacuerdos se intensificaron el año que precedió a su huida. Charles estaba inmerso en su última investigación y necesitaba que pusiera en pausa el rodaje. Su texto tenía que publicarse antes del anuncio del Premio al Mejor Reportaje de Investigación. Era una orden de sus editores. Yo nunca le había pedido nada y suponía que, el día en que llegara mi turno, él iba a aceptar invertir los roles. Era lo que siempre me había dicho: él haría lo mismo por mí. Le pedí que, por una vez, no se presentara al concurso. Su reacción fue feroz. Me acusó de no entender nada: sus notas no se podían aplazar porque sí. Aunque entendía sus argumentos, le repetía que no podía paralizar mi proyecto. Hélène estaba muy enferma. Si algo le pasaba, la película quedaría trunca.

Una noche, tras acostar a Emma, tuvimos una pelea. Yo no quería ceder. Había hecho una lista de todas las veces que lo había ayudado anteponiendo su carrera a la mía. Pero Charles era intransigente. Vi en él una crueldad de la que no lo creía capaz. Estábamos limpiando la cocina cuando le recordé que saldría temprano para Rambouillet al día siguiente. Hélène había puesto el cuarto de invitados a mi disposición para que llevara mis materiales y trabajara tranquila unos días. El recordatorio lo desencajó. La fecha límite de entrega de su artículo se aproximaba, y no había terminado de cerrar el trato con su informante. Estaba a la espera de un mensaje para subirse a un avión e ir a entrevistarlo. No podía

irme. La culpa me carcomía, pero, tal y como estaban las cosas, nunca habría un buen momento. Guardé en la heladera el pote de crema fresca que había quedado sobre la mesa y lo miré con bronca. No podía seguir mendigando su ayuda. Necesitaba que reconociera que era lo justo, lo que correspondía. Por primera vez en mucho tiempo lo increpé:

—Todo tiene que girar siempre a tu alrededor. ¿No te das cuenta de que es egoísta?

Charles estaba ordenando los libros de Emma que habían quedado tirados sobre la alfombra del salón. Desde ahí, levantó los ojos para responderme:

—¿Egoísta? —me preguntó—. No sos una víctima. ¿Ahora necesitás tiempo? ¿Te acabás de despertar a los cuarenta años esperando ser una gran directora?

—No quiero convertirme en nada. Solo te pido que dejes de pensar en tu agenda.

Charles se rio como si acabara de decir algo ridículo. Dejó la pila de libros sobre la mesa ratona y volvió a la cocina.

—No es *mi* agenda. ¡Es la agenda del diario más importante del país!

—No tiene nada que ver.

—Sí que tiene que ver. Yo sé cómo va a seguir lo tuyo. ¿Quién va a producir el documental? ¿Quién va a ir a verlo?

No podía creerlo. Charles siempre había sido entusiasta con mis películas.

—Sos cruel —le dije—. ¿Por qué me menospreciás? Dejé todo para que pudieras viajar, escribir, ganar premios.

—No es mi culpa si tu carrera nunca terminó de despegar.

—Desde que nació Emma soy la única que sacrifica su trabajo. Soy la que se ocupa de la casa, la que te acompaña y te da ideas, la que relee y corrige tus textos antes de cada entrega.

Charles me miraba con odio. No iba a parar hasta que cediera. Aunque para eso tuviera que pisar el pedal a fondo y mostrarme con quién estaba hablando. Se movió despacio hasta el otro lado de la mesada y descargó con todo.

—Si tus películas no funcionan, no es porque te sacrificaste por nosotros. ¡Es porque estás muerta de miedo! Porque te falta coraje y ni siquiera creés en lo que hacés. Nadie más que vos va a responder por tu obra. No entiendo qué me reprochás.

—Quiero que reconozcas la verdad.

—¿Y cuál sería? ¿Que te dio pánico hacer algo honesto? ¿Que preferiste quedarte en la comodidad en vez de arriesgarte e innovar por una vez?

—¿Eso es lo que pensás de mi trabajo?

—Te digo las cosas como son.

No podía controlarme. Me temblaban las manos y casi no me salía la voz. Nos separaba la mesada alta de madera de la cocina, pero me acerqué hasta quedar pegada a él.

—Si pienso tan mal, ¿por qué usás mis ideas? Te la pasás pidiéndome consejos. ¿Por qué no dejás de robarme?

Él me agarró de la muñeca.

—Nadie te robó porque no hay nada que robar. ¿Te escuchás? ¿No te alcanza con vivir de mí? Cuando vuelvas a golpearte la cabeza contra la pared, vas a salir a revolver la ropa sucia. ¡Pero no hay nadie más que vos a quien culpar!

A esa altura, era un milagro que Emma no se hubiera despertado. Su tono crudo me recordó todas las veces que lo había visto dominar una conversación y aplastar a sus interlocutores.

—Si pensás eso, ¿por qué estás conmigo?

Charles me miró con pena.

—Es una buena pregunta —dijo mientras agarraba su abrigo del perchero de la entrada.

Se fue dando un portazo tan fuerte que Emma se largó a llorar. Fui a calmarla con retorcijones en el estómago. Sabía que, cuando Charles volviera, no querría hablar de la pelea. Decía las cosas más hirientes y luego las minimizaba. Tenía la capacidad de lanzar una bomba de humo sobre las situaciones más dolorosas. No es que las olvidara —porque era profundamente rencoroso—; más bien simulaba no recordarlas de la misma manera. Su capacidad de disociación era demencial. Pero cuanto más extremo era su comportamiento, más atada me sentía. El odio y el amor no hacían más que intensificarse, sin que ninguno se impusiera.

47

¿Qué nos había pasado? Compartimos más de diez años en la misma sintonía. Escuchando lo que el otro tenía para decirnos, apoyándonos. Charles solía ausentarse seguido por sus viajes, pero cuando volvía estaba tan presente que el recuerdo de la separación desaparecía. Llegaba del aeropuerto y nos encontraba apelmazadas en el sillón leyendo cuentos, dejaba su valija en la entrada de casa y se lanzaba a abrazarnos. No hablaba de él, sino que nos preguntaba cómo había estado nuestro día. Cuando le pedíamos que nos contara sus aventuras, siempre tenía alguna anécdota que nos hacía desternillarnos de risa. Los fines de semana se despertaba, desayunaba con Emma y se la llevaba a jugar afuera si yo no lograba salir de la cama. Después íbamos a hacer las compras para el almuerzo o la llevábamos a la pileta o a algún espectáculo infantil. Si podíamos estar juntos, no se nos ocurría separarnos. Emma y yo éramos su refugio.

Ayer releí otro de los artículos que había publicado en *Incultes*. Me parecía increíble no recordarlo. Había escrito sobre Hogeweyk, un barrio residencial para personas con demencia en Weesp, un pueblito de los Países Bajos. Era una aldea con casas de ladrillo de dos plantas y calles cuadriculadas en un predio de quince mil metros cuadrados. El fundador explicaba que los hospitales y los geriátricos

eran ambientes estresantes, que solo sumaban confusión a los pacientes. Hogeweyk parecía un pintoresco pueblo holandés con plazas y un canal, bar, restaurante, supermercado, peluquería y otras comodidades. Solo que todo era falso. Como en los decorados de un film, si mirabas de cerca, reconocías que los patos eran de plástico y las fachadas de estuco. Las flores eran artificiales, y la decoración, utilería. El camarero del restaurante seguía un guion con consignas precisas: «Tal no puede tomar ni una gota de alcohol, fulano tiene que cuidarse con el azúcar, la señora X debe evitar la sal».

La residencia contaba con personal las veinticuatro horas. Cada paciente podía elegir el tipo de vivienda en la que quería residir. Los estilos iban desde el internacional cosmopolita al campestre, pasando por la típica casa holandesa. En las fotos, los internos iban de compras, tomaban un café o una cerveza en el bar, alquilaban una bicicleta para dar un paseo con sus cuidadores o reservaban un corte de pelo. El personal médico estaba siempre presente, pero camuflado. Los enfermeros vestían ropa de civil o uniformes que los transformaban en cajera de supermercado o en mozo. Pero ¿qué pasaba cuando alguno tenía una crisis? Debía ser algo similar a lo que sintió Truman Burbank cuando un reflector cayó del cielo y se estrelló, no muy lejos de donde estaba. O cuando un torrente de lluvia empezó a caer únicamente encima de él. Pero si bien en *El show de Truman* el protagonista descubría que había pasado treinta años prisionero de una telerrealidad, los pacientes de Hogeweyk aceptaban instalarse ahí por voluntad propia. Con el avance de la demencia, las relaciones pasadas iban perdiendo espesor, mientras que las rutinas se volvían centrales. Recreaban un nuevo tipo de sociabilidad y se iban olvidando de sus antiguas vidas.

El artículo de Charles presentaba estadísticas alarmantes: uno de cada tres adultos mayores de ochenta años sufre de algún tipo de demencia. Más de cincuenta millones de personas en el mundo padecen trastornos degenerativos, y las cifras aumentan cada año. Hogeweyk era el mejor ejemplo de cómo la ficción podía recrear una ilusión de normalidad. Los pacientes reducían la medicación y se iban apagando en un marco apacible. Todos morían allí, pero sus familias coincidían: en su situación, ellos también habrían querido acabar así sus días.

Observé la foto: tres ancianos descansaban al sol sentados en sillas de hierro, junto a una fuente. ¿Podría Charles estar oculto en un lugar así?

48

El domingo fui a buscar a Emma a la casa de mi padre. Habían pasado el fin de semana en Suresnes. Al entrar, le eché un vistazo al jardín delantero: las plantas trepadoras soportaban bien la ausencia de mi madre. Sobre todo, la hiedra que cubría el fondo del terreno. Pero las flores estaban amenazadas. Solo el ciclamen resistía: sus pétalos largos y rosados sobresalían entre las malas hierbas. Pensé que, si en algún momento cesaban las lluvias, debería ayudar a mi padre a desmalezar el terreno. Todavía recordaba los gestos mecánicos de mamá, mientras yo leía en el salón o descansaba sobre el pasto, en la casa de Palermo, y luego en Caen. Mi madre se entregaba al esfuerzo físico: levantar hojas muertas, rastrillar, arrancar briznas y yuyos, regar, podar, apuntalar la glicina. Me gustaba verla imponerse sobre esa eclosión de vida. Se sentía a gusto dominando la tierra. Cuando entré a la casa, papá parecía contrariado. Me dio los bolsos de Emma e insistió en que nos apuráramos.

—¿Estuvo todo bien?

—Sí —mi hija me respondió sonriente—. Fuimos al Bois de Boulogne y el abuelo me compró un helado.

Mi padre la escuchaba atento. Nos dio un beso y me ayudó a guardar las cosas en el baúl. Me llamaría más tarde. Durante el

trayecto de vuelta, Emma estaba contenta, aunque reconoció que me había extrañado.

—¿Por qué tengo que ir tan seguido a ver al abuelo? —preguntó.

—Estoy terminando la película, amor. Es mucho trabajo. ¿No lo pasaron bien?

Emma miró por la ventanilla muy seria.

—Ayer te extrañé y le pedí a Abo que te llamara, pero no quiso. Dijo que me iba a poner triste. No me gusta cuando no estás conmigo y no podemos hablar por teléfono.

Por lo general, Emma no necesitaba hablar conmigo cuando estaba con su abuelo, pero igual me parecía muy raro que él no la dejara llamarme.

—Se lo debés haber pedido muy tarde, Emmita.

—No, se lo pedí de día. No es bueno el abuelo.

Le prometí que hablaría con él para entender qué había pasado.

Esa noche, antes de acostarla, volvió a pedirme que le contara la historia de la familia lobo. Esta vez debía pasar en el Bois de Boulogne y sería el abuelo el que la buscaba. Intenté adaptar la trama, pero ella me corregía todo el tiempo. El abuelo era en realidad un mago malo que no quería traerla de vuelta a casa, sino atraparla y sacarle sus poderes. Le dije que no me gustaba esa historia, pero ella insistió: el abuelo no era mi papá, sino un brujo. La trama se volvía cada vez más oscura, así que le pedí que paráramos. Emma se enojó.

—¿Por qué no me creés? ¡El abuelo es malo! Quiere tenernos solo para él.

Le advertí que si decía cosas tontas, no habría más cuentos. Pero ella había entrado en una de sus crisis, y supe que sería muy difícil

calmarla. Salió de la cama y me gritó:

—Sos igual que el abuelo: ¡tampoco querés a papá! ¡No hacés nada para ayudarlo! ¡Es tu culpa si no puede volver!

Emma se había transformado en un demonio con pijama blanco. Tenía el pelo revuelto y las mejillas húmedas de lágrimas. Intenté abrazarla, pero me rechazaba. Después de un rato de forcejeos, corrió al salón y empezó a golpear la puerta principal. Le dije que ya estaba bien de escándalos. Se iba a lastimar y acabaríamos en el hospital con una fractura. Entonces se tiró al suelo y empezó a pedir ayuda, como si fuera yo la que le estaba haciendo mal. En cualquier momento, algún vecino iba a subir a ver qué pasaba. Como no lograba sujetarla, la arrastré de los pies hasta su dormitorio. Una vez adentro, empujé la puerta y me apoyé con todo mi peso para mantenerla cerrada. Ella me exigía que la dejara salir. Como yo no me movía, se abalanzó sobre la pequeña biblioteca blanca que ocupaba toda una pared de su cuarto y tiró los juguetes y libros. Algo estalló contra el suelo. Era la botella de arena con el camello que su papá le había traído de Siria. Emma se quedó absorta mirando los pedazos de vidrio y la arena de colores desparramada. Después me gritó que era mi culpa. ¿Hasta eso tenía que sacarle? ¡Era su regalo preferido! Se largó a llorar mirándome a los ojos con una tristeza desgarradora y se lanzó a pegarme con los puños. Le aferré los brazos y la senté en la cama a la fuerza, inmovilizándola contra el colchón.

—¡Papá no quiere que lo busquemos! ¡Se fue porque estaba harto de nosotras!

Emma negaba con la cabeza, y las lágrimas corrían como ríos calientes.

—¿Papá no me quiere? —dijo entre borbotones de llanto entrecortado.

Me quedé mirándola y fue como si me viese desde fuera. Le estaba apretando las muñecas con tanta fuerza que le quedarían marcas de mis dedos. Acababa de decirle algo monstruoso. La solté y me largué a llorar arrodillada sobre su alfombra, la misma sobre la que tantas tardes la había visto jugar de bebé. No sé cuánto tiempo nos quedamos así: ella, sollozando en su cama; yo, hecha una bola a sus pies. En algún momento la abracé, y ella no me rechazó. Le acaricié el pelo hasta que se calmó, y la mecí un buen rato. Incluso ya dormida, su cuerpito se sacudía con espasmos. Cuando dejó de estremecerse, encendí la lámpara de noche en forma de champiñón y salí despacio del cuarto. Me detuve a juntar los pedazos de vidrio y los tiré a la basura. Limpiaría el desorden a la mañana, antes de que se despertara. Desde el umbral, vi cómo la luz la cubría con un velo rojo. Dormía con la boca entreabierta y los brazos extendidos encima de la cabeza. Me pareció la única sobreviviente de una masacre. Como su papá le había repetido tantas veces en sus cuentos, en algún momento debería valerse por sí misma. Nadie más que ella podía llegar al corazón del daño.

Llamé a mi padre y le pregunté qué había pasado. Me dijo que todo había estado muy bien, pero que, apenas unas horas antes de que yo llegara, Emma empezó a decirle que no quería volver a casa, que quería vivir con él. Le decía que yo era mala, que era mi culpa si su papá se había ido. Al borde del llanto, Emma le pidió que la dejara quedarse ahí. Mi padre nunca la había visto tan triste. Cuando le preguntó por qué decía que yo era mala, ella dijo que me iba a Rambouillet y la dejaba sola. Noté un atisbo de duda en su voz:

«¿No es demasiado chica para inventar algo así?», me preguntó. Sus palabras me quedaron atravesadas en la garganta. Le pedí que no se preocupara: lo hablaríamos con su psicóloga. No tenía fuerzas para revivir lo que había sucedido.

Corté el teléfono, me puse el pijama y me acosté temblando. Supongo que todo padre tiene la expectativa de que sus hijos sean mejores que él, que sus virtudes alcancen para redimir sus defectos. Pero lo cierto es que un hijo no siempre entra en tu vida para iluminarla. No vuelve armonioso el caos ni lima nuestras asperezas. Un hijo no trae felicidad, sino una intensificación de las emociones. Son altoparlantes que nos devuelven, ochenta decibelios más alto, las canciones de los momentos más felices y más desgarradores. Es una forma de demencia pasajera que acaba cuando comienzan a criticarte con palabras duras. A medida que crecen, dejan de mirarnos como a dioses legendarios y se proponen entendernos. Desdeñan el sentido común que dicta que es imposible conocer a quien se ha amado tanto. Salen de esa empresa más perdidos que antes, aunque, en el medio, nos enfrentan a lo más terrible de nuestras personalidades.

Nunca fui más altruista, pero tampoco más cruel, que con Emma. Recordaba las horas en que, de bebita, la había dejado llorar, con la puerta de su habitación cerrada. Tampoco podía negar el desánimo que me provocaba ver lo mucho que le costaban las cuentas o lo poco que se esforzaba con la caligrafía. La acompañaba y le decía palabras de consuelo, pero intuía que tendríamos que estar siempre encima de ella. Asegurarnos de que no bajara el nivel, alentarla y sostenerla. Nuestro tesoro era una nena con carencias comunes y corrientes como todas las demás.

Tal vez la mayor virtud de ser padres sea que ya no importa de dónde venimos ni los errores que cometimos. Solo cuenta el camino que nos queda por recorrer juntos. Pero, al huir, Charles se volvió un mito. ¿Cómo desilusionarse de una ausencia?

49

Almorcé con mi amiga Claire en el mercado de los Enfants Rouges en Le Marais. La estructura de hierro forjado del techo amplificaba el repiqueteo de la tormenta. El lugar estaba lleno de gente y los olores de las cocinas eran un soplo tibio de bienestar. Elegimos un restaurante marroquí. Pedimos dos cuscús y empecé a hablarle del rol que la ficción cumplía en la vida de Charles.

—No es una cuestión retórica —dijo al tiempo que agregaba generosas cucharadas de un caldo rojizo que embebía los granos de sémola y dejaba los trozos de verduras flotando en el plato hondo—. La idea que cada quien tiene de sí mismo es la estrella de Belén que guía su destino.

Nuestros relatos son como los tutores de las plantas, me explicaba. Las estacas capaces de contener los follajes y los brotes pesados que arquean los tallos. La mayor parte de la gente vive en un limbo de autodesconocimiento, iluminado por lapsos narcisistas en los que se pregunta qué piensa de él o ella tal o cual persona.

—Ayer te parecí brillante, hoy te parezco una descerebrada —dije antes de meterme en la boca un trozo de zanahoria.

—La única versión que cuenta es la que creamos a fuerza de repetirnos las mismas historias. Esa imagen escondida al fondo de nuestras imposturas nos acompaña como una gotera persistente.

Podemos maquillarla, vestirla de fiesta, cavar una fosa y meterla bajo tierra, pero ella va a seguir ahí. Algunos se enamoran de esa imagen, otros la detestan al punto de no poder mirarse al espejo —agregó mi amiga sirviéndose un segundo plato.

Terminamos el almuerzo y le propuse tomar el té en casa. Volvimos caminando bajo una lluvia tímida.

—¿Alguna vez sospechaste que mentía? —me preguntó Claire.

—No. Sabía adaptarse a las expectativas de los demás. Si falsificaba documentos o manipulaba citas, era para mantener su estatus de reportero estrella.

—Combinaba mentiras y verdades a medias. Sé que parece cogido por los pelos, pero si dejas de lado los efectos más nocivos del caso, sus reportajes tienen un fondo de crítica social.

—No exageres. El escándalo favoreció la sensación de que cualquier noticia de los grandes medios vale lo mismo que las falsedades que circulan por las redes.

—De acuerdo. Pero lo que digo es que las faltas de Charles nos dicen más sobre nosotros como sociedad que sobre él.

Claire es profesora de Filosofía en un liceo y siempre encuentra un enfoque distinto para analizar las cosas. Ella también había estado leyendo sobre el perfil psicológico de los falsificadores. Algunos sufren de trastornos antisociales, otros son manipuladores o adictos. Casi todos comparten la falta de escrúpulos y de sentimiento de culpa.

—¿Decís que es un psicópata?

—¡Espero que no! Pero está claro que hay algo que no cuadraba en él.

—Charles parecía intachable: había hecho los mejores estudios, tenía experiencia; era talentoso.

—Todos tenemos algo que no encaja —me cortó mi amiga—. Pero, como es tu marido, te cuesta pensar qué es eso de lo que él quería escapar.

Recordé la historia que Emma me había contado sobre su padre transformado en lobo y escondido en el bosque, y se me puso la piel de gallina.

—Leías todos sus artículos, ¿no?

—Sí, todo o casi todo. Corregíamos juntos las versiones finales.

—Y ¿dirías que había algún tema recurrente? ¿Alguna historia o personaje que le interesara en particular?

Charles cubría, sobre todo, fenómenos de sociedad y eventos internacionales. Había historias de detenidos, de países en guerra, de familias migrantes; había crímenes violentos e historias de amor shakesperianas. Pero, como el editor de *Incultes* y su amigo de la universidad me habían hecho ver, sí que había un tema recurrente.

—La locura —me escuché decirle a Claire—. Le interesaba la gente que había perdido el contacto con la realidad.

Más que una obsesión por la locura, Charles confiaba en las virtudes sanadoras de la ficción.

50

Estábamos entrando al edificio, así que aproveché para recuperar el correo. Me sorprendió un sobre de papel madera sin remitente. Solo estaba escrito mi nombre. Reconocí la inconfundible letra de Charles. Miré a Claire sin palabras y abrí el sobre ahí mismo, con todo mi peso apoyado contra la puertita enclenque del buzón.

> Miranda:
>
> Te pido perdón por mi silencio. Estuve internado y sigo en tratamiento. Los médicos dicen que hay piezas sueltas en mi cabeza que todavía no logro ordenar. Al parecer, soy un peligro para mí mismo y para los que me rodean. Al menos, estoy en un lugar donde nadie espera nada de mí. Dicen que necesito tiempo y creo que tienen razón. No sé si alguna vez voy a poder explicar lo que hice. Hay personas que se pasan la vida sin saber quiénes son. Supongo que a mí me va a tocar averiguar qué queda debajo de mis imposturas. Sé que no puedo pedirte nada. Solo quiero que sepas que hay algo de lo que nunca tuve dudas: Emma y vos son lo único verdadero que tengo.
>
> CHARLES

Una prueba de vida. Pasé los dedos por su letra manuscrita como si quisiera lamer las palabras, llenarme la boca de tinta. Mi marido estaba vivo y enfermo. Era un rompecabezas mal armado.

Hélène me había contado una vez la fábula de la flor y el jardinero. Decía que, en todo matrimonio, hay alguien que exige cuidados y otro que se pone a disposición. Los roles pueden invertirse con los años. Fue su caso: de joven, ella sostuvo a la familia; ahora era André quien la cuidaba. Sin embargo, yo sabía que nunca sería así con Charles. Él era una planta carnívora: necesitaba estar rodeado de amor, pero era solo cuestión de tiempo que cerrara las mandíbulas y devorara a su séquito de moscas. La sinceridad, la espera, la confianza —las verdaderas pruebas de amor— quedarían siempre de nuestro lado. Éramos Emma y yo quienes debíamos mostrarnos dignas de él. Al huir, él había construido un laberinto a su medida: se había transformado en Dédalo y en el Minotauro. Las penurias que atravesábamos —el dolor, la angustia, la falta de dinero, la incomprensión, las sospechas— eran paradas obligatorias en el camino de salida. Ahora que sabíamos que estaba vivo, podíamos sufrir tranquilas: el lobo volvería a casa pronto.

Claire me tomó del brazo y avanzamos por el pasillo. Las nubes cargadas de lluvia sobrevolaban el cielo. A su paso, las hojas del gomero proyectaban sombras que duraban un instante. Subimos y ella preparó el té. Le pasé la carta y la leyó en silencio. Me la devolvió con delicadeza, como si pudiera deshacerse en contacto con el aire. Nos sentamos en el salón. Charles no dejaba dirección, teléfono ni ninguna forma de contactarlo. Tampoco me enviaba dinero para la hipoteca. Sus palabras debían bastarnos: como si unas pocas líneas pudieran protegernos de todas las calamidades.

Sin saber por qué, recordé un episodio de hacía varios años. Estaba llegando al final del embarazo e íbamos a mudarnos. Charles iba a ocuparse de reservar el camión que haría el traslado. Yo estaba

a cargo de llenar las valijas con ropa, poner las cacerolas y las sartenes en cajas de cartón, envolver las tazas y las copas en papel de diario. Él había viajado a México, pero volvería unos días antes de la mudanza. Solo que no lo hizo. Durante cinco días lo llamé y le mandé correos que quedaron sin respuesta. No sabía qué le había pasado ni qué se suponía que debía hacer yo. Intenté no entrar en pánico y seguir adelante con los preparativos. El camión debía llegar un lunes, aunque a esa altura estaba convencida de que no había reserva. Para darme ánimos, decidí avanzar con el embalaje de nuestros papeles personales. Eran varias cajas que él debería haber bajado de los roperos más altos. El domingo a la noche, mientras intentaba sacar una, me caí de la banqueta a la que me había subido y me di un golpazo en la espalda contra la esquina puntiaguda de la cama. Recuerdo haberme quedado en el piso durante varios minutos, esperando que el más leve movimiento desencadenara la ruptura de la bolsa amniótica. Me sostenía la panza con las dos manos y le hablaba a Emma con los ojos cerrados. Creo que rezaba en voz alta mientras intentaba recordar dónde había dejado el teléfono. ¿Quién podría acompañarme a la clínica? ¿Llevaría la valija, todavía a medio armar, con los incontables efectos personales que ahora me parecían inútiles? ¿A quién se le ocurre pensar en cremas protegepezones y bombachas para el sangrado abundante cuando la vida de tu hija está en peligro? Aunque tal vez solo fuera un golpe sin consecuencias. La salida milagrosa de una tragedia segura. Dado que no me estaba desagotando como una bombita agujereada, lo más prudente me pareció seguir hecha una bola en el suelo. En medio de ese letargo, imaginaba cómo sería ir a la clínica y tener a Emma sin él. Por

primera vez, me permití formular mis temores en voz alta: ¿qué haría si le hubiera pasado algo a Charles? Sabía que no dudaría en arriesgarse si había una buena historia en juego.

Yo había escrito una lista que, por supuesto, planeaba ocultarle, enumerando todo lo que debía cambiar al convertirnos en padres. En todo eso pensaba mientras tomaba fuerzas para ponerme de rodillas y, sosteniéndome la panza como si pudiera desprenderse de mi columna, intentaba sentarme en la cama. Al final, fui a la clínica con Anne y me dejaron salir a las tres horas, después de haber chequeado que los signos vitales del bebé estaban perfectos, y que no había ninguna huella en mi cuerpo —ni siquiera un moretón o un rasguño— producto de la caída. Riéndose de mi cara de resucitada mientras ingería un insulso mojito *virgin*, mi amiga me sugirió, irónica, que tal vez había imaginado el accidente. La miré con odio mientras se zampaba su pinta de cerveza, pero no me enojé. Era la única que estaba ahí conmigo.

Cuando Charles por fin volvió, unos días más tarde, le monté un escándalo. Le describí en detalle el accidente. Incluso deslicé la hipótesis de que la caída fuera un acto fallido ligado al hecho de que me había dejado sola de cara a la mudanza, que tuvimos que aplazar. Intenté culpabilizarlo por no haber presentido que mi vida estaba en peligro. Él me abrazó y me pidió disculpas, pero estaba claro que no se sentía culpable. Mi intento de responsabilizarlo moralmente le hizo gracia, pero muy pronto se indignó. Recuerdo sus ojos furiosos posados en mí. Me miraba como si yo fuera un animalito peludo y tembloroso que acabara de destrozar una reliquia familiar. Charles oscilaba entre la repulsión de tener que tomarme en brazos para consolarme por mi torpeza y la tentación de hacerme

desaparecer. Debía estar especulando sobre la actitud que convenía adoptar frente a una terrorista que llevaba a su hija en el vientre. Al cabo de unos segundos de indecisión, agarró su mochila y se fue.

Me quedé fría. ¿Me había abandonado de nuevo? Tras un rato de soliloquio tremendista, decidí irme a trabajar a un café. Necesitaba concentrarme en algo que no tuviera que ver con nosotros. Cuando regresé a casa, Charles ya estaba de vuelta. Se había puesto un delantal y canturreaba moviendo ollas y sartenes. Había comprado pastas frescas y el pesto de un restaurante italiano que nos encantaba y que había inundado la casa de olor a albahaca. En el centro de la mesa había jamón blanco en *chiffonnade* y una burrata rebosante de aceite de oliva, sal y pimienta, presentada en un plato que habíamos traído de Sifnos.

Nos sentamos juntos y me juré que no volvería a hablarle de la caída ni de su desaparición. Él me dijo que nunca tendría que preocuparme: el trabajo no iba a pasar antes que nosotras. Éramos su familia, dijo, y me besó con fuerza. Lo que antes me parecía una manifestación de asco se había transformado en deseo. Nos desvestimos rápido, mientras el agua de las pastas hervía. Hicimos el amor a medio vestir, con un apuro adolescente. Él, con el pantalón por las rodillas, y yo con mi vestido de flores subido y la bombacha apenas corrida.

—Tuve pesadillas durante años. Cada tanto, soñaba que él se iba —le confesé a Claire, sentadas en el salón con el té en la mano.

Una vez que te lastiman así, el dolor queda agazapado. Basta un pequeño rasguño que hiera tu amor propio para que vuelvas a convertirte en esa persona a la que pueden dañar una y otra vez.

—Charles te hacía sentir especial y, al mismo tiempo, te responsabilizaba de los problemas que teníais. Es un perverso de manual. Aunque tal vez advertiste más de lo que estás dispuesta a asumir.

—¿Decís que no quise ver?

—O que viste y no te animaste a ir más lejos.

Mi amiga me preguntó si podía fumar y, sin esperar mi respuesta, fue hasta la ventana y encendió su cigarrillo. El eco de sus palabras resonaba en mi interior: el horizonte inequívoco de su vuelta. Claire tenía que irse, al día siguiente arrancaba las clases temprano. Recuperó su campera negra inflada y enfiló un gorro de lana verde contra sus indomables rulos rubios. Antes de irse, mencionó las «mentiras nobles» de Voltaire: la idea de que una mentira es un vicio solo cuando causa daño, pero que puede convertirse en una virtud si hace el bien. Quería que sus alumnos debatieran sobre ese tema: ¿qué era menos perjudicial: mentir para hacer el bien o decir la verdad sabiendo que podía causar un daño?

—Por más noble que aspire a ser, una mentira es una mentira —dijo como si me estuviera lanzando una advertencia.

La puerta se cerró y oí sus pasos bajando la escalera. ¿Cómo había evitado todas las señales de alarma? Quisiera haber decretado que se acabó la era del abuso; enarbolar la bandera del «No pasará». Pero una vocecita me susurraba que un día fuimos felices.

A fin de noviembre, recibí un giro bancario desde una cuenta extranjera a nombre de mi marido. Alcanzaba para las cuotas atrasadas de la hipoteca y las facturas pendientes. Podía pagar todo y aún me quedaría un remanente para vivir unos meses. Llamé al banco y me confirmaron que no se trataba de un error. La suma era

sospechosa, pero no lo suficiente para desencadenar una investigación, mucho menos si provenía de mi esposo y —como yo les había explicado— él había recibido una herencia de su padre. La empleada del banco que solía llamarme se mostró aliviada y no me hizo preguntas. Esa misma semana, hice una donación anónima a la Asociación de Víctimas de Estafas Amorosas.

51

A Charles nunca lo habían querido como él deseaba. Mi amor era un menjunje de admiración, celos y miedo a perderlo. Y yo era incapaz de describir su amor por mí. Decía adorarme, pero ese cariño me resultaba incomprensible. Lo único claro era que yo no representaba una amenaza. Estar con él era, para mí, una dosis de peligro, un desafío que me obligaba a superarme. Para él, debía ser un reposo, si no un consuelo. A mi lado podía relajarse: mi amor no valía una noche de insomnio. Verme enfrascada en mi nuevo documental, rechazando sus pedidos para privilegiar mi trabajo, debió parecerle imperdonable. Yo buscaba en la historia de Hélène y André algo que me ayudara a entender nuestra relación, y también la de mis padres; los lazos sólidos que no se desgastan con el tiempo. Buscaba una fórmula que no existía, y lo hacía con la convicción de que solo encontrándola podríamos estar a salvo.

Charles nunca fue posesivo. Jamás habría perdido un instante considerando algo tan ridículo como la posibilidad de que yo me enamorara de otro hombre. Pero, al mismo tiempo, era infinitamente atento a los detalles. Era capaz de advertir cualquier variación en mi estado de ánimo. Y yo creía que estaba tan absorbido por sus mentiras que no había notado lo que me pasaba con Pierre. Le había ocultado mis sentimientos, negando lo evidente: era imposible que

algo se le escapara. Él, en cambio, había hecho de la opacidad un arte. Nunca dejaba ver lo que pensaba. Incluso si para eso debía hacerse el abogado del diablo o reinventar el pasado. Por nada del mundo habría renunciado al mito de su personalidad insondable.

¿Intuyó que podía dejarlo? Algunos meses antes del escándalo, dijo algo que me sorprendió. Yo había mencionado la suerte que tenía de contar con mi amigo y él deslizó: «No hay chance de que lo pierdas. Está enamorado de vos desde la universidad». Solté una carcajada y le pregunté de dónde sacaba esas cosas. «Pierre está muy bien con Loló», agregué, pero me arrepentí al instante: cualquier comentario sonaba a defensa. Él cambió de tema con una nota condescendiente: «De todas formas, no parece que le lluevan los trabajos». Su actitud fluctuaba entre el desinterés y la indulgencia. Pero ¿su intuición podía ser cierta? ¿Yo había usado ese afecto para retener a mi amigo como microfonista y director de fotografía? El triángulo involuntario que formábamos me recordaba *El año pasado en Marienbad*. En el film, X le insistía a A —una mujer casada— para que abandonara a su marido, M. Ella no recordaba —o decía no recordar— la promesa que le había hecho el año anterior. Mientras deambulaban por los jardines y salones del imponente hotel, el marido y el potencial amante se batían en juegos donde el primero siempre ganaba. «Pero si no podés perder, no es un juego», le recriminaba X. «Puedo perder, pero siempre gano», respondía el marido. Charles aceptaba a Pierre con la seguridad del que sabe que no hay riesgo. Presente, su halo de superioridad anulaba cualquier competencia. Ausente, su leyenda se agigantaba.

Houdini decía que un mago es, ante todo, un actor. No basta con ser un buen prestidigitador, ni con llevar un sombrero de copa. Un

mago te hace ver lo que no existe. Le da vida a lo que nunca estuvo ahí. El encendedor se transformó en llave, el pañuelo en paloma, y la encantadora asistente a la que acababa de serrucharle las piernas baila, ahora, sonriente en el escenario. Nuestras ganas de creer nos dejan a merced del espejismo de las luces y del vaivén de los cuerpos entre la escenografía. No se trata tanto de transformar la realidad sino de alterar nuestra percepción. A veces, no hace falta más que un cambio de perspectiva para que la rosa detrás de la oreja del niño se transforme en una pistola.

52
Rambouillet

Guardamos el material en el baúl y subimos al auto. Se habían cumplido diez meses desde la desaparición y estábamos a punto de terminar el rodaje. Pierre encendió el motor y me besó. Yo me incliné para acariciarle el hombro. Rambouillet era un cofre de terciopelo a medida de nuestro amor. Más allá del bosque, volvíamos a ser amigos, colegas, dos personas unidas por un lazo afectivo, pero no forzosamente amoroso. Resultaba extraño, pero ninguno de los dos se sentía incómodo con esa nueva normalidad. Él se preocupaba por nosotras y no tenía dudas de que me quería. Sin embargo, me había dado cuenta de que su relación con Loló no era tan superficial como yo había querido verla. Ese *impasse* sobre la profundidad de su pareja era solo otra de las tantas manifestaciones de mi ceguera. ¿Quién me aseguraba que, con el tiempo, Pierre y Loló no nos adoptarían? Tal vez se volverían cariñosos tíos postizos que llevarían a Emma de paseo para permitirme filmar el inicio de una próxima película. ¿Cuánto más podía durar nuestra vida entre paréntesis?

Mientras manejaba, repasamos lo que quedaba pendiente. Habíamos avanzado casi tanto en los últimos meses como en los cuatro años anteriores. Recordaba ese inicio en el que el embrión del documental me servía de excusa para escapar de casa, de mi beba,

que no dormía de noche, y de mi marido, que me miraba con pena —o tal vez con lástima—, como si, una vez más, hubiera defraudado sus expectativas. Su idea mágica de que sería una madre exultante por poder pasar cada minuto con mi recién nacida; de que sabría disfrutar de esa posibilidad excepcional. Que me agradaría quedarme en casa con Emma, mientras él recibía aumentos de sueldo y premios. «El tiempo pasa tan rápido que no te das cuenta», decía. Basta un chasquido de dedos y todo ha cambiado. La bebé se convierte en una nena asustada y manipuladora. Muy pronto, será una adolescente demasiado parecida a su papi. La carrera de la joven directora se derritió como la nieve bajo el sol. El marido brillante se transformó en embustero. Aunque tal vez eso no fuera del todo cierto. ¿Pueden terminar las cosas que nunca empezaron?

Por suerte, la vida tomó otro rumbo: el tiempo se me volvió un chicle y no soporté más de unos meses sin aceptar un trabajo, un proyecto o una vaga excusa que me obligara a buscar una guardería, a ponerme a una distancia prudencial de mi bebé y mi marido. Y así había surgido Rambouillet y el amor que dura toda la vida. Podía contar las veces en que habíamos filmado con un equipo de más de ocho personas. Así era yo: humilde hasta en mis proyectos más ambiciosos. Una artista de bicoca, una exponente del verdadero *arte povera* fílmico. Me bastaban unos pocos euros, un bidón de gasolina y una casa en el bosque para hacer una buena película.

En el fondo tal vez no era tan distinta de Charles. Quizá la única diferencia entre los dos estaba en el tiempo que le dedicábamos a las cosas: cinco años para hacer una película, cinco días para un reportaje inventado. Al margen de eso, los dos éramos profesionales

y ambiciosos. Como él, yo también quería aplausos y admiración. Siempre tuve claro que mi mejor obra estaba por llegar. Solo necesitaba una oportunidad para demostrárselo. Sabía que nuestro documental era bueno y honesto, pero, una vez más, Charles se me había adelantado. Cuanto más nos acercábamos al final, más me pesaba saber que no estaría ahí para verlo. No iba a darme el gusto de aceptar que había llegado *mi* momento.

Dejamos atrás el bosque y los pueblos suburbanos para entrar en el periférico. Busqué los ojos de mi amigo. No era como nosotros. Y lo quería justamente por eso. Él se giró un poco y me miró con ternura.

—Pronto se van a terminar nuestros viajes —dijo con un dejo nostálgico.

—No pensemos en eso —repliqué acariciándole la rodilla.

Pronto íbamos a recluirnos en la isla de montaje. Pronto íbamos a operar la alquimia de transformar esos cientos de horas de filmación en una historia. Ya casi íbamos a imponerle a la vida —que no termina nunca de empezar— un inicio y un final.

53

—Conseguí el número de su amigo de infancia. Está chequeado. Puedes llamarlo.

El anuncio de Pierre me dejó en blanco. Marqué el número y una voz masculina me sorprendió del otro lado. Me presenté y le pregunté si seguía viviendo en Vierzon. ¿Podíamos vernos más tarde? Sonaba extrañado, ¿yo no vivía en París? Le expliqué que tenía que ir a ver al padre de Charles. Él dudó un momento y me dio el nombre de una cafetería en el centro de Mehun-sur-Yèvre. Podíamos vernos ahí a las dos.

Conduje con calma, estacioné y esperé que se hiciera la hora. El lugar tenía fachada de piedra y cortinas con un estampado floral que desafiaba el paso del tiempo. En el alféizar, un macetero con pensamientos recién plantados parecía buscar convencer a los clientes de que el invierno no llegaría ese año, como tampoco habían llegado la primavera ni el verano. Adentro, el ambiente era agradable. Rodolphe Quinet me esperaba en una mesa del fondo. Era un hombre de unos cuarenta y pocos años, de cabello oscuro, alto y corpulento. Sabía que Charles iba a verlo cuando visitaba a su madre; a veces, pasaban juntos el fin de semana y salían a cazar. Mi marido nunca me había dado detalles de esa afición y me costaba imaginarlo apuntando la escopeta hacia la cabeza de un venado.

Como sus padres, Rodolphe había vivido toda su vida entre Bourges y Vierzon. El Centre-Val de Loire de colinas verdes y rutas serpenteantes, de campos de colza y desniveles sobrios. Una región modesta, un buen lugar para llevar una vida sin sobresaltos. Trabajaba para la administración del hospital local y vivía con sus perros cerca del canal de Berry. Había heredado la finca familiar, que la gente de la zona llamaba el Castillo. Mi marido y él se conocían desde niños porque su madre y Muriel eran amigas y los dos terminaron yendo al mismo colegio.

—Charles siempre fue tímido, pero juntos nos animábamos a hacer algunas locuras.

Hizo una pausa.

—¿Iba a ver a François cuando pasaba a visitarte?

—Ellos tienen una relación muy tensa. Charles nunca le perdonó que dejara a su madre. Una vez, en *sixième*, pasaron semanas sin que viéramos a su padre. Los profesores empezaron a hacer preguntas, pero él no dijo nada. Tardó mucho en contarnos que sus padres se habían divorciado. Muriel estaba muy deprimida en esa época. Una tarde me dijo que no quería que nadie la mirara con lástima.

La separación no había sido fácil para Charles. En esa época, los dos amigos se volvieron inseparables. Pasaban las tardes juntos, sobre todo en casa de Rodolphe. Su madre lo adoraba.

—Cuando se fue a París lo viví como un golpe. —Sonrió con un dejo de melancolía—. Pero siempre me sentí orgulloso de él. Haber llegado tan lejos no es poca cosa, sobre todo viniendo de acá. Nunca perdimos el contacto. Cuando venía a Bourges, siempre hacía una parada en casa. Y si iba a verlo a París, él me recibía en su

estudio. Me dejaba su cama y él se acostaba en un saco de dormir. Empezamos a vernos menos cuando entró en *Le Journal du soir*. Ahí cambió todo.

Le pedí que me hablara de su hermana.

—Laure siempre fue la estrella. Tenía un ímpetu extraordinario para una niña de su edad. Desde que tenía tres años, bastaba que entrara en una habitación para que todos se giraran a mirarla. Era una pelirroja pecosa, de pelo largo y ojos chispeantes. No diría que había competencia entre ellos. El brillo era para ella. Una vez, después de su muerte, Charles me dijo: «Tendría que haber sido yo». A él lo aceptaban, pero a ella la adoraban.

De chicos, siempre estaban juntos. Ella era la contracara de Charles. Si él era desconfiado, ella era extrovertida, casi insolente. Le gustaba llamar la atención, hacer reír a los demás. A pesar de ser la menor, era la más lanzada. Los tres exprimieron muchos veranos en la finca de sus abuelos. Rodolphe no tenía hermanos, así que ellos fueron como su familia.

—Recuerdo un fin de semana. Debíamos tener ocho años. Acabábamos de salir del baño y su madre estaba secándole el pelo a Laure. Charles le preguntó si podía hacerlo. Tomó el cepillo con mucho cuidado. Le pasaba los dedos por los mechones como si fueran de oro.

Rodolphe se quedó en silencio unos segundos antes de añadir:

—Nunca se recuperó de su muerte.

—¿Sabías que tuvo una depresión aguda en la universidad?

Asintió. Fue una etapa difícil. Estuvo internado hasta que dieron con un tratamiento. Charles le había contado que, en esa época, podía quedarse horas frente a un libro, mirando las palabras sin

captar el sentido. Se olvidaba de las tareas y los horarios de sus clases, le costaba orientarse en la ciudad. Le confesó que solía ir a visitarlo convencido de que tenía una misión secreta: pensaba que podía encontrar en el bosque un inhibidor de sus pensamientos. Temía que lo que pensaba fuera transparente para los otros.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

Su amigo bajó la mirada.

—Vino a verme justo después del escándalo. No estaba bien. Había empezado un tratamiento en el centro psiquiátrico de Saint-Cyr, en Bourges. Necesitaba pasar el internamiento solo. Ya deben haberle dado de alta, después planeaba instalarse un tiempo en Sainte-Thorette, un pueblito a una media hora en auto.

Me buscó con la mirada más liviana. Era como si se hubiera liberado de un peso. Acababa de traicionar a su amigo y quería que le diera la absolución.

—Charles no me va a perdonar. Pero, tal vez, si vino a hablarme era porque quería dejar una puerta abierta, plantar una miga de pan para que lo encuentres.

54

Me costó no saltar en el auto y conducir hasta Sainte-Thorette. Pero, en el fondo, sabía que la impaciencia podía arruinarlo todo. Bastaba un paso en falso para perderle otra vez el rastro. No podía permitirme fallar cuando, al fin, parecía al alcance de la mano. Volví a casa y me dediqué a lo que mejor sé hacer: preparar el terreno, adelantarme a las eventualidades. Busqué información sobre el centro psiquiátrico, sus instalaciones y las especialidades que trataban. Consulté la plantilla de médicos y leí los currículums de los jefes de servicio. Intenté adivinar cuál de ellos habría tratado a Charles. A no ser que fueran varios. Lo mejor sería ir directo. No podía llamar sin correr el riesgo de que lo alertaran. Me resulta irreal pensar que mi marido estaba escondido en un pueblito a apenas unos quince kilómetros de la ciudad donde nació. Un caserío de algunas cuadras, con iglesia y cementerio. Cada vez había menos habitantes que vivían todo el año en la zona. La gente hacía sus compras en las grandes superficies como Carrefour, Intermarché o Lidl. Ahí se conseguían remeras por dos euros y zapatillas plásticas por ocho, fertilizantes potentes para las plantas, frutas tropicales en invierno y croissants a cuarenta céntimos la unidad. Probablemente, Charles ni siquiera tuviese que disimular. Tal vez alguna mujer se lo cruzara por la calle y se asombrara de su parecido con aquel

periodista famoso cuya foto había inundado los titulares hacía ya diez meses. Quizá algún padre comentara: «Mira: es igual al reportero ese que engañó a todo el mundo». ¿Quién iba a creer que alguien conocido se escondería en ese agujero? No podía arriesgarme a que reconociera mi Subaru gris, así que llamé a Anne y le pregunté si podía prestarme su auto para ir a Rambouillet. Me preguntó qué había pasado con el mío y le dije que estaba en el taller y que no podía posponer el viaje. Quedamos en que al día siguiente me acercaría temprano por su casa para buscar su Daihatsu Trevis de color burdeos, un modelo pequeño y fácil de estacionar.

Eran las seis de la tarde cuando mi padre volvió del colegio con Emma. Era un día raro. Había empezado con lluvia, pero las nubes grises dejaban ver fragmentos de cielo. En la calle, los charcos resplandecían bajo los rayos del sol de diciembre y la gente había salido de sus casas para aprovechar la tregua. Avanzamos juntos hasta la panadería que estaba en la esquina de quai de Jemmapes y rue de Lancry. Cada uno eligió lo que quería y comimos los dulces sentados al borde del canal. Esperamos, sin éxito, que llegara el único pato que reinaba como amo y señor de esas aguas. Emma solía preguntarme por qué no tenía familia. A veces le decía que era solitario; otras, que su familia lo estaba esperando en el Sena. Tras unos minutos, el viento dejó de soplar y las nubes se aglutinaron hasta formar la masa gris y compacta que nos aplastaba el cráneo desde hacía casi un año. Esa noche cenamos tarde: una omelette, pan y algo de queso. Le pedí a mi padre que se quedara a dormir y que se ocupara de Emma durante un día o dos. Tenía que ir a Rambouillet por un tema urgente. Le dejé mi habitación y dormí en

la cama al lado de mi hija. Salí de madrugada muerta de miedo: había llegado el momento de la verdad.

55

Anne solía tener buena música en su auto. Revolví su guantera y, entre paquetes de pañuelos endurecidos, anteojos de sol rayados y trapitos de felpa, di con su estuche de cedés. Elegí el concierto de violoncello de Dvořák por Jacqueline du Pré con la Orquesta Sinfónica de Chicago y dirección de Daniel Barenboim, pareja de Jacquie en esa época. Las cuerdas atacaron el primer solo mientras atravesaba la Ópera Bastilla y bajaba por el boulevard Bourdon hasta el quai de Bercy. A mi derecha, ya en la otra orilla del Sena, la Biblioteca Nacional de Francia se alzaba con sus cuatro edificios idénticos que imitan libros abiertos. Subí al Periférico y aceleré al ritmo de los vibratos de Jacquie. Escucharla era verla, rubia y hermosa, fustigando el mango de su violoncello con urgencia, como si adivinara el drama que la esperaba. ¿Le habría dolido más la enfermedad que la apartó de los escenarios y acabaría matándola o saber que Daniel iba a dejarla para seguir su carrera de director estrella? No llovía, pero el ambiente estaba caldeado, con el cielo metálico en el horizonte.

Llegué al centro psiquiátrico de Saint-Cyr un poco antes de las doce. La mole blanca se desplegaba con sus ventanas diminutas alineadas. Estacioné y, después de varias vueltas infructuosas, di con el ala que buscaba. La mujer de la recepción llevaba el pelo largo y

enrulado y los labios pintados de rosa. Le expliqué que venía a ver a un paciente, pero cuando escuchó el apellido hizo una mueca de disgusto. No lo buscó en su base de datos. Solo me dijo que no podía darme información. Le expliqué que era su esposa y que llevaba meses sin saber nada de él. Posó en mí sus ojos inexpresivos. Lo lamentaba, pero tenía las manos atadas: orden del paciente. Le exigí hablar con un responsable y me respondió que hiciera un pedido por escrito. Una fila larga empezaba a formarse. El hombre detrás de mí se me pegó y comenzó a revolver una carpeta. Me quedé ahí parada, sin saber qué hacer, odiándola a través de la mampara transparente que nos separaba. La mujer observó a ambos lados, se acercó un poco al vidrio y me dijo, en voz muy baja:

—Si vuelve mañana a las diez, le recomiendo que pasee por el jardín. Los pacientes externos suelen tomar un café en la glorieta.

Me quedé de piedra.

—Siguieeente —gritó y el hombre impaciente se impuso de un codazo.

Me alejé intentando entender lo que había escuchado. Atravesé como una zombi los pasillos por los que circulaban personas mayores de piel casi transparente y ojos desesperanzados. Mi corazón bombeaba rápido. Si la recepcionista no me había mentido, tal vez mañana pudiera cruzarme con Charles. Decidí volver al centro y comer algo. Eran apenas las tres cuando dejé mi mochila en el cuarto del hotel. La cama de una plaza tenía una manta azul que me generó desconfianza. La hice un bollo y la arrojé en un rincón. Prefería dormir con un pulóver. Me puse unos voluminosos anteojos de sol de marco oval que acababa de comprar en la estación de servicio de la autopista y me pinté los labios con un rojo Ava

Gardner. Me enfundé en el impermeable y camuflé mi pelo bajo una gorra negra. Me ajusté el cinturón y me puse una bufanda con la que, de ser necesario, podría cubrirme la boca y la nariz. Crucé mi reflejo en el espejo del baño y me costó reconocerme. El anonimato me sentaba bien.

Un poco más tarde estaba en ruta hacia Sainte-Thorette. El pueblito quedaba a solo unos veinte minutos del centro de Bourges. Tomé la D23 y me sobresaltó la canción «Little Lies» de Fleetwood Mac que justamente estaba sonando en la radio. Subí a tope el volumen. La música sacudía el auto y mis hombros se agitaban al ritmo del: «*Tell me lies, tell me sweet little lies / Oh no-no, you can't disguise / No, you can't disguise*». Dejé pasar las rotondas y aceleré por una ruta bordeada de campos amarillos y praderas de un verde perlado. Si existía el karma, tenía que encontrarlo. Me merecía asistir a su resurrección en ese pueblo de menos de cien almas.

56

Estacioné cerca de la iglesia y recorrí a pie la calle principal. A la salida de la panadería, me crucé con algunas mujeres con calzas ajustadas y buzos canguro de colores vivos. Usaban anteojos de sol no mucho más discretos que los míos. Algunas me lanzaban miradas curiosas, pero pronto se desinteresaban. Debía ser una especie moderadamente exótica, una suerte de turista danesa que había parado a comprar el pan ahí por casualidad. En la esquina, vi un bar de apuestas. Entré y pedí un encendedor. Los dos hombres acodados en las mesas se dieron la vuelta, pero volvieron pronto a lo suyo. Uno terminaba su café mientras leía el diario; el otro tomaba un picon bière. Unos metros más adelante por la avenue de la République pasé por el único *relais* del pueblo, un quiosco vacío a esa hora. Las atracciones de Sainte-Thorette se concentraban en esos trescientos metros. Crucé un parque pelado donde unos nenes jugaban bajo la mirada despreocupada de una adolescente que solo apartaba la vista de su teléfono para gritarles que dejaran de tirarse piedras. Hacía bastante fresco, pero los chicos iban vestidos con *shorts* y remeras de manga corta. Jugaban sentados a los pies del único tobogán y levantaban montañas con las piedras de ripio. No podía imaginar un lugar más inhóspito. El viento volvió a soplar y me ceñí el impermeable. Ya casi debía estar al borde del Cher.

Una mujer mayor de pelo blanco peinado con laca pasó delante de mí y le pregunté si había algo a nivel del río. La mujer sonrió: «¡Por supuesto! ¿No conoce la Guinguette?». Negué con la cabeza y me indicó que siguiera bajando por el chemin du Port. Eran unos cinco minutos a pie hasta dar con el bar. La mujer parecía contenta de explayarse sobre los atractivos del pueblo y me recomendó visitar el jardín de la ciénaga. Al toparme con el río, estaría a solo unos minutos de las esclusas. A causa de las lluvias, la ciénaga se había transformado en una esponja. La zona era conocida por sus huertos. Tomé el chemin du Port, un sendero que conducía a la playa. El chiringuito se limitaba a un par de mesas de plástico y un cartel de madera con el nombre pintado en rojo. Unos botes se mecían en el agua. Me acerqué y vi a un hombre apilando cajas de cerveza. Me saludó con una inclinación de cabeza; todavía faltaban algunas horas para que abriera. Le pregunté si conocía a un parisino: Charles, un rubio muy alto que se había mudado al pueblo algunos meses atrás. El tipo hizo una pausa y se limpió el sudor de la frente con un repasador.

—¿Un rubio alto? —preguntó—. ¿No querrá decir Matthieu?

—Sí, él. Es que lo conocí de chica y siempre lo llamé por su primer nombre. ¿Lo conoce? Es un viejo amigo.

—Empezó a jugar en el equipo de fútbol hace poco. Es un buen hombre. A veces me ayuda con el bar los fines de semana. ¿Quiere que le sirva algo? Arthur —se presentó extendiéndome su mano de dedos gruesos.

—Marie —le dije devolviéndole el saludo—. Un poco más tarde le acepto una cerveza. Estuve en Bourges por trabajo y quería

saludarlo, pero no me atiende el teléfono. Estoy acá solo por el día… ¿Usted no tendrá su dirección?

—¿No será una exnovia resentida? —La explosión de risa entrecortada por su tos de fumador se asemejaba a un jadeo.

Le clareaba el pelo y tenía panza, pero el hombre me miraba de arriba abajo como si quisiera verificar mi interés erótico. Hizo un chasquido soez con la lengua: tenía suerte, mi amigo vivía en una casita a unos cientos de metros. La última antes de atravesar el puente que llevaba a las ciénagas.

—Pero ahí no le aconsejo que se meta. Es propiedad privada y la gente está harta de los jabalíes que destrozan los jardines. ¡No vaya a ser que la ahuyenten a tiros de escopeta! —Se rio abriendo y cerrando los ojos con fuerza.

—No le diga que vine a verlo. Es una sorpresa —susurré con tono cómplice—. ¿Cree que ahora estará en casa?

El hombre miró su reloj y negó con la cabeza.

—Va a nadar a esta hora. Es deportista. ¡Y soltero! Apúrese, que sobran las interesadas —agregó con un guiño burlón.

No debía tener demasiadas oportunidades de inmiscuirse en asuntos ajenos. Le sonreí: solo era un viejo amigo.

—Vuelve para la cerveza más tarde.

Nos despedimos y avancé por el camino que me había indicado: una callecita sin nombre que conducía al lugar donde vivía mi esposo. La euforia que sentía en el auto se había disipado. Tenía el pulso acelerado y la boca reseca. Charles había decidido usar su segundo nombre para iniciar esa nueva vida. «Mi marido fue a nadar», pensé. Pronto regresará con el pelo húmedo y una mochila llena de ropa mojada. Intenté imaginármelo jugando al fútbol o

ayudando en el bar. ¿Tenía amigos? ¿Por qué no una amante o una novia? Tal vez se ocupaba de los jardines que crecían entre los pastizales. Mientras caminaba, fantaseé con cruzármelo podando las plantas que crecían gracias al agua turbia de la acequia.

Al final de la ruta distinguí una casita sobria, con un pequeño jardín de césped inmaculado, cercado por una valla baja de color blanco. Las luces estaban apagadas. Rodeé el lugar para espiar desde atrás. No me equivoqué. La parte posterior tenía un ventanal que dejaba ver la cocina americana y el salón. El espacio que compartían no debía tener más de treinta metros cuadrados. Un detalle me impactó: los muebles de la cocina estaban pintados de un celeste hermoso y profundo, desde los armarios hasta el recubrimiento de madera que camuflaba la heladera. Era el celeste vivo y distinguido que su madre le había copiado a una célebre cocina de Carolina de Mónaco y Stéfano Casiraghi. Por un instante, las nubes se apartaron y los rayos del sol refulgieron sobre el piso de baldosas blancas. Ese pedazo de cielo era un guiño a su infancia.

El salón era igual de perturbador. La mesa ratona de acacia y patas en forma de U invertida era idéntica a la que tenía en su departamento de soltero. La que vendimos cuando nos mudamos juntos y nos resignamos con una menos agraciada y más espaciosa. Había una mesa de madera rústica y un sillón de cuero color guinda. En la pared del fondo, tres repisas con libros. Me lo imaginaba viviendo como un prófugo. Creía que se atrincheraba en un sucucho de mala muerte, con alfombras de yute percudidas y marcas de agua sobre las mesas. Me hubiera parecido justo que expiara sus culpas en un sitio inhóspito; de ser posible, un pelín insalubre, con huellas de cuadros descolgados y paredes amarillentas. Pero, de

nuevo, Charles me impactó un *cross* en la mandíbula. Tenía una casa con jardín y se había tomado el tiempo de pintar la cocina de celeste. Ese sitio no era una guarida transitoria: era un lugar en el que debía sentirse cómodo, en el que debía *disfrutar* vivir. Esa cocina decía más de él que cualquiera de las habitaciones de nuestra casa.

Sobre la mesada de la cocina había una cafetera *vintage* y una tostadora. La lavadora debajo del fregadero. La segunda ventana debía ser la de su dormitorio, pero las persianas estaban bajas. Solo en cuclillas e inclinando mucho el cuello, logré entrever el interior. Adiviné los pies de una cama doble con un edredón similar al que teníamos. De uno de los lados, una pequeña mesa de luz con una lámpara y una pila de libros. Mi marido nunca fumó, pero había un paquete de cigarrillos. Otra mujer habría destrozado la ventana con los puños, habría alertado a los vecinos con sus gritos e insultos. Pero yo no hice nada de eso. Me limité a recorrer cada centímetro de ese lugar. Quería impregnarme de las imágenes hasta que me dejaran una marca indeleble.

Charles siempre fue obsesivo con los detalles. Cuando nos conocimos me sorprendió que ese hombre eficaz, constantemente en el vértice de sacrificar su vida por una buena historia, pudiera pasarse meses buscando una lámpara de diseño o un sillón de época. Atribuía a los objetos que nos rodeaban una importancia desmesurada. Más de una vez, se enfureció cuando tomé la extravagante iniciativa de comprar, sin consultarlo, un juego de platos antiguos en un mercadillo. Me hacía saber que la compra había sido un neto y craso error. Al final, yo misma terminaba regalando u ocultando en los estantes más altos de los armarios aquel jarrón o cerámica que me había gustado. Nuestra casa era su

creación, pero no había tenido el coraje de pintar la cocina de celeste.

Sentí las piernas débiles. El dolor se filtraba por las suelas de mis botas y me recorría como un río. No recuerdo cómo llegué hasta el auto ni cómo conduje hasta el hotel. Cuando entré en mi habitación, descubrí la ventana abierta. El lugar estaba congelado. Puse la calefacción a fondo, aunque no logré sacarme la sensación de frío de los huesos. Busqué una manta extra, pero no había nada. Llamé a la recepción y nadie respondió, así que volví a calzarme el impermeable, levanté la asquerosa manta azul que seguía hecha un bollo en el suelo y me envolví amorosamente en ella.

57

Me desperté transpirada y con dolor de garganta. No recordaba qué había soñado, pero habían sido pesadillas. Solía esperar el momento del desayuno para contarle a Charles mis sueños. Dejaba las tostadas con manteca y el té listo. Había que comer algo antes de hablar de ellas para que no se cumplieran. Él decía que, en ciertas comunidades indígenas de Ecuador y Perú, el día comenzaba antes del amanecer, alrededor del fuego, cuando cada miembro contaba lo que había visto durante la noche. Creían que los sueños eran mensajes de sus ancestros o de los espíritus. Emma adoraba ese pequeño rito. Cuando viajábamos o dormíamos en casas ajenas, él le decía que los lugares podían soñar a través de nosotros. Nunca buscábamos interpretaciones. Era una ceremonia de traspaso: yo contaba para olvidar y su escucha ahuyentaba mis miedos.

Miré el reloj: las ocho. Me obligué a salir de la cama. Me duché y bajé a desayunar a una estancia larga y angosta. Las paredes empapeladas de amarillo trigo podrían haber pasado por *vintage*, si no fuera por el mobiliario de plástico negro que confirmaba que solo era un sitio sin caché. Ocupaba las mesas un puñado de hombres que comían en silencio, absortos en sus teléfonos. Se giraron y vi que me miraban intrigados. Debían preguntarse qué hacía ahí una mujer que no tenía pinta de viajante de comercio.

Recordé las primeras vacaciones que pasamos juntos. Charles dormía tan profundo que me pegaba a su nariz para comprobar que respiraba. Me molestaba bajar a desayunar sola. Su presencia me protegía de las miradas curiosas y, sobre todo, teníamos una infinidad de cosas que decirnos. Para despertarlo, me ponía a leer en la cama pasando las páginas como si diera portazos, hasta que dejaba caer algún objeto pesado o —ya harta— abría una ventana para que entrase el aire fresco y el barullo del día. No me resignaba a no empezar la mañana juntos. Él, en cambio, había decidido pasar diez meses sin mí.

Me serví una taza de té y me senté contra la pared. Detrás del olor a pan tostado, se desprendía un tufo agrio, producto de algún líquido de limpieza. Llamé a Pierre, pero no respondió. Corté un croissant en pedacitos que igual no me pasaron por la garganta. Notaba el estómago revuelto. Repasé lo que le diría. Correría hacia él si era necesario, me abalanzaría como una leona. Aunque lo mejor sería sorprenderlo con una mano en el hombro, sin que me viera llegar. ¿Intentaría abrazarme o saltaría como quien ve a un fantasma? Tal vez se pondría a llorar contra mis rodillas, como un nene arrepentido. Llevaba meses ensayando la mímica de ese encuentro. Pero ahora sentía que lo mejor sería dejarlo hablar.

Volví a ponerme mi disfraz de incógnito, pero esta vez no me pinté los labios. Subí al auto en dirección al hospital. Quería llegar temprano para apostarme en un lugar desde donde observar sin llamar la atención. Compré un té en una de las máquinas expendedoras de la clínica, al lado de una vidriera en la que se exhibían regalos: osos de peluche, juegos de mesa e incluso ropa de bebé. Salí al jardín. Unas galerías de piedra con arcos de medio

punto conectaban las alas exteriores. En las paredes había afiches que describían las etapas del duelo: negación, ira, negociación, depresión, aceptación. Me sorprendió la belleza palaciega de los edificios que rodeaban el patio central. Los techos de pizarra y las fachadas de ladrillo y piedra de sillería me recordaban a la place des Vosges. Solo algunos enfermos se desplazaban con sus andadores. Un médico joven de bata blanca fumaba un cigarrillo. Otro, más alto, tomaba un café en uno de los bancos de piedra. Elegí uno de los árboles más alejados de la entrada, un tilo de tronco robusto que se erguía en una de las esquinas. Me senté de espaldas al tronco, simulando leer. Ya eran las diez y cuarto, pero pocas personas entraban al jardín. Vi pasar a algunos ancianos, a una muchacha de tez demasiado blanca y a dos madres con niños. Los chicos correteaban jugando a las escondidas.

Empezaba a perder la esperanza cuando distinguí a un hombre que llevaba del brazo a una anciana. Era él. Había adelgazado y tenía el pelo más claro, como le sucedía cada verano después de semanas de sol y chapuzones en el agua salada. ¿Dónde pudo tomar sol si no había hecho más que llover? Llevaba anteojos oscuros, la barba crecida y la piel bronceada. Iba con jeans y un viejo pulóver azul marino que le había regalado durante unas vacaciones. La mujer que lo acompañaba vestía una bata rosa. Anudado al cuello, llevaba exactamente el mismo pañuelo de seda que Charles me había traído de Damasco. El estómago se me desplomó como si ya no hubiera gravedad. No sabría decir qué me dolía más: pensar que aquel pañuelo único era, tal vez, una baratija comprada en una de las decenas de tiendas árabes que florecen en Belleville, o comprobar que a ella sí le gustaba.

Repetí el veredicto; mi única certeza: diez meses sin él. Los dos se sentaron en uno de los bancos libres. Él sacó de su mochila un libro de tapas rojas, puso los anteojos de sol en un estuche y los guardó en un bolsillo. Jamás lo vi tratar sus cosas con tanta delicadeza. La mujer cerró los ojos y Charles empezó a leer. Pasaba las páginas y, a intervalos, apoyaba la mano libre en su rodilla, como si quisiera evitar que se durmiese. La miraba con una dulzura desconocida. Esa benevolencia era el reverso exacto de la impaciencia con la que solía mirarnos a mí o a Emma cuando quería leernos algo y no atendíamos. Seguía clavada al suelo, apoyada contra el tilo. La idea de caminar hacia él y confrontarlo se alejaba con cada segundo que pasaba. Mis ojos se extraviaban en ese pelo por el que tantas veces había hundido la nariz para impregnarme de su olor. Lo seguía queriendo como antes, como siempre: como una madre debía querer a un hijo culpable de un crimen. Continuaba ahí, simulando leer detrás de mis anteojos negros, sin despegarle la vista. Por primera vez, tuve la certeza de que su huida no estaba únicamente ligada al escándalo. La banalidad de su presencia en el jardín me disolvía. Era como si pudiese verme desde afuera; ridícula con mi disfraz de detective con el que pretendía ocultar a la mujer abandonada, a la esposa con el corazón enfermo listo para perdonarlo. ¿Qué quería? ¿Qué hacía ahí leyéndole a esa anciana cuando llevaba diez meses sin leerle un cuento a su hija?

No sé cuánto tiempo pasó hasta que se pusieron de pie. Los seguí de lejos y los vi despedirse. La mujer entró en la clínica y él buscó un scooter en el estacionamiento. Nunca antes había andado en moto, que yo supiera. Abrió su mochila y sacó una bolsa de plástico con unos botines de fútbol, una toalla y un bote de champú, como si

quisiera comprobar que tenía todo. Después encendió el motor y aceleró mientras yo me desplomaba en uno de los bancos de la entrada.

58

Recordé las palabras del encargado de la Guinguette: «Empezó a jugar en el equipo de fútbol hace poco», me había dicho. Busqué el Daihatsu y, en unos minutos, di con la única cancha de Sainte-Thorette. Un blog amateur indicaba que el equipo local entrenaba ahí todos los viernes a las tres. El polideportivo debía ser el único lugar donde podías cruzarte con gente en ese pueblo fantasma. Bajé hasta el terreno de fútbol por una rampa de cemento para bicicletas y cochecitos. Había también una cancha de tenis y un pequeño club con vestuarios. Atravesé las instalaciones sin toparme con nadie a quien preguntarle y ya estaba por irme cuando oí el golpeo repetido de las pelotas al rebotar sobre una pista de césped. Un hombre de unos cuarenta años estaba practicando el saque. Lo llamé a través de la valla metálica y él achinó los ojos, se pasó una toalla por la cara y se acercó con la raqueta en la mano, el aliento entrecortado y las venas del cuello hinchadas.

—Estoy buscando a Matthieu, un rubio alto que juega en el equipo de fútbol.

El hombre me miró con desconfianza. Tenía una barbilla prominente y el pelo rapado en los costados.

—¿No será periodista? —lanzó levantando una ceja, con un tono que sonó amenazante.

Me obligué a reír y le expliqué que era una amiga de infancia. Él miró su reloj de pulsera: estaba terminando de entrenar. Podíamos hablar unos minutos si lo esperaba cerca del club. Me senté en una de las sillas de plástico y, al rato, lo vi aproximarse con su toalla al hombro. Compramos dos latas de Coca-Cola y le pregunté cómo era la vida en la zona.

—Tan buena y tan mala como en cualquier lado. Pero eso sí: tranquila. La gente es trabajadora; disfruta de cosas simples. Tomarse unas cervezas entre amigos, ir a pescar, jugar a las cartas. El que puede evita las horas extras. Nada del otro mundo. Espíritu de pueblo chico, ¿entiende? ¿Tiene hijos?

Negué con la cabeza.

—Menos problemas —dijo tras tomar un trago largo—. Le digo eso, pero me hubiera encantado tenerlos. No es que no haya podido. Es que no se me dio. —Se pasó la mano por la cabeza como si quisiera espantar una mosca imaginaria.

—Debe ser lindo.

—Claro, si le gustan los niños. El problema somos los solteros empedernidos. Uno se acostumbra a vivir solo y después ya no está para esos trotes.

—¿Matthieu tuvo hijos?

—Una niña. Pero con lo de su divorcio no la ve muy seguido; ya le contará. ¿A qué se dedica?

Hice un esfuerzo titánico para mantenerme impasible; para que no se filtrara ni una pizca de la rabia que me recorría. Mi marido nos había inventado un divorcio.

—Hago publicidades para la tele —dije intentando sonar tranquila.

—¿Alguna conocida?

—La última fue una de Picard sobre espinacas congeladas.

—Me gustó, sé cuál dice. ¿Y de dónde es?

—Vivo en París, pero crecí en Caen —deslicé sabiendo que la sola mención de la capital podía jugarme en contra.

Asintió y me miró suspicaz.

—No sé cómo será por Caen, pero aquí somos muy respetuosos. No nos metemos donde no nos llaman. La gente que se crio en grandes ciudades es más desvergonzada, pero aquí nadie le va a andar haciendo preguntas.

Terminó su lata y la apoyó sobre la mesa.

—Me dijeron que podría encontrarlo por acá —insistí—. Entrenan los viernes, ¿no?

—Sí, pero por lo visto el portero está enfermo y anularon el entrenamiento.

—¿Juega con él?

—No. Lo mío es el tenis. —Hizo una pausa y me miró a los ojos sopesando si debía confiar en mí—. Tal vez vaya a la piscina más tarde. Pero, si es amiga suya, ¿por qué no lo llama?

—No tengo su nuevo número.

—Disculpe que no le ofrezca ayuda con eso.

El tipo me propuso pasarle mi número. Le agradecí: prefería darle una sorpresa. Antes de irse, me habló de la estación de tren de Vierzon, que llevaba meses bloqueada por la construcción de un ascensor, y de Julien Barthe, un DJ conocido como Plaisir de France, oriundo de Bourges.

—Si pasa por la piscina, vaya alrededor de las siete. A esa hora ya no queda nadie para compartir los carriles rápidos.

59

Comí algo en el centro y volví al polideportivo. El viento traía los gritos de un grupo de chicos que jugaban al fútbol y me acerqué a verlos. La mitad llevaba chalecos rosas encima de las camisas blancas. Era un partido de entrenamiento, pero se reían y gritaban eufóricos cuando marcaban un gol. Un nene de camiseta rosa me llamó la atención. Era un pequeño rubio de tipo nórdico, alto y delgado. Avanzaba por la cancha como un cervatillo, con la cabeza algo agachada y los hombros relajados, suelto, apartándose de los ojos de vez en cuando unos mechones. Mientras los otros daban órdenes, él trotaba en silencio, sin esprintar. No pedía la pelota ni parecía importarle meter goles. Solo jugaba con sus amigos. No sé por qué se me ocurrió que, si hubiera tenido un hijo con Charles, me habría gustado que fuera como él. Un nene sensible y tal vez algo ensimismado, que jugaba al fútbol frente a la mirada orgullosa de su mamá. Un chico que había crecido en una casa con una cocina celeste cielo, con padres que le leían historias antes de acostarse y lo adoraban. Me acerqué un poco a la malla metálica y el chico me vio, pero, demasiado rápido, deslizó la vista hacia la cancha y no volvió a mirarme.

El viento era helado y las nubes se apiñaban en el cielo amenazando con terminar el partido con un chaparrón. Las

corrientes de aire creaban remolinos que hacían silbar las hojas de los plátanos. Las ráfagas iban cargadas de polvo y arrastraban pedacitos de madera y algún que otro insecto. Me alegré de tener el impermeable y me puse los anteojos negros. Pasadas las siete, fui hacia la piscina y empujé la barra metálica de la puerta con todo mi peso. La mujer de la entrada me miró extrañada y le dije que estaba esperando a un amigo. Me señaló el banco de madera apoyado contra el ventanal que daba a la pileta. Me senté a observar los diferentes carriles. En el más cercano, un hombre de mediana edad nadaba con dificultad, sacando la cabeza en cada brazada y aspirando largas bocanadas de aire. En el carril contiguo, una mujer joven avanzaba con ritmo parejo. Sus brazos finos penetraban en el agua con precisión. Justo al lado, distinguí una espalda de omóplatos marcados y brazos potentes. Era él. Aunque llevaba anteojos de natación y un gorro negro, no había duda. Lo vi hacer cinco largos sin detenerse. Charles terminó su serie y se quedó respirando agitado, con un brazo aferrado al borde. El pecho subía y bajaba acompasado. Siempre fue un gran nadador, pero no recordaba que estuviera en tan buena forma. Cuando empezamos a salir juntos, se empeñaba en que lo acompañara a la pileta, pero pronto se dio cuenta de que eso no iba conmigo. Me bastaba con sentir el vaho de cloro tibio para que se me erizaran los pelos.

La chica joven salió del agua y se sacó el gorro. Una trenza larga y perfecta se desplegó sobre su traje de baño rojo. Charles la saludó con un gesto de la mano. Tal vez solían cruzarse ahí. Su trenza me recordó nuestros primeros tiempos juntos. Él insistía en que me recogiera el pelo o me hiciera colas de caballo. A veces, cuando veía por la calle a una chica con un peinado alto que le gustaba, no

dudaba en señalármela. Yo lo miraba con cara de pocas pulgas: odiaba llevar el pelo atado. Él se reía y simulaba hacerme un primoroso moño imaginario. Durante nuestros primeros años juntos, me sorprendía que sus elogios más sinceros vinieran cuando me hacía un simple rodete.

Al salir del agua me pareció todavía más alto y nervudo. Tenía de vuelta el cuerpo de sus treinta. Solo la expresión cansada y algunas finas arrugas alrededor de los ojos atestiguaban que se trataba de un hombre casi quince años mayor. Lo vi caminar hasta el vestuario y meterse en las duchas. Apoyé la espalda contra el ventanal. ¿Podía la mujer de la recepción adivinar que acababa de ver a un fantasma? Salí sin mirarla y me escondí detrás de una ligustrina al otro lado de la calle. Había comenzado a lloviznar y las gotas se impregnaban en mi impermeable.

Quince minutos después lo vi salir. Se había enfundado un viejo blusón de cuero marrón por encima de mi pulóver. Se puso el casco, subió en su scooter y se fue. Probablemente iría a la Guinguette. En un rato, el encargado le hablaría de la misteriosa mujer que había pasado por el bar ayer. No tardaría en darse cuenta de lo que sucedía. Su cabeza funcionaría a mil por hora. Consideraría sus opciones si tuviera que enfrentarme. Calcularía las chances de que lo esperara escondida detrás de un árbol, a unos metros de su casa, con un cuchillo o una botella de alcohol y un fósforo. Pero aún tenía tiempo. Podía seguir simulando un rato con sus amigos, decirles que me había visto esa tarde, que era una vieja amiga. O podía victimizarse e inventar que era una periodista obsesionada con ganar fama a su costa.

Caminé hacia el auto y mis pasos resonaron en la vereda vacía. A lo lejos, retumbó un trueno. Esa noche habría tormenta. Tiritaba de frío, pero algo muy al fondo de mí comenzaba a apaciguarse. Había venido buscando los restos de mi marido. Me había propuesto levantar del suelo una sombra deprimida y taciturna. Esperaba encontrar a un prófugo avergonzado que no dudaría en aceptar mi perdón y mi invitación para volver a casa. En cambio, había descubierto a un hombre satisfecho y rodeado de amigos que lo apreciaban. Tal vez nunca sabría dónde había estado ni qué había hecho durante su larga ausencia, pero algo era seguro: había usado los últimos meses para reconstruir una vida que le gustaba. Una vida en la que se sentía cómodo, con perros fieles, dispuestos a mandar al demonio a cualquier periodista que intentara hacerlo responder por sus faltas. Hasta parecía contento.

Subí al auto y arranqué el motor. Había reservado una segunda noche de hotel, pero la idea de volver a ese cuarto helado me espantaba. A medida que avanzaba por las calles desiertas, el dolor empezó a mutar en otra cosa. La angustia de encontrarlo cedía ante la evidencia: Charles era feliz ahí, lejos de nosotras. Esa certeza desarmaba mis conjeturas. Nada de lo que había hecho en los quince años que vivimos juntos había sido suficiente para él. Nada de lo que hiciera en adelante me garantizaría su amor. Si no podía retenerlo, me tocaba soltarlo. Volvería a casa. Quería dormir en mi cama, sentir la respiración de Emma y besar su cara tibia. Él podía seguir escondiéndose, pero yo tenía una película que terminar.

60

Pierre vino a verme al día siguiente. Me escuchó con atención y me preguntó qué quería hacer. Le dije que nada en especial. Entre el dinero del giro bancario y la ayuda que me había dado su padre, me alcanzaba para vivir algunos meses. Iba a llamar a la productora para pedir que me reemplazaran en las publicidades que tenía pendientes. La prioridad era terminar el documental. Él me agarró de las manos y me dijo que contara con él.

Llamé a André y hablamos un rato por teléfono. Hélène estaba muy débil y no quería que se agitara. La mujer de la limpieza y la enfermera pasaban varias veces por semana, pero eran visitas cortas. Ella no soportaba la presencia de extraños. Estaba decidida a que no la llevaran a un hospital. Había vivido una vida larga y hermosa y no tenía deseos de prolongarla a costa de sufrimientos. Quería que el último aliento la encontrara en su casa y no en un sitio aséptico, rodeada de desconocidos. Él se preparaba para saber cómo actuar si la situación degeneraba. No creía que fuera una buena idea seguir filmando. Temía dejarles a sus hijos una imagen demasiado cruda del final. Le dije que lo entendía y le pregunté si Hélène estaba de acuerdo. Él se rio: ¡por supuesto que no! Estaba indignada de que hubiera dejado pasar algunas semanas sin ir a verlos. Le pedí que me la pasara y me alegró reconocer su voz al

otro lado del teléfono. Le pregunté cómo se sentía y me dijo que había tenido días mejores. Necesitaba saber si prefería detener la filmación. Estábamos muy cerca de acabar, pero me plegaría a su decisión. Ella simuló ofenderse: ¿después de tantos años de trabajo sugería que iba a dejar *su* película inacabada? ¡De ninguna manera! Tenía un compromiso con el arte, pero sobre todo con ellos. Me dijo que podía ir cuando quisiera. Habían comprado una nueva cama terapéutica y una hermosa colcha de plumón que la hacía verse bien. A pesar de todo, seguían teniendo momentos de felicidad: veían juntos la tele, él le leía y compartían el almuerzo. Antes de cortar, bromeó diciendo que confiaba en que le llevara una maquilladora. Su último deseo era que la trataran como una estrella de cine. Las dos nos reímos con la idea de transformar el salón en un camerino. Ella le devolvió el teléfono a su marido y él me dijo que haría lo que siempre había hecho: respetar los deseos de su mujer. Le prometí que no seríamos intrusivos. Solo grabaríamos si los dos estaban de acuerdo. André me dijo que nos esperaban.

Cerca ya de fin de año, recibí un correo de Charles. No mencionaba mi paso por Sainte-Thorette. Solo contaba que había terminado su internación y que volvería a París. Me pedía que habláramos. Había encontrado un departamento no muy lejos de casa. Pensaba alquilarlo e instalarse ahí un tiempo. Su nuevo trabajo le permitiría pasarme plata para la casa y los gastos. Proponía una custodia compartida hasta tener las cosas en claro. Quería vernos, abrazar a Emma. Terminé de leer el correo y me quedé mirando las gotas que explotaban contra las tejas y salpicaban nuestras ventanas. Como lo suponía, no hablaba de volver a casa. No había palabras de amor ni disculpas. No quería recomponer lo que había

roto, sino inaugurar una nueva cotidianidad cuyos rebordes alisaríamos juntos. Nuestro matrimonio se me figuraba como la nervadura de una hoja: el nervio central se había ramificado y los caminos se abrían en todas las direcciones. Charles me dejó un nuevo número de teléfono y me pidió que lo llamara. No leí sus otros correos, ni respondí al número que empezó a llamarme los días siguientes.

Al cabo de una semana, *Le Journal du soir* publicó la única entrevista que le concedió a los medios. «Estoy enfermo —reconoció —. A esta altura, no sabría decir qué cosas fueron inventadas y cuáles no». Habló de problemas psiquiátricos y mencionó los términos «alucinaciones» y «pérdida de realidad». Explicó que había estado internado y que su prioridad había sido curarse. Estaba arrepentido y se disculpaba con el diario y con los lectores. Su entrevista no causó grandes olas. La emisión de radio que escuchaba todas las mañanas comentó la noticia, pero ningún medio le dedicó más de tres minutos. Pocos se interesaban ya por el caso. La mayor parte de los implicados del diario habían perdido sus puestos. La investigación interna estaba llegando a su fin y no había hallazgos sorprendentes. Era más bien un ejercicio de crítica literaria. Una constatación línea por línea de todos los detalles falsos o imposibles de comprobar que Charles había sembrado en sus reportajes. Todo figuraba en un pesado dosier descargable desde el propio sitio de *Le Journal du soir.* A la redacción le convenía que aquel escándalo se acallara. Hacer periodismo narrativo ficcionalizado no alcanzaba para ir preso. Con el paso de los años, pocos recordarían su nombre. El diario no podía atacarlo. Las denuncias de estafa desembocaron en un callejón sin salida; las

donaciones habían sido reales. Incluso las que había organizado por su cuenta, para ayudar a organismos humanitarios ligados a sus falsas investigaciones.

Volví a leer sus declaraciones y entendí que nunca sabría si lo que decía era cierto. Esa tarde el viento soplaba con furia, haciendo vibrar las ventanas. La gente corría a refugiarse en sus casas cuando oí un estruendo en la escalera. Abrí la puerta y me asomé para ver qué había pasado. La vecina de enfrente estaba sentada en uno de los tres escalones que llevaban a su departamento y se sostenía la mano izquierda. Una de las ventanas del pasillo había quedado mal cerrada y una ráfaga la había hecho estrellarse contra el marco con tanta fuerza que el vidrio se había roto. Había salido a juntar los pedazos y —«¿Cómo podía ser tan tonta?», repetía— se había cortado. Le pedí que esperara y entré a casa a buscar algo para detener la hemorragia, pero los repasadores estaban sucios o ya habían ido a parar a la canasta de la ropa para lavar. En un instante de genialidad, entré al dormitorio y volví con el pañuelo de seda. Mi vecina intentó disuadirme de que la vendara con algo tan delicado, pero le pedí que me dejara ocuparme de ella. Era el uso más noble que un pedazo de tela podía tener.

61
Rambouillet

Una tarde, después de filmar una charla mientras Hélène y André veían la televisión, encontré un periódico doblado sobre la mesada de la cocina. Uno de los artículos estaba marcado con un círculo. La nota decía que Charles había vuelto a París y ocupaba un alto cargo en Trames, una flamante consultora en comunicación digital y análisis de opinión con locales en La Défense y Opéra. Un puesto al que solo ciertos perfiles muy experimentados podrían aspirar. Seguiría haciendo lo que mejor se le daba: vender humo y cobrarlo a precio de oro. Su capacidad para crear titulares virales le serviría, ahora, para encauzar relatos colectivos. Como no podía volver a trabajar en la prensa, transformar su don de *storytelling* en una herramienta para «subirle la temperatura» a las redes era una opción lógica. Antes había utilizado los grandes medios para darle voz a su imaginación. Ahora serían las plataformas virtuales las que le permitirían echarle leña al fuego, unir o polarizar a cientos de miles de usuarios. Charles siempre supo contar, si no la historia más real, su versión más vendedora. Por otro lado, el cambio de vida le sentaba bien. Se lo veía cómodo en su nuevo rol de enfermo recuperado y de padre soltero.

Esa tarde, antes de despedirnos, Hélène me preguntó cuánto tiempo más íbamos a filmar. Le dije que esa sería nuestra última

semana. Me pareció aliviada. Su estado se había agravado mucho. «¿Podré ver la película?», me preguntó. Le dije que no lo sabía, que el montaje podía llevarnos varios meses. Miró por el ventanal. No tenía miedo de la muerte, aunque la entristecía dejar solo a André. Era un hombre fuerte, pero nunca había vivido por su cuenta. Con un movimiento de mentón me señaló el primer cajón de su mesa de luz, donde encontré un pequeño paquete. Era un regalo. Le pregunté si podía abrirlo y ella asintió. Se trataba de una novela de Joyce Carol Oates. *Niágara* comenzaba con la muerte trágica y misteriosa del marido de la narradora durante su luna de miel. Tenía una dedicatoria escrita a mano: «Encontrar no es lo mismo que entender. Con cariño, Hélène». Aunque no la había leído, sabía que era una tragedia personal y familiar. Como en toda buena novela, la ficción se fundía con lo autobiográfico.

Cuando terminé de leerla, pensé que el libro era un recordatorio de que la vida seguía su curso, aunque sus caminos fueran inesperados. Era la forma púdica que Hélène encontró para decirme que estaba al tanto de la vuelta de Charles. Mi marido seguía siendo un misterio, pero era un misterio en tiempo pretérito. Nuestra historia había virado a un modo menor.

62

—Llámalo, Miranda. Sabes cómo es. No va a parar hasta que le des la custodia compartida. Y la va a obtener de todas formas. Puedes evitar que la separación sea una carnicería —me aconsejó nuestro amigo Louis desde su despacho de abogados, al otro lado del teléfono.

La Navidad ya había quedado atrás y Charles había decidido iniciar los trámites del divorcio. Tenía que reunirme con él.

—Es lo que hizo él, ¿no? Imponerme su huida y su silencio durante casi un año.

—Entiendo que sea duro, pero no están en la misma situación.

—¿Te paga bien? ¿No te avergüenza defenderlo después de haberme recomendado que me alejara de él?

—Hubiera hecho lo mismo por ti. Me pidió que lo representara y eso es también una forma de protegerte. No juzgo tu reacción, pero el silencio va a jugar en tu contra.

Charles se servía de Louis para saber si aceptaría la custodia compartida. Me dejaría elegir el régimen: una semana cada uno; o tres días uno y cuatro el otro, alternando los fines de semana y las vacaciones. Nuestro abogado había cambiado de bando con la diligencia de un mercachifle, pero aun así me regalaba su consejo profesional. Era un «buen momento» para llegar a un acuerdo. Su

desaparición todavía pesaba a mi favor para negociar condiciones ventajosas.

—Haceme un favor. Poneme en contacto con una abogada. Una de las mejores, no importa lo que cueste.

—Cuenta con ello —me dijo antes de despedirse.

Una semana después me llegó una carta certificada con el sello elegante de su firma de abogados. Era una intimación de Charles para reunirnos a negociar el divorcio. Dejé la carta en la consola de la entrada, con los recordatorios de pago, las invitaciones y publicidades que había recibido el último año a su nombre. Al cabo de unos días una abogada de otro prestigioso despacho se comunicó conmigo. Le reenvié la carta sin abrirla y me dijo que me contactaría pronto con una estrategia. Antes de colgar, me recomendó que hablase con él e intentase entender cuáles eran sus reclamos.

Esa tarde cerré los puños y lo llamé.

—¿Miranda?

Mi nombre en su boca. Bastaba una palabra para hacerme creer que el tiempo no había pasado. Charles estaba emocionado. Quería vernos; quería *verme*. Su tono no era agresivo ni tenía la premura que transpiraban sus correos. Le pregunté por qué quería el divorcio.

—No es que *quiera* el divorcio —subrayó el equívoco—. Asumí que, para vos, era una decisión tomada. Solo quiero ver a Emma.

Me confesó que rondaba la escuela durante los horarios de clase, temiendo cruzarse conmigo o con la niñera. Se sentaba en un banco alejado, esperando que una salida escolar le permitiera verla. Ayer se había atrevido a tocar el timbre. Una vigilante nueva le había abierto y él aprovechó la ignorancia de la mujer para espiar a nuestra hija durante el recreo. Se quedó un rato mirándola jugar en

el patio, pero cuando la mujer le preguntó por qué no iba a buscarla, balbuceó una excusa y se fue. Temía que la directora o alguna de las maestras lo reconocieran.

—Sos su padre. Estás en tu derecho de verla. Pero no simules: fuiste vos quien decidió no hacerlo durante meses. Imaginarás el daño irreparable que le causaste.

—Miranda —suspiró. Las sílabas se disolvían en su lengua—. No elegí nada de lo que pasó el último año. Me avergüenza lo que las hice sufrir.

—¿Cómo pudiste hacernos algo así?

—Ya tendremos tiempo de hablar de todo. Quiero recomponer las cosas: que le hablemos juntos a Emma, que sepa que no voy a volver a irme.

Charles hablaba y el pasado se licuaba. Necesitaba saber por qué se había ido, por qué nos había dejado. Pero no podía confiar en sus palabras. No debía creer ni una sola de sus explicaciones. Tampoco podía fiarme de mi instinto. El dolor y la rabia se fundían con un atisbo de esperanza. Luchaba por no darle cabida. Solo la razón podía protegerme de él.

—¿Me estás pidiendo que te perdone?

—Me parece mejor que vayamos de a poco. Alquilé un piso cerca. Emma tiene su propio cuarto.

Sus palabras me llegaban en diferido, desde un islote perdido entre la bruma y las olas. Quedamos en que vendría a vernos esa semana y le prometí que hablaría con Emma lo antes posible. Charles me contó que había preparado su habitación.

—La pinté de rosa pastel. ¡No puedo esperar a que la vea!

Había conseguido una colcha hermosa para la cama y le había comprado libros nuevos. Hablaba con una alegría infantil, como si me estuviera contando las renovaciones que había hecho en nuestra casa de vacaciones.

—¿Sigue yendo a las clases de piano?

—Va, pero sin entusiasmo.

Cada nueva información lo lastimaba.

—Tal vez puedo volver a llevarla.

—Me parece bien.

—¿Puedo recuperar el piano?

Accedí y, antes de cortar, Charles me prometió que llamaría a su abogado para poner el proceso de divorcio en pausa.

63

Su regreso coincidió con el inicio del montaje. Alquilamos una pequeña sala equipada del segundo piso en KBC, un estudio de posproducción en el número 47 de la rue du Paradis. Entrar ahí era como zambullirse en el océano: las paredes insonorizadas y la escasa luz natural espesaban el silencio y nos alejaban del mundo exterior. Teníamos dos sillones y un amplio escritorio con tres pantallas. Enfrente, un televisor de pantalla plana de cuarenta y dos pulgadas nos acercaba a la imagen que verían los espectadores. Era nuestro submarino personal, una cápsula de tiempo en la que nos extraviábamos, como si hacer cine fuera la única tarea con sentido. Calibrábamos mano a mano los colores, el contraste de las imágenes, los niveles de negro. Era como componer una sinfonía con los ojos. Todo giraba en torno de Hélène y André.

Aunque Pierre y yo pactamos que nuestra relación hibernaría durante ese tiempo, no era raro que lo sorprendiera mirándome desde el vano de la puerta mientras analizaba las secuencias que él acababa de montar. Algo nuevo nos unía. Esas semanas de trabajo intenso me recordaban hasta qué punto éramos compatibles. Seguía resultándome extraño trabajar con alguien sin necesidad de probarle mi valor. Su confianza en mí era sólida y me parecía inaudita. Eran días de felicidad concentrada, pero, a medida que nos acercábamos

al final, una oleada de nostalgia se colaba en nuestra burbuja. Una tarde, después de disculparme por tener que irme rápido a buscar a Emma, me preguntó si iba a divorciarme. Reconocí que no lo habíamos decidido. Emma pasaba la mitad del tiempo con su padre y alternábamos los fines de semana. A pesar de todo, su regreso fue clave para apaciguar la ira de Emma. Estaba más tranquila y me chantajeaba menos, pero no dejaba de preguntarme cuándo iba a volver a casa su papá. Pierre nunca me habría dicho cómo organizar mi vida, pero mi incapacidad para despreciar a Charles lo sobrepasaba.

Mi marido había vuelto, y yo seguía sin entender qué quería. Sus explicaciones eran vagas. Como sus reportajes, bastaba examinarlas con lupa para que mostraran la cáscara de la ficción. Me había mentido y seguiría haciéndolo. Era mi responsabilidad decidir hasta qué punto iba a dejarlo volver a formar parte de nuestras vidas.

Una mañana mi amigo me preguntó si estaba al tanto de su nuevo trabajo como analista de opinión. Le confirmé que lo sabía. Se apoyó contra el escritorio con los brazos cruzados: «¿Entonces?». Se mordía el pulgar esperando mi veredicto. Tal vez se preguntaba hasta qué punto nuestro pacto de silencio me autorizaba a retacearle información. No quería herirlo, pero tampoco le debía explicaciones. ¿Acaso él me hablaba de los avances de su relación con Loló? Siempre había creído que Pierre sería incapaz de mentirle. La realidad me había demostrado, una vez más, que estaba equivocada.

—No me interesa seguirle los pasos. Él hará con su vida lo que mejor le parezca. Y yo haré lo mismo con la mía.

Pierre se acercó hasta donde estaba y me miró a los ojos.

—Charles siempre tuvo claro lo que quería. Pero no es el único —me dijo y me besó, abriendo un paréntesis que no exigía un cierre.

64

La caída espectacular de mi marido sirvió para consolidar sus logros. Charles mintió porque pudo, porque nadie se lo impidió, porque lo premiaron y lo felicitaron por hacerlo. Desde su regreso, hablar con él se había vuelto imposible. Estaba claro que no quería volver conmigo, pero seguía escudándose en su salud frágil y evitaba decirme lo que realmente pensaba. A veces, si lo ponía contra las cuerdas y le preguntaba por qué nos había mentido (¿por qué, sobre todo, a nosotras?), él desviaba el tema y me decía que estaba claro que yo ya no lo quería. Yo le preguntaba si no era más bien al revés, pero él se mantenía firme en su dictamen: había dejado de quererlo hacía tiempo, insistía con obstinación y fatalismo. ¿Podía ser cierto? Algo en mí se resistía a creerle, pero, al mismo tiempo, sus palabras me obligaban —como siempre lo habían hecho—, enfrentarme a una parte de mí que prefería no mirar.

Con el paso de las semanas, empecé a convencerme de que nunca sabría la verdad. Hacía esfuerzos enormes por no desmoronarme delante de él, por ocultar hasta qué punto cada uno de sus gestos y sus palabras me herían. Por las noches, durante la cena, Emma decía que prefería escuchar su caja de historias para no hablar conmigo. Yo le pedía que la apagara: quería que pasáramos

un rato juntas. Pero ella convertía la prohibición en un pretexto para discutir.

—No entiendo, ¿por qué no querés que vuelva? ¿No lo extrañás?

—Los tres extrañamos la vida de antes, pero todavía no decidimos qué hacer.

Su plato seguía intacto sobre la mesa. Yo fingía comer intentando no impacientarme ni advertir el huracán que se anunciaba. Ella me miraba con odio.

—¡No es justo! Prefiero vivir con él.

—Yo sé que es muy duro, hija. Pero eso no es posible. Lo importante es que papá está de vuelta, que te amamos y vamos a hacer todo lo posible para que te adaptes.

—¿Qué hice mal? —me lanzaba—. ¿Es mi culpa que ya no quieran estar juntos?

—No, amor. No tenés nada que ver. Hay muchos compañeros de tu clase con papás separados. Ahora te parece raro, pero vas a acostumbrarte.

—Pero ustedes no están divorciados. Papá te sigue queriendo. ¿Por qué no podés perdonarlo?

—Nos seguimos queriendo, claro. Pero no es el mismo tipo de amor.

—¡No es verdad! Él nos sigue queriendo como antes.

Le acaricié el pelo y le pedí que fuera paciente. No sabía de dónde sacaba esas ideas. La vida que habíamos tenido quedaba cada día más atrás. Pero era un pasado tan vívido que resultaba difícil no confundirse. Emma insistía:

—No podés borrar nuestra historia, mamá: tenés que perdonarlo. ¿No entendés que no voy a ser feliz si no estamos juntos?

Le repetía que muchas cosas habían cambiado durante el último año.

—Que cambien otra vez entonces. Papá ya aclaró todo, ya pidió disculpas.

Mi hija se largaba a llorar y yo intentaba abrazarla, pero ella me rechazaba con sus bracitos extendidos. Se bajaba del taburete y se encerraba en su cuarto dando un portazo. Su frustración se transformaba en rencor: yo volvía a ser la mala de la historia. La madre descorazonada que no aceptaba cerrar los ojos y hacer de cuenta que nada había pasado. Debía estar retomando las palabras de su padre cuando me decía: «Ya explicó los hechos».

«Los hechos», me repetí. Esa entidad avasallante que nunca alcanzó a explicar nada.

65
Rambouillet

A pesar de nuestros esfuerzos, Hélène no llegó a ver *Crónica de un matrimonio*. El final coincidió, a grandes rasgos, con lo que ella hubiera querido: falleció en casa, acompañada de su marido, de Bruno y Victoria. Le había hecho prometerle a André que, si en algún momento el dolor se volvía insoportable, él buscaría la forma de dejarla ir. No quería sufrir ni que la mantuvieran en vida con ensañamiento. Él la cuidó hasta el último instante. La muerte llegó a fines de febrero. Poco después se produjo el milagro: cesó la lluvia, el cielo se vació de nubes y volvimos a ver el sol durante algo más que unos minutos. André decía que ese había sido su regalo de despedida. Más de un año había pasado desde el inicio de mi pesadilla.

Después de su muerte, volvimos a visitarlo algunas veces. Emma se encariñó mucho y él la trata como si fuera su nieta: le enseña los nombres de los árboles y cómo distinguir el canto de los pájaros. La casa siempre necesitaba algún arreglo: las plantas crecen y hay que podarlas, las viejas herramientas se rompen, la pintura se descasca; es un ciclo incesante. André sigue ocupándose del jardín, sacando las malezas y pintando los cercos, pero ya no va a la hamaca. Tampoco volvió a encender las fogatas que hacían juntos en invierno. No es de los que se quejan ni se autocompadecen. Hace

enormes esfuerzos por salir adelante sin transmitirle su tristeza a sus hijos. Ya no es feliz ni desdichado: su existencia entró en un modo neutro. La última vez que fuimos a verlo me comentó que había leído un poema de Lamartine que resumía la insensatez del duelo: «Solo falta una persona, pero el mundo entero está vacío». La extrañaba todos los días y cada uno de sus movimientos le recordaba algo que los dos habían compartido. A pesar de todo, vivir en Rambouillet le resultaba un alivio. No tenía tiempo de aburrirse. Sus hijos iban a visitarlo un poco más seguido y él tenía que ocuparse de las compras y de los cuartos. Estaba pensando en renovar el estudio de Hélène para que su hija pudiera trabajar ahí cuando se instalaba con su familia durante las vacaciones de verano.

La última vez que fuimos, Emma insistió para hacer su clásica caminata con él. Era una costumbre que habían tomado en la época en la que yo me encerraba a hablar con Hélène. Le pregunté si podía ir a ver su estudio y él estuvo de acuerdo. Me impresionó encontrar la puerta cerrada. Ella siempre la dejaba abierta. Adentro todo estaba intacto. Las cartas postales seguían apoyadas contra la ventana; los últimos libros que había leído, apilados en la mesa, junto a su cuaderno de notas. Acaricié el lomo azul. La primera hoja llevaba su sello. Abajo había anotado la fecha de inicio: enero de 20XX. Mi año del maremoto. El último año que Hélène resistió a la enfermedad. Ella transcribía citas de libros, recuerdos, listas de compras. Abrí una página y me dejé transportar por su caligrafía elegante, por el trazo firme con el que subrayaba cada fecha al comienzo de una nueva hoja. Hélène nunca hubiera dejado que alguien tocara sus cuadernos sin su consentimiento. Pero, por primera vez, sentí la urgencia de saber si había escrito sobre

nosotros. Siempre me había llamado la atención que no me preguntara por Charles, aunque sabía que no era desinterés. Simplemente, no eran los términos de nuestro contrato. Nuestra amistad había crecido a la sombra de ese drama. Esa había sido nuestra forma de protegerla. Recordé la última dedicatoria que me dejó en la novela de Joyce Carol Oates: descubrir la verdad no era lo mismo que entender. Empecé a recorrer su diario con una agitación febril. De tanto en tanto, levantaba la vista hacia la ventana para comprobar que André y Emma no estuvieran volviendo. Me detuve en la entrada del día en que mi vida quedó en suspenso.

Cuando terminé de leer, cerré su cuaderno y lo dejé donde estaba. Un minuto había bastado para quebrar el pacto de honestidad que me unía a Hélène. Era una traición, pero intuí que, con el tiempo, terminaría olvidándola. No es tan difícil minimizar las consecuencias de los propios errores, encontrarles justificaciones. Con el paso de las semanas, acabaría convenciéndome de que ese desliz nunca había existido: las peores deslealtades se borran de la memoria y ni siquiera es seguro que aprendamos algo.

Antes de salir de su estudio, recorrí una última vez el escritorio. Una mancha marrón me dejó helada. Una araña de patas largas estaba posada sobre el bloc de hojas blancas que ella usaba para sus cartas. ¿Cómo no la había visto antes? Sin pensarlo, vacié la taza con sus biromes y marcadores y, con un movimiento preciso, la puse sobre la araña. Luego abrí la ventana y deslicé el bloc hasta liberarla en el jardín. El aire frío me sacudió y, por un instante, sentí que estaba de vuelta con ella. Hélène odiaba los ambientes cerrados. Aireaba los cuartos varias veces al día. Lloviera o nevara, nos obligaba a abrir las ventanas de par en par y a enfrentarnos a las

corrientes de aire helado. Al rato, oí movimientos en la casa y las voces de Emma y André. Probablemente dejarían sus abrigos sobre la mesa y buscarían algo de comer en la cocina. Sus risas agitaban la quietud, hacían entrar la vida a codazos y desbarataban el santuario que nosotras habíamos construido a fuerza de silencios.

66

Crónica de un matrimonio iba a estrenarse en el Festival de Venecia y los pronósticos eran buenos. Iríamos al Cinéma du Réel, al Cannes Docs y al Berlinale Forum. Los presagios de desinterés que habían planeado sobre el documental se esfumaron. Todos querían saber cómo se contaba la historia de amor de dos octogenarios. Algunos celebraban el gesto inesperado; otros sacaban la carta de lo políticamente correcto —«Hay que hablar más de la tercera edad»— o ironizaban sobre mi falta de audacia —«Otra historia de amor conservadora y heteronormativa». En nuestro entorno, algunos pensaban que podríamos obtener más alabanzas que con nuestro largometraje anterior. Y, lo más importante: la película viviría una tregua mediática. Nadie mencionaría el nombre de Charles asociado a mi obra. No lo harían tanto por respetar el lustre del séptimo arte, sino porque a nadie le interesaba ya el caso. Todos se conformaron con su *mea culpa* o se tragaron la versión de su enfermedad misteriosa. Nuestros amigos sabían que estábamos separados, y no había vuelto a recibir insultos en las redes sociales.

Pierre seguía siendo incondicional: iríamos a todas las proyecciones, me acompañaría en las ruedas de prensa y haríamos vivir el film juntos. Pretender que la vuelta de Charles no me afectaba sería ridículo. Aún debía aprender a mantenerlo alejado

incluso teniéndolo cerca. Un velo de irrealidad se posaba sobre los años en los que tenernos uno al otro había sido nuestra única garantía. Surcaban el pasado tantos ríos subterráneos que lo firme se volvía inestable. Era como andar sobre arenas movedizas. Mi lucidez era el puente entre lo ocurrido y el futuro, y estaba dispuesta a luchar con uñas y dientes para preservarla. Aunque abrazar la cordura implicara renunciar a todo lo que me había hecho feliz. Como André, sufría mucho, pero intentaba no mostrarlo.

Antes del estreno, organizamos una pequeña proyección privada. Solo invitamos a gente en la que confiábamos: un puñado de colaboradores y amigos íntimos, algunos familiares y, por supuesto, André y sus hijos. Habíamos reservado la sala más pequeña del Brady, un cine gestionado por conocidos que nos garantizaron la discreción absoluta del encuentro.

Ese mismo día Pierre y yo nos encontramos un poco antes en la entrada del número 39 del boulevard de Strasbourg. Llegué paseando por la animada rue Château d'Eau mientras miraba las tiendas rebosantes de productos cosméticos, la ropa colorida y chillona, las peluquerías con fotografías de catálogo agigantadas y las pelucas en los escaparates. Mi amigo me esperaba bajo la marquesina *art déco*, dorada y envejecida. Empezaba a anochecer y el neón con las cursivas del Brady encendía la avenida. El ruido de los autos cubría nuestro silencio. Nos abrazamos bajo esa claridad verduzca, satisfechos y entregados al futuro.

Poco a poco, los invitados fueron llegando. Nos saludaban, intercambiábamos algunas palabras y se instalaban en la pequeña sala. Mi padre vino temprano con Emma, y ella corrió a abrazar a André. Se sentaron juntos. Más tarde iríamos a Chez Marius, nuestro

italiano preferido. Emma adoraba ese restaurante y estaba orgullosa de que lo hubiéramos elegido para llevar a los invitados. Queríamos pasar un buen momento antes de exponer nuestra criatura a la opinión de la prensa y los críticos; antes de coordinar los detalles de la gira de promoción. Mientras recibía las palmadas de aliento y los abrazos de mis amigos, pensé que esa era la primera vez que estrenaba una película sin Charles. Pierre se sentó conmigo en la segunda fila y me apretó la mano. El documental comenzaba con un paseo por el bosque de Rambouillet y el episodio del bizcochuelo de vainilla que nadie había pedido. Algunas escenas despertaban risas; otras hacían llorar. Nosotros observábamos con los oídos. El trabajo de los ojos ya estaba hecho. Seguíamos las imágenes apoyados en el bastón blanco que nos procuraba la mirada virgen del público.

Cuando los créditos empezaron a desfilar en la pantalla, me giré para observar la sala. Busqué a Emma en la oscuridad. Tenía la boca entreabierta y la mirada fija hacia el fondo. Un hombre ocupaba una de las butacas de las últimas filas. Agucé la vista. Era la zona que Charles elegía cuando íbamos juntos al cine. Intenté identificar a los demás, proceder por descarte. Pero, en el fondo, sabía que era él. Se colaba en mi vida desde las sombras. Quería cruzar su mirada. Quería obligarlo a verme, aunque fuera un segundo, como si fuese la última o la primera vez. Sin embargo, había apartado la vista un instante y, cuando volví a mirar, ya no había nadie. La que sí me miraba y me sonreía era mi hija. Pierre me tomó de los hombros y me abrazó mientras la bóveda negra del cine comenzaba a encenderse.

67

André no me dijo nada sobre el documental, pero lo vi llorar mientras los títulos se deslizaban por la pantalla. Victoria y Bruno me agradecieron: su madre lo habría aprobado. Elogiaron mi respeto por la intimidad de sus padres, el pudor a la hora de contar las partes más dolorosas. Les había regalado un documento único de los últimos años de su vida. «Captaste, ahí donde todos estábamos mirando, lo que nadie más pudo ver», me dijo Victoria. Después de la cena, André se acercó a hablarme. Quería darme algo. Lo vi abrir su bolso de tela verde y sacar una libreta. Era el diario que Hélène había escrito durante el último año. Me quedé mirándolo sin saber qué decirle. No podía confesarle que lo había leído sin su permiso, así que le dije que no podía recibirlo: el diario solo le pertenecía a Hélène. Él me tranquilizó:

—Ella quería que te lo diera. Pero solo una vez que la película estuviera terminada.

El peso discreto de la libreta me hizo sentir anclada al suelo. Esperé a estar en el taxi de vuelta a casa, con la cabeza de Emma semidormida contra mis rodillas, para abrirlo. Recorrí las páginas y volví a leer la entrada del día en que mi vida quedó en suspenso:

5 de febrero
Fraude en *Le Journal du soir*. ¡Esposo de Miranda!

Desde que empezó a venir a vernos nunca dejé de preguntarme qué buscaba. Ahora sé que filmarnos es un intento de entender. Nos encariñamos con la arqueóloga de nuestro matrimonio. Nos gusta verla vagar entre nuestros recuerdos como si fueran migas de pan que la ayudan a desandar su propio camino. Me entristece pensar que le tocará hundirse hasta el fondo.

¡Ya son las siete y veinte! Tuve que encender la lámpara del escritorio y, cuando me di cuenta, el paisaje detrás de la ventana se había oscurecido. ¿En qué momento se hizo de noche? André debe estar preparando la cena. A veces pienso en nuestra relación y nos imagino como dos astronautas extraviados en el espacio.

¿Qué estará haciendo ella ahora? Quisiera abrazarla. Estoy sola en mi estudio. No hay ruido ni interrupciones, nada que me impida seguir escribiendo, reuniendo piezas sueltas. Su documental también está hecho de fragmentos. No son muchos, pero contienen todo lo que hay. Yo le hablo de André y él le habla de mí, pero ninguno de los dos podría explicar por qué seguimos juntos. Probablemente la única respuesta honesta sea: porque no sabríamos vivir de otro modo.

Agradecimientos

A Alan Pauls, por la lectura rigurosa, el entusiasmo y la confianza. Hay conversaciones que siguen escribiendo un libro mucho después de haberlo terminado.

A Javier Cercas, Jorge Volpi y Esteban Buch, por los diálogos reales e imaginarios.

A los periodistas y reporteros que me confiaron sus dudas y sus secretos.

A los amigos que creen por uno cuando uno deja de hacerlo.

A Chris, Octave y Victoria, que me recuerdan cada día que la familia es la primera escuela de actuación.

Premio Lumen de novela

El 16 de junio de 2026, en Madrid, un jurado compuesto por las escritoras Elena Medel, Ángeles González-Sinde y Sabina Urraca, la directora de la librería Rafael Alberti (Madrid), Lola Larumbe, y la directora literaria de Lumen, María Fasce, otorgó el **IV Premio Lumen de novela** a *El amor inventado*.

Acta del Jurado

Después de una deliberación en la que tuvo que pronunciarse sobre cuatro novelas seleccionadas entre las seiscientas ochenta y tres presentadas, el jurado decidió otorgar por mayoría el **IV Premio Lumen de novela**, dotado con 30.000 euros y la publicación en todo el territorio de habla hispana, a la obra cuyo título y autora, una vez abierta la plica, resultaron ser *El amor inventado* de la escritora argentina Paula Klein.

El Jurado quiere destacar la gran cantidad de manuscritos recibidos y la calidad de las novelas finalistas. Es por ello que se ha decidido mencionar como finalista en esta edición la novela *Estado de distancia* de Belén López Peiró.

El amor inventado es una novela ambiciosa que nos sumerge en la inquietante investigación sobre un estafador público y privado. Buscando descifrar a su marido y siguiendo las huellas de su pasado, la documentalista Miranda K. se pregunta acerca de la naturaleza del amor. ¿Acaso no es toda pareja un pacto de ficción? ¿Qué tipo de mujer eres cuando has vivido la mitad de tu vida con un mentiroso?

El Jurado ha dicho:

«¿Cuántas mentiras soporta una verdad? Lo plantea Paula Klein en esta novela que nos conduce página tras página, frenética, por la búsqueda de su protagonista; una búsqueda que tiene que ver con la realidad y la ficción, el amor y la familia, el momento en el que una misma intenta continuar siéndolo. Imposible dejar de leerla, de disfrutar del placer —y el dolor, a veces— de la fabulación».

ELENA MEDEL

«Siguiendo el hilo de una investigación guiada por el desconcierto, *El amor inventado* se interna en el análisis de las complejidades del amor, de por qué nos enamoramos de quien nos enamoramos, qué sucede cuando descubrimos quién era realmente esa persona que amábamos y cómo el pacto de ficción de la pareja puede construir y destruir al mismo tiempo. La novela nos coloca frente a un mundo despiadado que condena por mentiroso al contador de historias que en un tiempo adoró. ¿Pero no es acaso el gusto del público por las ficciones redondas un deseo irresistible de ser engañado? ¿Y si lo que ahora se siente como inadmisible hubiese sido exactamente la razón por la que los lectores amaban los reportajes del marido de

Miranda? Quizás lo más interesante de este libro es cómo, al colocarnos en la posición de la protagonista, nos ubica inevitablemente ante nuestros propios límites en relación a la verdad, la mentira, la necesidad de la ficción y del misterio en el amor».

SABINA URRACA

«La lectura de *El amor inventado* te hace pensar sobre cuánto de imaginado o de falsificación puede haber en muchas de nuestras relaciones más íntimas. ¿Qué dice de tu pareja el hecho de pasarte diez años eligiendo regalos inadaptados, que no generan alegría ni sorpresa? El misterio de la desaparición del marido de Miranda K. es el motor narrativo de esta novela inquietante y reveladora de nosotros mismos».

LOLA LARUMBE

«Con un lenguaje exacto y no pocas reflexiones que iluminan, *El amor inventado* es una indagación delicada y a la vez trepidante sobre qué es eso que llamamos amor y los motivos por los que unos saben construir vínculos duraderos y otros fracasan. [...] Investiga también sobre la familia como contexto y materia que sostiene la relación de pareja, de cómo heredamos roles y lealtades y los traspasamos a nuestros hijos. Habla sobre el papel que cada cual se asigna dentro de la pareja y el que nos es asignado por el otro, de

las dinámicas de poder y de cómo las aceptamos conscientemente o no. [...] Lo hace con la agudeza de un bisturí, pero sin perder nunca la calidez y la empatía por los personajes, sin caer en maniqueísmos ni simplificaciones. [...] Es muy valioso para mí el lugar que el trabajo desempeña en la trama, es el detonante y a la vez lo que define a los personajes principales y su visión de la vida. Es lo que sostiene a Miranda y a lo que se aferra sin aspavientos [...]. Un tipo de escritura que escapa a las métricas de lo conocido para arriesgar con inteligencia y sensibilidad».

ÁNGELES GONZÁLEZ-SINDE

«Me ha cautivado cómo la autora utiliza las herramientas del documental y la no ficción narrativa —a la manera de Carrère— para preguntarse no solo sobre el impacto de la mentira en las noticias sino sobre todo en nuestra propia vida sentimental, y cómo podemos ser a la vez cómplices y víctimas de esa mentira. Me pareció notable la ambición y la estructura de la novela, con el recurso del documental sobre una pareja que lleva décadas juntos a modo de "puesta en abismo" de la intriga principal, como en *Las Meninas*. La novela de Paula Klein es una "anatomía de una pareja", una indagación sobre el matrimonio desprovista de sentimentalismo, y, en un sentido más amplio, sobre la necesidad humana de inventar, sobre su fascinación y sus peligros».

MARÍA FASCE

PREMIO LUMEN 2026.

«Una novela ambiciosa que nos sumerge en la inquietante investigación sobre un estafador público y privado. ¿Acaso no es toda pareja un pacto de ficción?

¿Qué tipo de mujer eres cuando has vivido la mitad de tu vida con un mentiroso?».

Del acta del Jurado, compuesto por Elena Medel, Ángeles González-Sinde, Sabina Urraca, Lola Larumbe y María Fasce



Cuando el periodista más admirado de Francia es acusado de haber inventado los reportajes que lo convirtieron en una celebridad, su caída es tan espectacular como antes lo había sido su ascenso. Prestigiosos galardones, reconocimiento internacional, una carrera brillante: todo se derrumba de la noche a la mañana. Pero para Miranda, su esposa, el auténtico escándalo no es el fraude. Es el abandono.

Mientras intenta reconstruir qué ocurrió con Charles —el hombre al que amó, admiró y quizá nunca terminó de conocer—, se embarca en la filmación de un documental sobre Hélène y André, una pareja que lleva más de sesenta años juntos. En ellos, Miranda busca la respuesta a una pregunta que atraviesa su propia vida: ¿qué sostiene un amor a lo largo del tiempo? A medida que avanza el rodaje y reúne testimonios sobre las mentiras de Charles, la investigación le devuelve una imagen inesperada de su matrimonio. ¿Qué eligió no ver? ¿Cuánto de sí misma fue perdiendo en el camino? ¿Puede sobrevivir el amor a la verdad? ¿Qué sucede cuando descubres que has convivido durante años con un desconocido?

La crítica ha dicho:

«Con un lenguaje exacto y no pocas reflexiones que iluminan, *El amor inventado* es una indagación delicada y a la vez trepidante».
Ángeles González-Sinde

«Una novela que nos conduce página tras página, frenética, por la búsqueda de su protagonista [...]. Imposible dejar de leerla, de

disfrutar del placer —y el dolor, a veces— de la fabulación».
Elena Medel

«Quizás lo más interesante de este libro es cómo, al colocarnos en la posición de la protagonista, nos ubica inevitablemente ante nuestros propios límites en relación a la verdad, la mentira, la necesidad de la ficción y del misterio en el amor».
Sabina Urraca

«Me ha cautivado cómo la autora utiliza las herramientas del documental y la no ficción narrativa —a la manera de Carrère— para preguntarse no solo sobre el impacto de la mentira en las noticias, sino sobre todo en nuestra propia vida sentimental, y cómo podemos ser a la vez cómplices y víctimas de esa mentira».
María Fasce

«Con una escritura inquietante y afilada, *El amor inventado* explora con maestría el territorio donde se confunden el amor, la memoria y la ficción».
Jorge Volpi

Paula Klein (Buenos Aires, 1986) es doctora en Literatura Comparada, licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires y máster por la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Reside en París y ha enseñado Literatura Latinoamericana y Comparada en distintas universidades de Francia. Desde el año 2022, es profesora titular de la Université Clermont Auvergne. Sus investigaciones se centran en la literatura documental y los vínculos entre ficción y no ficción en la narrativa latinoamericana contemporánea. Su primera novela, *La luz de una estrella muerta*, fue publicada en 2021. El mismo año, Classiques Garnier editó su ensayo *Petites mémoires et écriture du quotidien. Cortázar, Perec et leurs échos contemporains* (Premio a la edición PSL-Translitterae). Su segunda novela fue *Las brujas de Monte Verità* (Lumen, 2023); a esta le siguió *El amor inventado*, ganadora del Premio Lumen de novela (2026).



Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Paula Klein
Paula Klein es una autora representada por Silvia Bastos Agencia Literaria
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan
Fotografía de portada: © ACI

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-3341-1

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit

Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El amor inventado

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Agradecimientos

Premio Lumen de novela

Sobre este libro

Sobre Paula Klein

Créditos